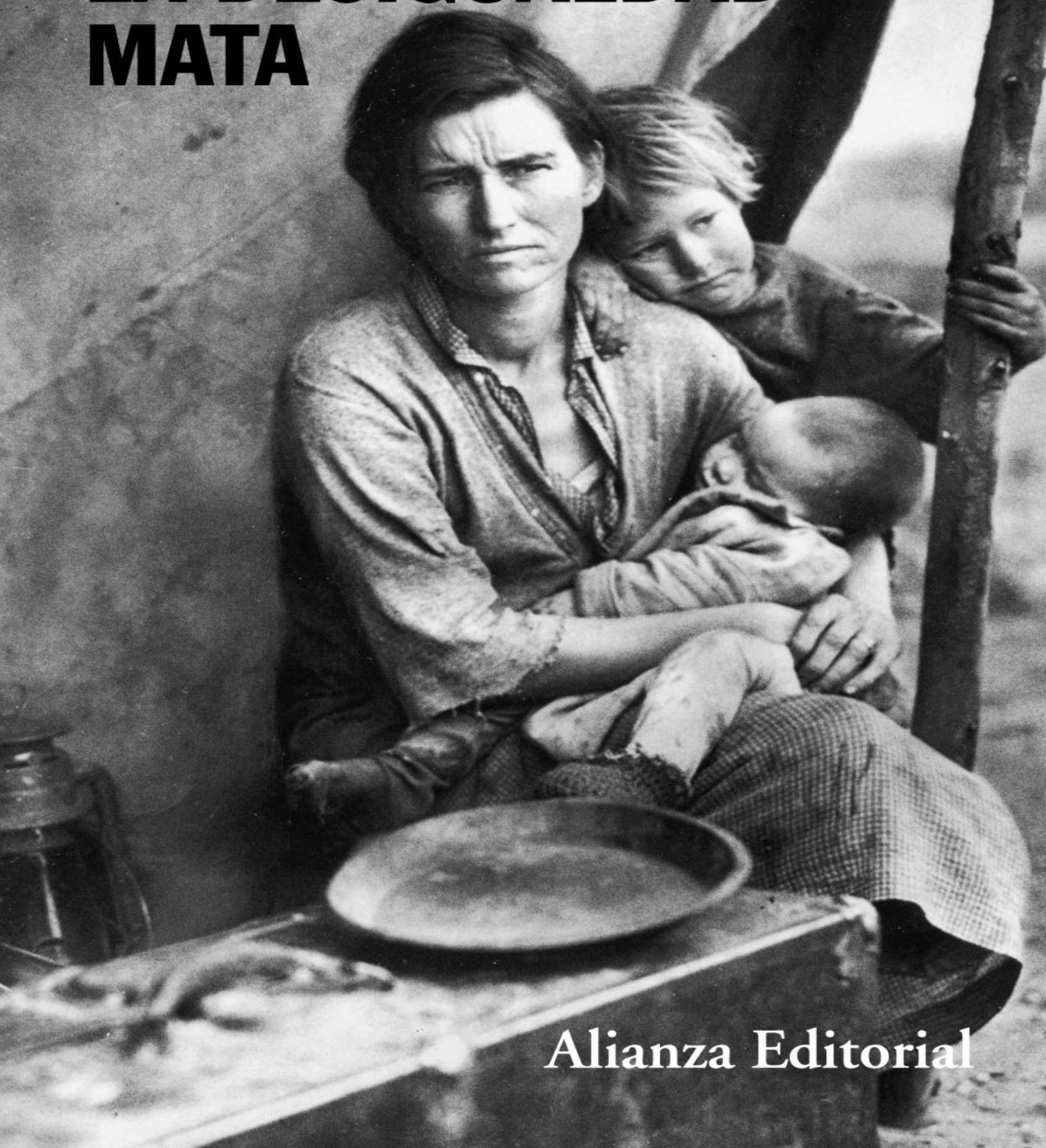


Göran Therborn
**LA DESIGUALDAD
MATA**



Alianza Editorial

Gorän Therborn

LA DESIGUALDAD MATA

Traducción de Francisco Muñoz de Bustillo

Alianza Editorial

Índice

Introducción

Parte I. Los campos de la desigualdad

1. La vida bajo la desigualdad: humana, odiosa y breve
2. Tras las puertas de la exclusión

Parte II. La teoría de la desigualdad

3. Aproximación teórica multidimensional
4. Los tres tipos de (des)igualdad y su génesis

Parte III. Historia de la desigualdad

5. La desigualdad y el nacimiento de la modernidad
6. Perspectiva histórica: los tres tipos de desigualdad en la historia global y nacional

Parte IV. El mundo desigual de la actualidad

7. Modelos y dinámicas de la desigualdad en el mundo actual
8. Tres interrogantes de la desigualdad contemporánea

Parte V. Posibles futuros

9. La superación de la desigualdad: pasado y futuro
 10. Los campos de batalla decisivos de la futura (des)igualdad
- Bibliografía

Créditos

INTRODUCCIÓN

La desigualdad es una violación de la dignidad humana, una negación de la posibilidad de desarrollo de las capacidades humanas. Puede adoptar múltiples formas y tiene múltiples consecuencias: muerte prematura, mala salud, humillación, subyugación, discriminación, exclusión del conocimiento o de la vida social predominante, pobreza, impotencia, estrés, inseguridad, ansiedad, falta de confianza en uno mismo y de amor propio y exclusión de las oportunidades que ofrece la vida. La desigualdad, por tanto, no se relaciona exclusivamente con el tamaño de la billetera. Es un orden sociocultural que reduce nuestra capacidad (la de la mayoría de las personas) para funcionar como seres humanos, nuestra salud, la autoestima, nuestra percepción del propio yo, así como nuestros recursos para actuar y participar en el mundo.

Fuera del marco de la filosofía —que gracias a los trabajos del difunto John Rawls a partir de los años setenta ha mostrado un interés significativo en el tema—, pocos académicos han prestado atención a la desigualdad como plaga general de las sociedades humanas. Ricardo se preocupó por ella a comienzos del siglo XIX, pero desde entonces el interés de la economía por la distribución cayó en picado hasta hace poco. En los últimos años, se han publicado muchos trabajos económicos centrados casi exclusivamente en la desigualdad de renta y riqueza, lo que es comprensible dado el campo de estudio de esta ciencia. Los trabajos de Anthony Atkinson, Branko Milanovic y Thomas Piketty, entre otros, han ampliado enormemente el horizonte de nuestro conocimiento empírico.

La sociología clásica nunca se interesó por la desigualdad. Hasta mitad de la década de los sesenta, la sociología estadounidense de

posguerra (Lenski, 1966) no convirtió a la desigualdad en motivo de interés general. Incluso entonces, el libro de Gerhard Lenski, *Power and Privilege*, lleva por subtítulo «Una teoría de la estratificación social». El tema está completamente ausente de los primeros manuales (Lazarsfeld y Rosenberg, 1955; Lipset y Smelser, 1961); por increíble que parezca, este último aborda únicamente la distribución del «prestigio». Solo a partir de Smelser (1988) la desigualdad consigue oficialmente el lugar que le corresponde en las investigaciones sociológicas. Ninguno de los cincuenta y tantos comités de investigación de la Asociación Internacional de Sociología se centra en la desigualdad. El que más se acerca es el Comité de Investigación RC 28 sobre Estratificación Social, un extraño concepto, importado de la geología a la sociología por el sociólogo ruso conservador emigrado a Estados Unidos, Pitirim Sorokin (1927). Conforme a la tradición de este autor, el comité ha estudiado principalmente la movilidad social intergeneracional, conocida más popularmente como «desigualdad de oportunidades», un campo de estudio que ha desarrollado y puesto en marcha impresionantes capacidades técnicas¹.

Más que una disciplina, la sociología es un área enorme que persigue, a través de diversos métodos, objetivos muy diferentes. Por tanto, existen investigaciones sociológicas sobre la mayor parte de las facetas de la desigualdad. Pero, hasta ahora, no se ha producido ningún intento, dentro de ninguna de las disciplinas de la ciencia social, por centrar la atención en las múltiples dimensiones de la desigualdad y sus nefastas consecuencias. Ha sido el economista Amartya Sen quien ha trasladado la discusión teórica general de la filosofía a las ciencias sociales, mientras que el debate empírico más amplio proviene del campo de la epidemiología, y ha sido iniciado por Michael Marmot (2004) y Richard Wilkinson (1996, 2005; Wilkinson y Pickett, 2009).

Es posible que esta renuncia de la sociología, la menos delimitada y más generosa de las ciencias sociales, esté llegando a su fin. La

Asociación Internacional de Sociología decidió dedicar su siguiente congreso mundial, a la desigualdad^{*}.

Los ciudadanos no han tenido tanta paciencia. En 2011, la desigualdad saltó a las calles: en las protestas contra las desiguales consecuencias de las políticas de austeridad en los países mediterráneos; en las revueltas árabes contra la desigualdad de libertad y oportunidades; en el rechazo de los estudiantes chilenos a las desigualdades presentes en la enseñanza superior (apoyados por la clase media); en los movimientos de ocupación contra el gobierno del 1 por ciento (Ocupa Wall Street, en Estados Unidos, y otros en Gran Bretaña y diversos lugares). La desigualdad se coló incluso en la agenda del veraneo alpino del Foro Económico Mundial de Davos.

Este libro, en línea con otros anteriores del mismo autor (a saber, Therborn, 2006), tiene algunas características que lo diferencian de la literatura cada vez más abundante sobre desigualdad. Parte de un enfoque decididamente multidimensional centrado en la salud y la mortalidad, en los diferentes grados existenciales de libertad, dignidad y respeto, así como en los recursos de renta, riqueza, educación y poder. En segundo lugar, utiliza una perspectiva histórica para intentar captar, comprender y explicar la evolución global y nacional de la desigualdad a lo largo de la época moderna. En tercer lugar, intenta diferenciar los diversos mecanismos a través de los cuales se producen las desigualdades. Y, por último, muestra los mecanismos de igualación e intenta reconocer las políticas, los momentos y los procesos históricos de igualación. El aumento de la desigualdad no es inevitable. Por último, ofrece un programa para superar las desigualdades o, cuando menos, reducirlas.

La des-igualdad, como intentaré argumentar más adelante, es un concepto normativo que señala la ausencia, la falta de igualdad. Es preferible reconocer esta normatividad desde el principio y reflexionar sobre ella. Pero una vez expuesta como premisa de interés, tanto los procedimientos para la evaluación de su prevalencia real como la identificación de sus mecanismos causales y

de sus consecuencias sociales están sujetos a posibles refutaciones académicas.

Dos son las principales metas del libro: convencer a los estudiantes y compañeros académicos de la necesidad de un acercamiento global y multidimensional a la desigualdad y, sobre todo, llamar la atención sobre los múltiples tipos de desigualdad y promover entre mis conciudadanos del mundo un compromiso que lleve a su superación.

Ljungbyholm, Suecia
Göran Therborn
Universidad de Cambridge

* «Frente a un mundo desigual: Retos para una sociología global», celebrado del 13 al 19 de julio de 2014, con la participación del autor en la sesión plenaria «Justicia y desigualdad» (*N. del T.*).

PARTE I

LOS CAMPOS DE LA DESIGUALDAD

Lo más probable es que en estos años de crisis financiera haya oído hablar sobre la desigualdad y leído bastante sobre ella, pero ¿se ha puesto a considerar otros tipos de desigualdad, más allá de la de renta y riqueza? ¿Ha pensado en la desigualdad de salud, de esperanza de vida y de probabilidad de muerte, por ejemplo? ¿Sobre cómo afecta la desigualdad vital de los padres al cuerpo y la mente de sus hijos? ¿Y cuál es su conocimiento de los procesos de igualación que están teniendo lugar en estos momentos en diversas partes del mundo? ¿Ha tenido oportunidad de sopesar hasta qué punto los procesos de distribución en diferentes lugares del planeta están interconectados y actúan conjuntamente, bajo el manto de la «globalización»? Si no se resigna al grado de desigualdad existente, ¿qué instituciones cree que sería necesario transformar de forma prioritaria? ¿En qué fuerzas sociales puede depositar su confianza y unirse a ellas si lo desea?

Las teorías sobre la desigualdad avanzaron mucho las décadas que precedieron a la actual crisis económica, especialmente en las disciplinas de la filosofía social y en medicina y epidemiología, aunque estos progresos todavía no han sido incorporados a la ciencia social mayoritaria y al discurso público general. Todavía carecen de respuesta las cuestiones teóricas más importantes y no se ha reflexionado lo suficiente sobre ellas. ¿Por qué resulta tan problemática la desigualdad? ¿Por qué la desigualdad económica de algunos resulta ofensiva pero admiramos la de otros (por ejemplo, la de algunas estrellas del deporte o del espectáculo)? ¿En qué se distingue la desigualdad de la diferencia? ¿Qué tipo de igualdad deberían intentar conquistar los demócratas y los liberales

contemporáneos igualitarios? ¿Cuáles son los mecanismos sociales a través de los cuales se producen la desigualdad y la igualdad?

Todas estas cuestiones y otras relacionadas con ellas han motivado mi decisión de contribuir al debate actual. Con la debida consideración a Mammon y sus seguidores —así como mi respeto por los analistas económicos—, mi tesis central es que la desigualdad constituye una violación de las capacidades humanas que requiere un enfoque empírico mucho más amplio y un enfoque teórico mucho más profundo de los existentes actualmente.

Vamos a comenzar por una aproximación a los campos en los que se produce la desigualdad actual.

CAPÍTULO 1

LA VIDA BAJO LA DESIGUALDAD: HUMANA, ODIOSA Y BREVE

La brevedad de la vida de quienes sufren desigualdad

La desigualdad mata. Entre 1990 y 2008, la esperanza de vida de los estadounidenses blancos sin título universitario se redujo tres años, y en el caso de las mujeres blancas de baja educación esta reducción superó los cinco años (Olshansky *et al.*, 2012). Solamente el sida en África austral y la restauración del capitalismo en Rusia han tenido un impacto más letal que la polarización social producida en los años de auge económico de Clinton y Bush en Estados Unidos. Los afroamericanos viven menos años que los estadounidenses blancos, pero en este caso la diferencia se ha reducido en las dos últimas décadas (entre 1990 y 2009) después de haberse ampliado a lo largo del siglo xx (*National Vital Statistics Reports*, 60: 3, 2011, cuadro 8). Cuando combinamos las desigualdades de raza y educación (negros con menos de doce años de escolarización frente a blancos con más de dieciséis), la vida de los desfavorecidos se reducía en doce años en 2008 (Olshansky *et al.*, 2012: 1805). Esta diferencia equivale a la que existe entre los promedios nacionales de vida de Estados Unidos y de Bolivia (Unicef, 2012: cuadro 1).

El retorno al capitalismo en la antigua Unión Soviética provocó un espectacular aumento de la desigualdad y un empobrecimiento masivo. En Rusia, el coeficiente de Gini¹ de desigualdad de renta se elevó de 27 en 1990 a 46 en 1993, en Ucrania, de 25 en 1992 a 41

en 1996 —y continuó ascendiendo, hasta 52 y 46 respectivamente en 2001 (Unicef, 2004: 117, 123). En 1995, el retorno al capitalismo había generado 2,6 millones de muertes prematuras solo en Rusia y Ucrania (Cornia y Paniccià, 2000: 5). En la década de 1990, la cuota de muertes ascendió a 4 millones para todo el territorio de la URSS, según el epidemiólogo británico sir Michael Marmot (2004: 196; cf. Stuckler *et al.*, 2009).

Tras alcanzar los niveles de Occidente en la década de los cincuenta y comienzos de los sesenta, la situación de la salud en la Unión Soviética y Europa oriental se había estancado, o incluso deteriorado, en algunos países, incluida Rusia. Pero la restauración del capitalismo supuso un incremento repentino de la mortalidad. La tasa homologada de muertes entre los hombres rusos mayores de 16 años aumentó un 49 por ciento entre 1988-1989 y 1993-1994, y entre las mujeres un 24 por ciento (Shkolnikov y Cornia, 2000: 267).

La cifra de cuatro millones de muertes adicionales como consecuencia del retorno al capitalismo en los noventa calculada por Marmot es considerablemente inferior a los efectos letales de la colectivización estalinista de la década de los treinta, cuyas estimaciones más ajustadas se aproximan a los 9 millones para el periodo 1927-1936 (Livi-Bacci, 1993: 751 y ss.; 2000: 50), que tuvo un efecto especialmente devastador en Kazajstán y en Ucrania (Ó Gráda, 2009: 237). No obstante, en lo que respecta a Rusia, la tragedia de la colectivización de los treinta y la privatización de los noventa son comparables. Desde 1930-1931 hasta 1933 la tasa de mortalidad (bruta) rusa aumentó un 49,5 por ciento (Livi-Bacci, 1993: 757), es decir, prácticamente lo mismo que sesenta años más tarde. Bien podría argumentarse que las muertes extraordinarias en Rusia y Ucrania en los noventa, provocadas por el desempleo general, la degradación y el empobrecimiento masivos, carecieron de la brutalidad de las provocadas por las confiscaciones, la hambruna y las deportaciones de la colectivización estalinista. Pero la aceptación silenciosa de estas nuevas muertes sistémicas entre los liberales y conservadores mundiales en los noventa, en plena «era

de la información» dominada por los medios de comunicación, resulta más sorprendente que la ingenua incredulidad de los comunistas y admiradores soviéticos en la década de los treinta, mucho más aislada en términos de información.

En 2009, la esperanza de vida en Rusia y Ucrania sigue siendo inferior a lo que era en 1990 (WHO, 2012: parte III, cuadro 1). En Rusia, aumentó la brecha educacional en la esperanza de vida, aunque las tasas de mortalidad ascendieron en todos los grupos educacionales (Shkolnikov y Cornia, 2000: 267). Sin embargo, en la década de los noventa, en Estonia y Lituania, el espectacular aumento de muertes entre las personas con educación secundaria o inferior vino acompañado por un descenso en la mortalidad de los más educados (Leinsalu *et al.*, 2009).

El patrón dominante en los países de Europa occidental es un estancamiento o un lento alargamiento del curso de la vida de las personas pobres y con poca educación, mientras se amplía el horizonte de vida para el resto. Esta parece ser la tendencia dominante del último medio siglo o más (Valkonen, 1998) en el Reino Unido, que coincide aproximadamente con la introducción del sistema Nacional de Salud (aunque no implica conexiones causales) (Fitzpatrick y Chandola, 2000: cuadro 3.8). En Inglaterra, tras un pico a mitad de la década de los noventa, las diferencias entre las clases ocupacionales I y IV han disminuido ligeramente, mientras que las variaciones en la esperanza de vida entre regiones han seguido aumentando, lo mismo que el coeficiente de desigualdad de edad en el momento de la muerte (Sassi, 2009). Solo entre 2004-2006 y 2009-2010, el desfase de la edad del fallecimiento entre Glasgow y Kensington-Chelsea se incrementó en más de un año (Office of National Statistics, 2011). En Estados Unidos, las pautas son similares, aunque incluyen un aumento del desfase de mortalidad, en relación con el cuartil más rico de la población, así como en los cuartiles segundo y tercero (Evans *et al.*, 2012: 15).

Otras partes de Europa occidental también han experimentado cambios bastante llamativos. En Finlandia, por ejemplo, el desfase

en la esperanza de vida a la edad de 35 años entre los quintiles (la quinta parte o 20 por ciento) más rico y más pobre de la población, aumentó cinco años para los varones y tres años para las mujeres en el periodo comprendido entre 1988 y 2007. En la actualidad equivale a 12,5 años entre el quintil más rico y el más pobre en los hombres y de 6,8 en las mujeres (Tarkiainen *et al.*, 2011). Otro trabajo realizado por el mismo grupo de investigadores desveló que la tasa de mortalidad (homologada por edades) a la edad de 35-64 años aumentó extraordinariamente entre 2004 y 2007 para las mujeres del quintil más pobre, situándose muy por encima del nivel existente al final de la década de los ochenta. Entre 1988 y 2007 también se dispararon las muertes prematuras entre los desempleados y aquellas personas que vivían solas, tanto hombres como mujeres (Tarkiainen *et al.*, 2012: cuadros 1-2).

Otros estudios longitudinales exhaustivos han establecido que el desempleo produce muertes adicionales, incluso cuando se tienen en cuenta paliativos del estrés como el tabaco y el alcohol, así como la salud anterior al desempleo (por ejemplo, Berthune, 1997; Gerdtham y Johannesson, 2003; Moser *et al.*, 1994; Nylén *et al.*, 2001). Incluso las esposas de los hombres desempleados acaban en la tumba antes que otras mujeres casadas (Moser *et al.*, 1994). Una de las consecuencias más funestas de la actual crisis financiera es su contribución al desempleo masivo. La megalomanía de unos cuantos cientos de banqueros temerarios ha arrojado al paro a millones de trabajadores. Entre enero de 2008 y enero de 2013, el desempleo creció en la Unión Europea en 8 millones de personas, llegando hasta 26 millones, y en Estados Unidos en 4,6 millones, alcanzando un total de 13 millones. ¿Cuántos de estos desempleados sufrirán una muerte prematura? Todavía no lo sabemos, pero probablemente ascenderán a decenas de miles. El Tribunal Internacional de Justicia de La Haya dicta condenas por «crímenes contra la humanidad» en casos con una letalidad menor.

En cierto sentido, el nivel educativo es el instrumento más preciso para medir y comparar la desigualdad social en las muertes

prematuras de adultos. Aunque no sirva en sí mismo para explicar la mortalidad, indica los efectos perdurables de las experiencias de la niñez y la juventud (regresaremos a ello más adelante) con relativa precisión y permite realizar comparaciones internacionales, además de señalar algo fundamental: la configuración temprana de las expectativas vitales de las personas. Con frecuencia resulta un indicador más potente que la renta o la riqueza. En Estados Unidos, por ejemplo, un hombre blanco de 50 años con estudios universitarios vivirá al menos seis años más que otro que haya abandonado sus estudios. Dentro del quintil (20 por ciento) más rico, la riqueza otorga un bono de cuatro años de vida, el empleo a tiempo completo 3,4 años más que el desempleo y el matrimonio concede una ventaja de 2,5 años más de vida (Pijoan-Mas y Ríos-Rull, 2012). Otro estudio europeo reciente reveló que los tres niveles de educación influían más en la mortalidad que la distinción entre empleos manuales y nomanuales. La apreciación de la propia salud, por el contrario, estaba más diferenciada en función de la renta, especialmente en Inglaterra y Noruega (Mackenbach *et al.*, 2008: 2473, 2477).

¿Dónde se produce la mayor desigualdad de vida y muerte en el ámbito europeo? Un estudio realizado en la década de los noventa por un grupo de investigadores holandeses de la Universidad de Erasmus sobre tasas (homologadas) de mortalidad entre los 30 y los 74 años nos proporciona la respuesta: en Europa central y oriental (sin incluir a Rusia ni Ucrania). En comparación con quienes tienen educación superior, cada año mueren antes de los 75 años 2.580 personas (de cada 100.000) con solo educación primaria en Hungría; 2.539 en Lituania; 2.349 en Estonia; 2.192 en Polonia; y 2.130 en la República Checa. En el contexto de lo que (habitualmente) se conoce como Europa occidental, Finlandia presenta la pendiente más aguda de desigualdad: 1.255 muertes prematuras entre los menos educados; en Francia son 1.042; 1.012 en Suiza y 862 en Inglaterra y Gales. La menor desigualdad letal se hallaba en Suecia (655 muertes prematuras) y en algunas zonas de España (de 384 en el

País Vasco a 662 en Barcelona) así como en la ciudad italiana de Turín (639). Todos los anteriores son datos masculinos. Las muertes femeninas muestran patrones sociales y nacionales similares, aunque las diferencias son menores, menos de la mitad del promedio masculino. En la liga femenina, las mujeres nórdicas resultan ser relativamente más desiguales que sus compatriotas masculinos. Las suecas son más iguales que las mujeres francesas y las suizas. Las noruegas y danesas son aun más desiguales que el promedio europeo, mientras que las mujeres finlandesas, al contrario que sus compatriotas varones, están por debajo de la media europea del estudio (Mackenbach *et al.*, cuadro 2).

Los pobres y quienes tienen poca educación formal no solo mueren más prematuramente. Las enfermedades crónicas comunes también les afectan bastante antes, en caso de hacerlo. Un estudio estadounidense averiguó que quienes tenían ocho años de escolarización sufrían enfermedades cardiovasculares, diabetes y dolencias pulmonares crónicas entre cinco y quince años antes que las personas con al menos dieciséis años de enseñanza cursada (Elo, 2009: 557 y ss.). Otro estudio sobre las probabilidades que tenían finlandeses y noruegos de vivir entre los 25 y los 75 años sin sufrir enfermedades crónicas reveló que, además de un riesgo de muerte superior, los varones con educación exclusivamente básica sufrían enfermedades duraderas 7 u 8 años más que sus compatriotas con educación superior en dicho periodo de cincuenta años. Las mujeres con educación básica tenían al menos cinco años más de mala salud (Sihvonen, 1998: cuadro 3).

La desigualdad mundial ofrece a los niños recién nacidos perspectivas muy diferentes, no solo de vida sino de supervivencia. Aunque la mortalidad infantil está en descenso —lo que quizá sea el acontecimiento más importante relacionado con el desarrollo de los últimos años—, en el África subsahariana 1 de cada 9 niños muere antes de cumplir los 5 años; en algunas áreas del mundo, como Angola, Chad o Congo, la proporción aumenta a 1 de cada 6. En los lugares más saludables del mundo rico (como los países nórdicos,

Japón o Singapur), solo 3 de cada 1.000 niños sufren este fatídico destino. La ratio entre los mejores y los peores países en términos de supervivencia infantil antes de los cinco años es en la actualidad 60:1.

Como es de suponer, en el seno de los diferentes países existen inmensas diferencias en las posibilidades de supervivencia de un niño, en función de la educación de la madre, la renta familiar o la región de origen. En el Brasil de la década de los noventa, un recién nacido tenía diez veces más posibilidades de sobrevivir al primer cumpleaños si su madre había asistido doce años a la escuela que si era analfabeta (Therborn, 2011: 150). En la Nigeria de 2000, la mortalidad infantil hasta los 5 años era un 20 por ciento más elevada en el quintil más pobre que en el más rico. En otros países africanos, en Colombia y la India, el diferencial estaba en torno al 10 por ciento. El de Pakistán y Bangladesh era aproximadamente la mitad del de la India (datos de 1996-2004, Houweling y Kunst, 2009: figura 1).

En 2010, la diferencia de esperanza de vida entre el grupo de países ricos y el de los menos desarrollados era de 27 años; entre algunos países, como Sierra Leona y Japón, esa cifra se elevaba hasta los 46 años. Dentro de los países ricos resulta notable que la esperanza de vida en Estados Unidos, 78 años, sea inferior al promedio de los países ricos, 80 años, y un año por debajo de la de Cuba (Unicef, 2012: cuadro 1). La tasa de mortalidad infantil en Estados Unidos es superior al promedio de la OCDE²; en Washington DC, concretamente, está al nivel de la de Rumanía y por encima de la de Rusia (Congressional Research Service, The US Infant Mortality Rate, 2011: figura 1; Unicef, 2012, cuadro 1).

La fuerza letal de la desigualdad no solo alcanza a los pobres y a quienes carecen de una educación elevada. También crea divisiones dentro de los ricos, los famosos y quienes poseen educación superior. El epidemiólogo británico Richard Wilkinson (1996; 2005) planteó en la década de los noventa una provocativa hipótesis según la cual la desigualdad (económica) también tenía efectos negativos

sobre la vida y la muerte de personas que no ocupaban la base de la pirámide social. Su argumentación empírica, y la de sus seguidores, se basa especialmente en estudios de área, realizados en países ricos y en barrios de Estados Unidos, que dieron lugar a furibundas batallas metodológicas. La polémica no ha sido todavía zanjada: la cadena causal sigue siendo dudosa y lo que está en juego tiene demasiada importancia desde el punto de vista ideológico. Pero la hipótesis de Wilkinson sigue contando con respaldos, especialmente a partir de un estudio a gran escala sobre Estados Unidos que utiliza datos individuales sobre la privación relativa de ingresos —en comparación con otras personas del mismo Estado, la misma edad, educación y raza— y, por el otro lado, de probabilidad individual de muerte y autopercepción de la salud. De esta manera, Eibner y Evans (2005) hallaron que la privación relativa reduce la salud y aumenta las probabilidades de muerte. (La privación relativa es una medida individual que indica que A se siente más pobre que B y que C, mientras que la desigualdad es un indicador grupal, de ABC: a mayor desigualdad, mayor privación relativa).

Los actores y las actrices que ganan un Oscar viven un promedio de tres años más que los candidatos que no lo consiguen (Redelmeier y Singh, 2001). Los ganadores de un Premio Nobel viven de promedio vidas más longevas que otros científicos (Rablen y Oswald, 2008), según averiguó un complejo estudio sobre los premiados en el campo de la química y la física en la primera mitad del siglo XX.

Las pruebas empíricas son indiscutibles. La desigualdad mata. La desigualdad de estatus reduce la vida de los desfavorecidos incluso en el Parnaso del cine y de la ciencia. Pero los mecanismos psicosomáticos que relacionan el estatus social con la salud y la longevidad todavía han sido poco explorados y comprendidos (véase Wolfe *et al.*, 2012).

Vidas atrofiadas

La atrofia (*stunting*) o retraso del crecimiento es un indicador de malnutrición infantil que hace referencia a los niños que están dos desviaciones estándar por debajo de la altura que les correspondería por su edad, según los patrones de la Organización Mundial de la Salud (OMS). Se trata de un retraso en el crecimiento con consecuencias a largo plazo, que afecta a la totalidad de la vida. Casi la mitad de los niños indios menores de cinco años sufren esa condición, al igual que el 40 por ciento de los niños de África subsahariana y de Indonesia. Un tercio de los niños vietnamitas, un cuarto de los sudafricanos y un sexto de los mexicanos están afectados, pero solo un 10 por ciento de los chinos o un 7 por ciento de los brasileños la padecen. La atrofia del crecimiento no se presenta en los antiguos países comunistas europeos ni en el mundo rico (Unicef, 2012: cuadro 2). Los estudios sobre desarrollo infantil realizados en países ricos (véase, por ejemplo, Milburn *et al.*, 2009: 28 y ss.) indican que algunos de los efectos de las carencias de la infancia perduran toda la vida e incluso pueden transmitirse a las generaciones siguientes, por lo que la malnutrición masiva tiene un tremendo impacto en el desarrollo humano del sudeste y el sur de Asia y de África. Sin embargo, aparentemente, esta realidad es poco conocida.

La malnutrición infantil es producto de las desigualdades intranacionales e internacionales. En el sur y el sudeste de Asia, casi el 60 por ciento de los niños del quintil más pobre de la población sufren retrasos del crecimiento, pero incluso en el quintil más rico —o más bien menos pobre— llega al 40 por ciento. En África subsahariana son cerca del 45 y el 28 por ciento respectivamente. Un tercio de los niños latinoamericanos del 40 por ciento más pobre de la población sufren retrasos del crecimiento (Houweling y Kunst, 2009: figura 4; datos referidos al periodo 1990-2004).

En algunas partes de la India, las personas están «encogiéndose» literalmente, en medio de todo el autobombo nacionalista de la clase media liberal que sueña con una «India brillante». Entre mitad de la década de los ochenta y de la de 2000, la altura media (tanto de

hombres como de mujeres) a la edad de veinte años decreció en los estados de Delhi, Haryana y Punjab. En los grandes estados de Uttar Pradesh (con una población de 166 millones en 2001), Bihar (83 millones) y Madhya Pradesh (60 millones), solo se ha reducido la estatura de las mujeres, mientras que los hombres son más altos. En los estados que vieron aumentar la altura de hombres y mujeres en las últimas décadas, el crecimiento de los varones siempre fue mayor (en Bengala Occidental y en Himachal Pradesh, cerca de un centímetro por década) (Deaton, 2008: cuadro 2). Es importante recordar que la altura corporal es un criterio de belleza muy importante en la India. Conozco algunos arreglos matrimoniales que no han prosperado porque el muchacho (o su familia) encontraban a la chica demasiado baja.

La altura corporal es fruto, en buena medida, de los mismos procesos biológicos que producen el crecimiento del cerebro, con cierto intervalo de desviación. Estudios británicos y estadounidenses han demostrado que los niños más altos obtienen mejores resultados en los tests cognitivos desde la edad de 3 años (Case y Paxson, 2008). También se produce una correlación positiva entre la altura infantil y los ingresos en la edad adulta, aunque es probable que esto se deba en parte a la transferencia generacional de las oportunidades socioeconómicas, de padres de clase alta que fueron bien alimentados (en el útero y posteriormente) a su descendencia.

Las vidas también se atrofian por la malnutrición social. La casta, la misoginia y el racismo atrofian las vidas de los «intocables» y de las castas bajas, de las niñas y las mujeres, así como de los grupos étnicos estigmatizados.

La vida de los parias ha mejorado enormemente desde la independencia de la India. Pero hace tan solo una generación, un intocable no podía comprar en la tienda de su aldea, entrar en el templo o usar el pozo, y la exclusión económica sigue vigente en nuestros días (véanse Sharma, 1994; Thorat y Newman, 2010). En Estados Unidos, un negro no podía alquilar una habitación en un hotel ordinario ni comer en un restaurante.

Hoy en día, las chicas campesinas del norte de la India o del Sahel africano no pueden ni imaginar lo que es vivir un periodo de juventud. Pasan directamente de una infancia severa marcada por el patriarcado a un matrimonio con alguien diez o más años mayor que ellas a quien ni siquiera conocen. En torno al año 2000, más de la mitad de las campesinas del sur de Asia eran desposadas antes de cumplir los 18 años (Unicef, 2006; 48). En muchos países africanos, es el marido en exclusiva quien toma las decisiones sobre la salud de la esposa (el 73 por ciento de las mujeres entrevistadas en Nigeria afirmaron encontrarse en esa situación; en Bangladesh fue el 48 por ciento; en Egipto, el 41 por ciento) (Unicef, 2007: 18).

La vida de cualquiera puede verse sistemáticamente limitada por pertenecer a la «raza» o a la etnia equivocada: alguien que no fuera blanco en la Sudáfrica del *apartheid* o que no sea judío en la Palestina actual, por ejemplo, se verá continuamente sometido a controles humillantes, severas restricciones para viajar y al riesgo de sufrir encarcelamiento y bombardeos arbitrarios.

Incluso en ausencia de discriminación por casta, sexismo o racismo, cientos de millones de personas ven sus vidas atrofiadas por la pobreza extrema y el desempleo crónico. Debido a la carencia de perspectivas, algunos ponen en riesgo la única vida que tienen para intentar entrar ilegalmente en Estados Unidos, Europa, Australia o los enclaves ricos de Asia.

Las vidas de los niños también se ven limitadas en los países ricos, y no por malnutrición fisiológica, sino por los efectos todavía insuficientemente definidos de la desigualdad paterna. Los sondeos de ámbito nacional efectuados en Estados Unidos en la última década muestran que cuanto menor es la renta de los padres, peor es la salud de los hijos, ya se mida esta de modo general o en función de las limitaciones de actividad, ausencia escolar debida a enfermedad, visitas de urgencia al hospital o días de reclusión hospitalaria. Sin embargo, aparentemente no se producen diferencias apreciables en función de la renta al estudiar los casos de lesiones, envenenamiento o asma. Se han estudiado los efectos que

producen la renta de los padres a partir de los 2 años del niño, y el diferencial aumenta con la edad (Evans *et al.*, 2012: 5 y ss.). Los efectos perdurables de la desigualdad en la edad más temprana pueden conocerse a través de los estudios británicos que han efectuado un seguimiento a cohortes de edad desde las décadas de los treinta y los cuarenta. En ellos se muestra que la desigualdad afecta a los ingresos, la salud física y psíquica y la esperanza de vida (ibíd.: 26 y ss.).

Por lo general, los obituarios dedicados a Margaret Thatcher tras su muerte en 2013 no reflejaban uno de sus mayores éxitos: el aumento de la pobreza infantil en el Reino Unido, que era del 7 por ciento en 1979, cuando llegó al poder, y alcanzó el 24 por ciento en 1992 (la línea de la pobreza viene definida por aquellos hogares cuyos ingresos no llegan a la mitad de la mediana de la renta familiar, deducidos los gastos de vivienda). Fue un logro perdurable: aunque disminuyó a partir del gobierno de Blair, la pobreza infantil en el Reino Unido nunca ha llegado siquiera a aproximarse al nivel que tenía cuando Thatcher fue elegida. En 2010-2011 se mantenía al 17 por ciento, y se espera que su modesta reducción se invierta y vuelva a aumentar hasta 2020 (Department for Work and Pensions, 2012: cuadro 4; Brewer *et al.*, 2011).

Un regalo diabólico de los banqueros euroamericanos ha sido el desempleo parental provocado por la explosión de la burbuja financiera, que ha tenido un impacto en la educación de los hijos. Un reciente estudio sueco descubrió una «fuerte correlación» entre desempleo adulto y fracaso escolar, más fuerte que la relación con la ascendencia inmigrante (*Dagens Nyheter*, 26 de marzo, 2013, <http://www.dn.se>³).

En los setenta y comienzos de los ochenta se produjo en algunos países un movimiento por la «humanización del trabajo» que originó estudios socio-médicos sobre trabajo, estrés y salud. Uno de los principales hallazgos de dichos estudios fue la importancia crucial de la exigencia y el control. La combinación de un nivel elevado de exigencia en el trabajo —velocidad, precisión, atención constante o

esfuerzo agotador— con un escaso o inexistente control de la situación laboral tiende a producir graves consecuencias sobre la salud, tanto somática como psicológica (Karasek y Theorell, 1990). La escasa recompensa de un gran esfuerzo también tenía graves consecuencias. El movimiento por la humanización del trabajo concluía demandando un mayor control y una mayor influencia de los trabajadores en el lugar de trabajo. Actualmente, bajo los auspicios de la «flexibilidad» en el empleo y la «empleabilidad», estas propuestas están tan distantes como el socialismo, excepto en el sector creativo de la tecnología de la información.

Aparentemente, la sensación de falta de control sobre el proceso de cambio sistémico y la falta de aprobación del nuevo régimen económico recién instaurado que experimenta la mayor parte de los rusos son una de las causas del salto producido en la apreciación personal de la salud y la enfermedad y en la mortalidad (Marmot y Bobak, 2000: 130, 139-140).

El sistema jerárquico institucionaliza la exigencia y el control que provocan el estrés en los trabajadores. Esto explicaría los notables resultados de un vasto estudio longitudinal de la burocracia central de la administración británica (Whitehall), que abarca desde los conserjes y mensajeros hasta los secretarios permanentes. La mortalidad antes de la edad de jubilación iba en paralelo con el nivel del puesto administrativo ocupado, incluso después de tener en cuenta el tabaco y otros factores de riesgo: las personas que ocupaban los peldaños más bajos morían antes y los jefes morían los últimos (o, más bien, tenían más probabilidades de llegar a una edad avanzada) (Marmot, 2004: cap. 2 y *passim*).

El retrato que simplifica la desigualdad como una cuestión que enfrenta al 1 por ciento más rico con los demás se acerca más al mundo de ficción del Tío Gilito de Disney que a la sombría realidad de la vida humana bajo las desigualdades del mundo contemporáneo.

[1](#) Llamado así por el estadístico italiano de comienzos del siglo XX Conrado Gini. Es la medida más habitual de distribución de la renta. Va de cero, que equivale a igualdad total, a 1, cuando una de las partes se lleva todo —o a 100, cuando se usa multiplicado en forma de porcentaje, en cuyo caso se denomina índice—. En las sociedades actuales, varía entre 0,2 (o 20), en algunos estados nórdicos o del centro y el este de Europa en la década de los ochenta, y 0,75 (o 75) en algunas ciudades africanas, como Johannesburgo, en torno al año 2000.

[2](#) La Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico es una institución de los países más desarrollados con sede en París. Durante mucho tiempo estuvo formada por Europa occidental, América del Norte, Japón y Oceanía, aunque recientemente ha sido ampliada para dar cabida a México, Chile y algunos países del este de Europa como Polonia y Hungría, así como a Israel y Turquía. Es de relevancia su capacidad de producción de datos y análisis socioeconómicos y de difusión de ideas, desde la gestión pública orientada al mercado hasta los cuidados infantiles y la organización del mercado laboral. Últimamente ha dedicado un gran esfuerzo al análisis de la desigualdad económica y a la concienciación sobre este tema.

[3](#) Si no se indica lo contrario, todas las direcciones URL citadas se consultaron por última vez en marzo de 2013.

CAPÍTULO 2

TRAS LAS PUERTAS DE LA EXCLUSIÓN

En estos momentos en los que, como consecuencia de la crisis financiera, existe una preocupación generalizada —que llega en muchos casos a la indignación— por los exorbitantes salarios y gratificaciones de los banqueros, cualquier espíritu abierto que se tome en serio la igualdad debería preguntarse: ¿cuál es el problema de que existan enormes diferencias de renta y de riqueza? ¿Estamos todos siendo presa de la envidia (una emoción que suele considerarse más cercana al vicio que a la virtud)? ¿Existe alguna conexión entre la repentina indignación causada por las ganancias de los banqueros y la ausencia de un clamor similar contra las inmensas fortunas amasadas por las estrellas del deporte y el espectáculo veneradas en los medios de comunicación de masas (en concreto en las páginas deportivas)?

No deberíamos despreciar el «sentido común» popular tal y como hacen de manera arrogante los privilegiados. Aun sin pretender adivinar lo que piensa la mayoría, hay una clara diferencia entre los famosos, por un lado, y los banqueros y ejecutivos, por otro. En el caso de los primeros, el público obtiene algo de ellos. Los famosos aparecen como inofensivas mariposas cuyo indulgente estilo de vida proporciona disfrutes indirectos a sus admiradores. Sin embargo, los capitanes de las finanzas y del resto de la economía no nos dan ninguna alegría. Nos gobiernan.

Además, las mariposas famosas son más bien pocas. Apenas constituyen el 3 por ciento de los receptores de renta situados en el 0,1 por ciento más alto de la pirámide de distribución. Los empresarios no financieros constituían el 41 por ciento en 2004, y

los ejecutivos y directores financieros el 18 por ciento (Hacker y Pierson, 2010: 46).

La desigualdad siempre supone la exclusión de algunas personas de algo. Aun cuando no mate o atrofie literalmente la vida, la desigualdad significa exclusión: excluye a las personas de las posibilidades de desarrollo humano. Las sociedades poseen dos grandes puertas hacia la exclusión. La primera de ellas se cierra en las narices de los pobres, una condición que adopta diferentes formas (en Inglaterra y la India, por ejemplo) pero que tiene un significado social universal. Ser pobre significa que no tienes suficientes recursos para participar (plenamente) en la vida cotidiana que desarrolla la mayoría de tus conciudadanos.

La otra puerta de exclusión separa a la élite del resto de la gente. En los regímenes capitalistas, ese grupo es el 0,1, el 1 o, a lo sumo, el 5 por ciento más rico. En las dictaduras basadas en el poder del Estado, la «élite» puede ser un pequeño «círculo interno» que rodea al dictador, o el peldaño más alto de una organización jerárquica, como sucede en los estados comunistas. En ambos casos, esta segunda puerta crea una división entre los que mandan y los que obedecen, entre los que dictan las leyes y quienes deben cumplirlas. Cuanto mayor sea la brecha entre el 1 y el 99 por ciento, más gruesa es la puerta de exclusión y más distorsionada se vuelve la cooperación y la interdependencia humana, a favor de los primeros.

Los efectos más perjudiciales de la desigualdad económica son la desmembración social, el despilfarro económico y la distorsión política y la *dictatocracia*. La desigualdad de recursos desgarr a las sociedades, creando lo que Benjamin Disraeli (novelista, más que político) llamó en cierta ocasión «las dos naciones»: los ricos y los pobres. De ese modo, el espacio social necesario para el desarrollo humano se disgrega y se restringe, sobre todo para los desfavorecidos, por supuesto, pero no solo para ellos. En segundo lugar, la desigualdad de la propiedad de los recursos económicos, de su control o del acceso a ellos, significa que lo que ha producido determinada sociedad puede ser dilapidado por unos pocos

privilegiados. En tercer lugar, la desigualdad de los recursos económicos y su utilización política ha invalidado los temores liberales decimonónicos respecto a la democracia: que el poder de los ciudadanos coartaría la propiedad privada. La experiencia nos demuestra lo contrario: en la mayoría de los países y la mayor parte del tiempo, los grandes propietarios han podido dictaminar lo que constituye una «política económica sólida».

La desmembración social

La desigualdad de recursos desgarr a los pueblos. En 2012, Charles Murray expresó de forma contundente su impacto en Estados Unidos en su obra *Coming Apart*: «Nuestra nación está desmembrándose por las costuras, no por las costuras étnicas, sino por las de clase» (Murray, 2012: 269). Este original libro, extremadamente interesante y que obtuvo un gran éxito de ventas, resulta significativo, además, por añadir una nueva perspectiva a la desigualdad. Su autor, un escritor conservador y académico independiente, no es conocido precisamente por su igualitarismo, sino más bien al contrario. Siguiendo una línea comunitaria, Murray muestra su preocupación por el desgarr cultural y la segregación de la sociedad estadounidense, especialmente entre la clase dirigente y profesional con formación universitaria y la clase de trabajadores manuales con estudios secundarios (como mucho). Para Murray, esta brecha se ha profundizado y ampliado desde inicios de la década de los sesenta hasta crear un abismo. Con el fin de subrayar su análisis de clase, el autor se ha centrado en las clases blancas, y especialmente en el estudio empírico del matrimonio y la familia, el trabajo y la participación de la mano de obra, la delincuencia, el compromiso cívico y social y la religión, campos todos ellos en los que ambas clases han aumentado sus diferencias hasta convertirse en mundos aparte.

Lo que nos interesan aquí son las descripciones de Murray, que resultan relevantes, nítidas y bien documentadas, por lo que no es

preciso que entremos a debatir la vaguedad de sus explicaciones y de las soluciones propuestas. Como moralista conservador, Murray tiende a resaltar la culpabilidad moral frente a la explicación social, y considera la evolución de la situación como un efecto de la contracultura laica de los sesenta, la degeneración moral de los pobres y el hecho de que la laboriosa clase alta de estricta moral ya no practica lo que predica. Tras expresar el clásico rechazo estadounidense a los estados de bienestar europeos, Murray deposita sus esperanzas en un nuevo «despertar» religioso.

Con todo ello, a pesar de su estridente ideología, la gráfica descripción que ofrece de una sociedad separada por la clase es un retrato vivaz de los efectos socialmente desgarradores de la desigualdad de recursos.

Otra manifestación reveladora de la desigualdad es la polarización producida en las ciudades en las dos últimas décadas del siglo pasado. Por un lado tenemos el auge de las áreas residenciales cerradas, que en algunos casos forman ciudades enteras, como Alphaville, en São Paulo, o Nordelta, en las afueras de Buenos Aires; son las denominadas «comunidades valladas» (cf. Paquot, 2009). Por lo general, no se trata de «comunidades» reales, sino más bien de recintos privilegiados apartados de la plebe. El concepto se desarrolló en la costa oeste de Estados Unidos, pero su práctica se ha extendido por muchos lugares, fuera de las áreas aún relativamente igualitarias de Europa central y oriental y del nordeste de Asia. Según mi experiencia personal, estas urbanizaciones cerradas han crecido enormemente en lugares como Manila, Bogotá, México, São Paulo y, desde los *años locos* de los noventa, en la Buenos Aires neoliberal. Equivalen a una especie de *apartheid* social.

Por el otro lado está lo que Loïc Wacquant (2008) denomina «marginalidad avanzada», los vertederos de «parias urbanos» que han proliferado en la mitad del siglo xx sustituyendo a los guetos negros de Estados Unidos y a los barrios de clase obrera europeos, que, a pesar de sus inconvenientes, eran el hogar de los trabajadores industriales (los guetos negros también solían albergar

a una clase media étnica) y poseían su propia cultura colectiva: la multifacética cultura negra «soul» en Estados Unidos y la rica cultura comunitaria del movimiento sindical en Europa. En los suburbios obreros de Buenos Aires se desarrolló un proceso similar desde los noventa hasta la crisis del experimento neoliberal de 2001-2003.

Esta divergencia extrema no es el único acontecimiento que está cambiando el aspecto de las ciudades. También se acometen heroicas iniciativas para revitalizar las ciudades industriales en decadencia, pero, generalmente, estos proyectos de renovación urbana sirven poco más que para crear nuevos enclaves privilegiados mientras continúa la disolución social fruto del fomento implacable de la desigualdad que produce el capitalismo financiero contemporáneo, resultante en distanciamiento y exclusión.

Por primera vez en la historia de la humanidad, la población mundial empieza a ser mayoritariamente urbana, y las ciudades se han convertido en núcleos de desigualdad. La desigualdad de renta entre los residentes de las principales ciudades sudafricanas, encabezadas por Johannesburgo, tiene un coeficiente Gini de 75 (UN Habitat, 2008: 72), ligeramente superior a la desigualdad estimada entre todos los hogares del planeta, situada en torno a 70 en 2008 (Milanovic, 2012: 8). Muchas de las grandes ciudades muestran una desigualdad mayor a la de sus respectivos países, como es el caso en Johannesburgo y Tshwane en Sudáfrica, Brasilia, Ciudad de México, Buenos Aires, Nueva York y Washington DC (así como otras ciudades estadounidenses). Por lo general, los patrones difieren en Europa o en Japón, donde la desigualdad en las ciudades se aproxima al promedio nacional. Y, según la organización ONU-Hábitat, la desigualdad en Pekín es la mitad que la de China en su conjunto (UN Habitat, 2008: 63 y ss.).

También está lo que podríamos llamar el efecto María Antonieta de la incompreensión. Según la tradición revolucionaria francesa (que bien pudiera ser apócrifa), la reina María Antonieta, cuando escuchó al pueblo de París pedir pan, exclamó: «Si no tienen pan, que coman pasteles».

Una buena ilustración del efecto María Antonieta es la nueva legislación aprobada por el gobierno burgués de Suecia (noviembre, 2012). Últimamente, este país había retrocedido puestos en los informes PISA¹ de rendimiento escolar, porque el estrato más bajo de sus alumnos estaba obteniendo peores resultados académicos que en años anteriores. La respuesta del gobierno sueco de clase media-alta ha sido introducir una desgravación fiscal para las familias que contraten clases de refuerzo para sus hijos. Al estilo de María Antonieta, el consejo del gobierno sueco a sus ciudadanos desempleados y a las limpiadoras y auxiliares sanitarios, en su mayoría inmigrantes, padres de niños con dificultades para superar la actual enseñanza «empresarial» que crea una brecha entre escuelas públicas y privadas, es: «Contraten a alguien que ayude a sus hijos con los deberes y rellenen estos impresos para conseguir la desgravación fiscal». Una ventaja adicional de estos programas que subvencionan un privilegio educativo de clase media es la creación de un negocio lucrativo para los estudiantes universitarios que se hacen cargo de las clases de apoyo. No solo se refuerzan los privilegios educativos generales de la clase media, sino que una sección de esta clase se beneficia del dinero de los contribuyentes.

Cuanto más se diferencian los ricos del resto de nosotros, más dureza y falta de consideración podemos esperar obtener de su gobierno. En las últimas elecciones presidenciales de Estados Unidos se pudo escuchar al candidato del capital afirmando a sus iguales del *country-club* que él no tenía nada que ofrecer al 47 por ciento de la población más pobre.

Tal y como señaló Alexis de Tocqueville (1966 [1856], especialmente cap. 8) hace casi dos siglos, al reflexionar como aristócrata liberal sobre la antiaristocrática Revolución Francesa, la práctica del *apartheid* social suele engendrar «un odio invencible a la desigualdad», rebelión y revolución. Es indudable que no conduce a un gobierno social estable y eficaz.

Uno de los efectos bien documentados que produce el desmembramiento de las redes sociales es la siembra de

desconfianza y temor, que impiden el desarrollo social. La sociología ha probado claramente que la desigualdad alimenta la desconfianza (Uslaner, 2002; Rothstein y Uslaner, 2005). La correlación no es tan precisa como la existente entre los distintos grados de la jerarquía burocrática en la administración británica y la muerte prematura (mencionada anteriormente en este capítulo), pero el nivel de creencia en que «es posible confiar en casi todo el mundo» difiere mucho a escala internacional en función de los diferentes niveles de desigualdad de renta existentes en los distintos países. En Escandinavia, dos de cada tres personas la suscriben; en Brasil, solo el 3 por ciento; en Sudáfrica, el 12 por ciento; en Gran Bretaña el 30 por ciento y en Estados Unidos el 36 por ciento (Inglehart y Norris, 2004: cuadro A165).

La desconfianza y el temor a los demás tienen un coste social, pues la necesaria cooperación exige medidas de protección adicionales. Hace falta dedicar un mayor presupuesto a medidas de seguridad y a guardaespaldas. Se calcula que aproximadamente el 10 por ciento de la población económicamente activa de Bogotá, capital de uno de los países con mayor desigualdad del mundo, trabaja en el sector de la seguridad y la vigilancia.

Sin embargo, los analistas —a diferencia de los predicadores— deberían señalar que las sociedades capitalistas ricas de la actualidad necesitan un menor grado de cooperación que las del pasado, lo que provoca la desmembración social existente.

En la actualidad no es precisa tanta cooperación nacional. Los ejércitos mercenarios han retornado de los tiempos del absolutismo real, reemplazando a las tropas reclutadas entre la ciudadanía de los clásicos estados-nación modernos. Las organizaciones colectivas de la sociedad civil se ven sobrepasadas por los medios de comunicación, los cuadros profesionales de las ONG y las campañas solidarias puntuales en Facebook. La solidaridad entre vecinos pierde su importancia ante la asistencia social profesional y las intervenciones de los trabajadores sociales.

Pero las catástrofes continuarán sucediéndose y mostrando la fragilidad o la resistencia de la organización social colectiva, como ocurrió en Nueva Orleans en 2005 y en Nueva York/Nueva Jersey en 2012, o como sucede en la diferente manera en que reaccionan cada año ante los huracanes países como Haití y Cuba. Las catástrofes medioambientales que afectan a las ciudades y al planeta están aumentando la necesidad de colaboración social.

La desmembración social también supone violencia social. Las regiones con mayor número de homicidios del mundo son también aquellas que muestran una mayor desigualdad (cuadro 1).

CUADRO 1 Homicidios estimados (por cada 100.000 habitantes) en las distintas regiones del mundo, *ca.* 2010

África austral	30,5
América central	28,5
África oriental	21,9
África central	20,8
América del Sur	20,0
Caribe	16,9
África occidental	15,4
...	
Europa oriental	6,4
...	
América del Norte	3,9
...	

Asia oriental	1,3
Europa occidental	1,0
El mundo	6,9

FUENTE: UN Office on Drugs and Crime, www.undoc.org.

Los países grandes con un mayor índice de homicidios son Sudáfrica (32 por cada 100.000 habitantes), México con 23, Brasil con 21, Nigeria con 12 y Rusia con 10. Estados Unidos tiene 4,8, la India 3,4, Reino Unido 1,2, China 1,0 y Japón 0,4.

Detrás de la incidencia de la violencia letal, podemos suponer una compleja red de causas, que incluyen, entre otras, la importancia del narcotráfico, la fuerza y la estructura del crimen organizado, las tradiciones de control social y la eficacia de los estados. La desmembración social provocada por la desigualdad es uno de los principales factores de esas constelaciones.

El despilfarro

Para quienes hemos nacido con posterioridad, algunos casos de despilfarro exorbitante se han convertido, quinientos o mil años más tarde, en una experiencia estética o incluso turística. Estamos hablando de ejemplos como el ejército de terracota y la necrópolis subterránea de Chang'an, las pirámides de Guiza o el Taj Mahal de Agra, todos ellos monumentos funerarios. Sin embargo, los «dueños del universo» del mundo de las finanzas del siglo XXI, a pesar de todo su derroche incontinente, no parece que hayan dejado nada que pueda suscitar el interés de los arqueólogos y los turistas de 2500.

Es bien conocido el despilfarro de recursos económicos en el ámbito del «desarrollo», que hipoteca su uso productivo. Historias de «terror» como las del mariscal Mobutu del Zaire o el emperador

Bokassa del Imperio Centroafricano, que fueron cortejados con insistencia por los dirigentes políticos de Estados Unidos y Francia, respectivamente. Pero también se produce un derroche menos ostentoso aunque no menos devastador en muchas economías políticas petroleras, como Nigeria, Angola y Guinea Ecuatorial, entre otras, incluyendo a la Rusia postcomunista y sus oligarcas. El despilfarro idiosincrásico en proyectos específicos de prestigio y su concomitante subinversión en infraestructuras, educación y capacidad productiva están constantemente presentes en las sociedades muy desiguales, en términos de poder y de capacidad económica.

Pero la desigualdad muestra distintas facetas. Los jeques del Golfo Árabe han asumido cierta norma aristocrática y consideran que la *riqueza obliga*; muchos magnates estadounidenses, de los Rockefeller a Bill Gates, han iniciado generosas empresas filantrópicas, por lo general después de haber llevado a cabo prácticas despiadadas de acumulación. Sin embargo, el bloqueo a los planes originales de la administración de Obama para emular a China en infraestructuras o crear un sistema educativo no elitista al modo europeo, al tiempo que aumentaban las guerras y el gasto militar con el pleno apoyo de la élite político-económica, muestra que la diferencia entre la desigualdad de Estados Unidos y la de, por ejemplo, nigerianos o rusos, es de un grado muy impreciso. Comparada con el gasto del Pentágono, que dedica 27.000 personas y 4.700 millones de dólares anuales solo al capítulo de relaciones públicas², la coronación del emperador Bokassa en 1977 fue un acontecimiento esporádico barato que costó solo 20 millones de dólares de la época.

Recientemente, las guerras promovidas por Estados Unidos (y apoyadas por el Reino Unido) en Irak y Afganistán han supuesto un derroche descomunal de recursos públicos, ejecutado por una privilegiada élite despiadada. En ambos casos, su participación en ellas fue fruto de una «libre elección», no de la necesidad, como señalan sus más inteligentes defensores, el columnista del *New York*

Times Thomas Friedman, impulsor de la guerra de Irak, y Barack Obama, que justificó la escalada bélica en Afganistán. La clase dirigente puede permitirse estas guerras de elección, pagadas con dinero público o deuda pública, que benefician enormemente a empresarios cercanos y no arriesgan las vidas de sus miembros. Aún no está claro cuál ha sido el coste final de estas aventuras bélicas, puesto que la guerra de Afganistán, con su extensión a Pakistán, todavía no ha terminado. Pero a finales de 2012, Estados Unidos había dedicado a ellas unos 3 billones de dólares, incluyendo los intereses sobre las partidas asignadas a la guerra y los costes sociales para las familias de militares, pero excluyendo los costes prolongados derivados de las discapacidades de los heridos —de los estadounidenses, evidentemente— estimados en más de 900.000 millones dólares (www.costofwar.org). En su conjunto, todo ello equivale al objetivo de reducción del déficit a medio plazo, 4 billones de dólares, establecido en 2010 por la Comisión Nacional de Responsabilidad y Reforma Fiscal (la Comisión Bowles-Simpson).

Al lado del delirio bélico estadounidense, el derroche militar británico bajo los gobiernos Blair-Brown-Cameron ha sido más bien modesto. A finales de 2011, el gasto directo en operaciones militares en las guerras de elección promovidas por Estados Unidos ascendía a 28.000 o 29.000 millones de libras (Berman, 2012). Pero el auténtico alcance de la mentalidad imperial de la política británica queda bien resumido en otra de sus «pequeñas guerras contra los pueblos bárbaros»³. La guerra de Libia se libró en un momento de absoluta austeridad fiscal (para las personas), lo que no impidió el empleo despreocupado de aviones de combate (cuyo coste oscila entre 35.000 y 72.000 libras por hora) y el lanzamiento de misiles valorados entre 800.000 y 1.100.000 libras cada uno! Los costes en muertos, heridos y mutilados corrieron, por supuesto, a cuenta de los nativos.

El derroche militar no es exclusivamente un pasatiempo anglosajón. El segundo país con mayor gasto militar (en relación con la renta nacional, después de Estados Unidos) es Grecia. Esta

situación se ha seguido manteniendo después de la aplicación de los recortes de presupuesto impuestos desde el exterior, que apenas afectaron a los gastos militares (una reducción del 5 por ciento), concentrándose en reducciones drásticas de las pensiones y los salarios de los funcionarios (Dempsey, 2013).

Las preferencias económicas de las personas varían. Como parece lógico, los pobres están más preocupados que los ricos por la reducción de la pobreza, el empleo, la seguridad en los ingresos, los servicios públicos y las infraestructuras. Las élites aspiran a blindar su riqueza frente a la redistribución y suelen preferir los proyectos que inciden en el esplendor y el prestigio nacional y, en el caso de las grandes potencias, reales o aspirantes a serlo, en el dominio internacional o mundial, con sus exigencias de despliegue de poderío militar. Por lo general, los dirigentes republicanos estadounidenses son partidarios de cortar todos los derechos sociales y casi todo tipo de gasto civil, pero dan la impresión de concebir un aumento continuo de los gastos militares y de vigilancia. La Guerra Fría ha dado paso a una serie aparentemente interminable de guerras calientes a pequeña escala. En enero de 2013, David Cameron se comprometió a mantener «una guerra de décadas» contra los musulmanes militantes en África.

Sin embargo, el nacionalismo, e incluso el entusiasmo por la guerra, no son ajenos a la gente ordinaria. La guerra de las Malvinas de Margaret Thatcher, por ejemplo, tuvo un amplio apoyo popular. Lo mismo que la caza de Osama bin Laden. Pero la decisión de invadir Irak en 2003, de continuar la persecución a Bin Laden fuera de Afganistán con una guerra de trece años y una ocupación parcial permanente planificada para después de 2014, y el aplastamiento del régimen de Gadafi en Libia carecieron de respaldo popular, tanto en el Reino Unido o Estados Unidos como en el resto del territorio de la OTAN⁴.

Partiendo de esta escala de preferencias de ricos y pobres, es lógico suponer que, en similares circunstancias, cuanto mayor es la desigualdad entre la élite y el resto de la población, mayores son las

probabilidades de que se despilfarren los recursos comunes en los proyectos favoritos de la élite.

La dictatocracia política

Una *dictatocracia* es diferente de una dictadura: esta podría considerarse como una forma extrema de la primera. Una *dictatocracia* puede celebrar elecciones multipartidistas y tener una diversidad de medios de comunicación. Un *diktat* es una enunciación autoritaria, una declaración dictada a una secretaria o a cualquier ente subalterno. Es un vínculo entre el poderoso y quien tiene que asumir su dictamen o su orden. Lo fundamental en este caso es que un *diktat* político o una serie continuada de ellos, una *dictatocracia* política, no precisa de una dictadura represiva para existir. El dictamen original del directivo a la secretaria solo implicaba una estructura predeterminada de poder y de conformidad.

Si usted es disidente en una *dictatocracia*, no corre un gran riesgo de ir a la cárcel, a menos que sea sospechoso de «apoyar el terrorismo» —por ejemplo, por organizar ayuda para los palestinos de Gaza—, pero si es sindicalista o activista medioambiental en América Latina podría morir asesinado, aunque no necesariamente por el Estado. Puede votar a quien desee o decir lo que quiera sobre el gobierno de su país, pero lo que haga o lo que diga no tendrá (prácticamente) ninguna consecuencia en términos prácticos ni será encarcelado por ello.

En muchos países, desde Tailandia hasta Nigeria, existe la compraventa generalizada de votos. En el mundo rico, la financiación de las campañas electorales es mucho más sutil, pero no menos relevante. Un miembro clave de la campaña electoral de Clinton y de Obama —el actual alcalde de Chicago, Rahm Emmanuel— afirmó en una alocución su equipo: «El primer tercio de la campaña es dinero, dinero y dinero. El segundo tercio es dinero, dinero y prensa. Y el tercero es voto, prensa y dinero». Dinero 6, votos 1 (Hacker y Pierson, 2010: 252).

El *diktat* que convierte a las democracias en *dictatocracias* procede de los peldaños más altos de la desigualdad monetaria: «Prácticamente todos los senadores estadounidenses y la mayoría de los miembros de la cámara de representantes pertenecen al 1 por ciento cuando son elegidos, mantienen el escaño con el apoyo del 1 por ciento, y saben que si sirven como es debido a ese 1 por ciento, serán recompensados por él cuando acaben su mandato» (Stiglitz, 2011). El politólogo Larry Bartels (2008, cap. 9) ha estudiado las dimensiones de esta *dictatocracia* en el senado estadounidense, llegando a la conclusión de que ni los senadores demócratas ni los republicanos responden positivamente a las opiniones procedentes del tercio más bajo (en poder adquisitivo) de sus votantes. Ambos eran algo más receptivos al tercio intermedio, y los republicanos eran muy receptivos a las demandas del tercio más rico del electorado.

Martin Gilens (2012) ha retomado el análisis de Bartel afinando algo más en sus conclusiones. El foco de su análisis es una comparación entre un gran número de respuestas sobre preferencias políticas en sondeos de ámbito nacional (con muestras representativas) y las políticas que se aplicaron realmente, especialmente entre 1981 y 2002, pero con una ampliación en 1964-2006. Una de sus conclusiones fundamentales es que cuando los grupos de renta difieren en sus preferencias, la mitad más pobre de la población no tiene ninguna posibilidad de ganar. El 30 por ciento más rico tiene alguna oportunidad, mientras que el 10 por ciento más rico se queda con el resto (p. 82). También descubre que la influencia del 10 por ciento más rico varía en función del ámbito político —siendo mayor en temas económicos y religiosos y menor en políticas sociales—, del ciclo electoral y del equilibrio de fuerzas entre los partidos. Los electores menos adinerados aumentan su influencia cuando se acerca la época de elecciones y cuando hay un equilibrio de fuerzas entre ambos partidos (pp. 101, 190). Sin entrar en muchos detalles, Gilens también muestra la importancia del modo en que el sistema político sitúa y procesa las preferencias de los

ciudadanos desfavorecidos. Por ejemplo, a mitad de la década de los sesenta, aparentemente incluso una mayoría de los pobres «se oponía al aumento del gasto en viviendas protegidas y en asistencia social y subsidios» (p. 222). Incluso las preferencias de los ciudadanos pueden ser dictadas.

Desconozco la existencia de estudios similares en el Reino Unido o en otras partes de Europa. No obstante, es evidente que el tono del discurso público y de las políticas británicas viene fijado por una élite social específica formada en centros de enseñanza privados muy exclusivos. Dentro del actual gabinete conservador-liberal, el 59 por ciento de los miembros procede de la enseñanza privada, al igual que el 35 por ciento de los miembros del parlamento. Lo que resulta más sorprendente es que un tercio del último gobierno laborista también formaba parte de esa élite universitaria, al igual que más de la mitad de los principales periodistas del país (Milburn, 2012: 3-4). En el Reino Unido, al menos desde los tiempos de Thatcher, ha triunfado el axioma (dictado por las clases altas y media-altas) que afirma la necesidad de mantener baja la fiscalidad sobre la renta y la propiedad, o incluso de reducirla. En Alemania y la Eurozona, el *diktat* primordial que no puede ignorarse procede del Bundesbank.

En América Latina, las *dictatocracias* han alternado con las dictaduras hasta hace poco tiempo, imponiéndose estas últimas cuando la política (digamos un presidente electo) no acataba las primeras. La reforma agraria y los impuestos sobre la renta se han mantenido a raya mediante las *dictatocracias*, y en los «años de plomo» de los setenta y los ochenta, mediante las dictaduras. Los dictámenes de las empresas, tanto multinacionales como nacionales, siguen manteniendo la mayor parte de la desigualdad del hemisferio mediante un estrecho margen de capacidad redistributiva. En cualquier democracia capitalista, las demandas de un gran potentado tienen que ser tratadas con más respeto que una petición firmada por un millón de ciudadanos. Ese es el significado de *dictatocracia*.

Probablemente muchos de nosotros estemos de acuerdo con la prudente conclusión del filósofo de Harvard Michael Sandel (2012: 203): «La democracia no exige una igualdad perfecta, pero sí que los ciudadanos compartan los beneficios de una vida en común».

[1](#) El Programa Internacional para la Evaluación de Estudiantes (PISA, por sus siglas en inglés) se basa en el análisis del rendimiento de estudiantes de 15 años a partir de unos exámenes que se realizan periódicamente en varios países. Este informe fue iniciado por la OCDE en 1997.

[2](#) Hasting (2012), aquí citado del *New York Review of Books*, 27 de septiembre, 2012, p. 61.

[3](#) La expresión procede de un político conservador con mucha más experiencia al respecto que David Cameron: Winston Churchill, en referencia a su propia formación militar al servicio del imperio.

[4](#) La OTAN (Organización del Tratado del Atlántico Norte), instituida en 1949 como una alianza militar anticomunista propiciada por Estados Unidos, nunca tuvo mucho que ver con la democracia y admitió desde el principio a regímenes autoritarios como Portugal o Turquía. Solo la fuerte resistencia europea impidió que Estados Unidos aceptara incluir a la España de Franco. Tras el fin de la Guerra Fría, Estados Unidos decidió no dismantelar la organización, sino ampliarla hacia la Europa oriental opuesta a Rusia. Desde entonces, se la ha utilizado como cobertura internacional para las intervenciones militares de Estados Unidos en la antigua Yugoslavia, Irak, Afganistán, Libia, etc. El «territorio de la OTAN» hace referencia a Estados Unidos y su camarilla de clientes, en la que destacan las antiguas potencias imperiales de Francia y Gran Bretaña, que intentan reafirmar su poder. Mediante la OTAN, pequeños países sin antiguas glorias coloniales pueden ahora disfrutar sus aventuras en Irak o Afganistán. La OTAN es el equivalente actual de un club colonial.

PARTE II

LA TEORÍA DE LA DESIGUALDAD

A pesar del aumento de la preocupación del público por la desigualdad, son pocas las reflexiones teóricas en torno al significado y las implicaciones de la desigualdad y de la igualdad. Aunque este breve libro sea principalmente una intervención cívica basada en datos empíricos, limitarse a seguir la corriente con furia empirista equivaldría a una abdicación académica, que probablemente contribuiría a apagar el interés general por la desigualdad. La preocupación por la desigualdad implica una actitud normativa que conlleva una visión de lo que es una vida humana plena, el buen vivir. Para ello, es preciso exponer y justificar las bases y los límites de esta normatividad. Como científico social, también tengo el deber de especificar los procesos y mecanismos básicos mediante los que se crea la desigualdad y la igualdad.

Desgraciadamente, la disciplina que profeso —la sociología— no me es suficiente en este caso, a pesar de su omnívoro interés empírico por las desigualdades y a pesar del respeto que le ofrece, como disciplina, la teoría pura. Es necesario abrir ventanas en múltiples direcciones.

CAPÍTULO 3

APROXIMACIÓN TEÓRICA MULTIDIMENSIONAL

Todo lo que vemos está en gran parte determinado por el cristal de las gafas a través de las cuales miramos el mundo. Para poder captar completamente la problemática de la desigualdad social, lo que está en juego, necesitamos abrir nuestras ventanas conceptuales y permitir que entre el aire fresco que se encuentra más allá de los discursos convencionales, tanto académicos como no académicos.

Para ello, tendremos que lidiar con cuatro cuestiones conceptuales. ¿Cuál es la diferencia entre desigualdad y diferencia? ¿Cuál es el grado de igualdad que los seres humanos racionales consideran deseable, teniendo en cuenta que ignoran si las condiciones de desigualdad les favorecerían o no? ¿Cuál es la relación entre pobreza y desigualdad? Para terminar, dadas las conjeturas predominantes, también deberíamos plantearnos si existe alguna limitación analítica o ética al ideal liberal de igualdad de oportunidades.

Diferencia entre desigualdad y diferencia

La desigualdad, como espero haber mostrado a estas alturas, es un rasgo fundamental del mundo actual y, en muchos aspectos —si no en todos, como veremos más adelante— está aumentando. No obstante, tras el descubrimiento de Auschwitz y el fin del *apartheid*, existe la creencia prácticamente universal en algún tipo de igualdad

humana, aunque sea inmaterial. Al mismo tiempo, probablemente somos más conscientes que nunca de nuestras diferencias, de nuestras distintas formas, dones, valores y experiencias. Por lo tanto, parece que se hace necesario aclarar las relaciones entre (des)igualdad y diferencia. Dicho sin rodeos, ¿cuál es la diferencia entre desigualdad y diferencia?

Fueron las feministas tardías quienes confrontaron diferencia y desigualdad. Ellas cuestionaron las preocupaciones sociales y económicas respecto a la desigualdad de género de los primeros grupos feministas de la década de los sesenta para hacer hincapié en las diferencias entre hombres y mujeres, exigiendo espacio y respeto para la diferencia femenina. Pronto, la diferencia y el respeto que esta merece fueron también primordiales para los eruditos y los activistas del campo de la etnicidad y las migraciones.

- * Las diferencias vienen dadas —por Dios o la naturaleza— o se eligen (estilos), mientras que las desigualdades *se construyen socialmente*.
- * En la base de la desigualdad siempre existen ciertas *características compartidas* (asumidas), algo excepcional y en ningún caso necesario en la percepción o en el discurso de las diferencias. El feminismo igualitario asumía características comunes en hombres y mujeres, como seres humanos y como ciudadanos. Para el feminismo de la diferencia, las características compartidas eran algo secundario.
- * La desigualdad es una diferencia que *viola* algunos supuestos *normales* (mundanos) de la igualdad (no necesariamente de manera explícita o evidente), derivados de esas características comunes. La des-igualdad de género es una violación de la norma de igualdad humana.
- * Las diferencias pueden coexistir (y de hecho lo hacen) con la igualdad y con la desigualdad.

A comienzos de la Revolución Francesa surgió un ejemplo notable y con una fuerte carga política de la diferencia entre desigualdad y diferencia relacionada con la última vez que se convocaron los Estados Generales de Francia, en 1614. En aquella ocasión, los plebeyos (el Tercer Estado) habían solicitado a la nobleza ser tratados como desiguales: «Trátennos como si fuéramos sus hermanos menores y nosotros les honraremos y amaremos». El estamento de la nobleza respondió con una carta al rey: «Su majestad [...] Póngales en su sitio, que reconozcan quiénes somos, las diferencias que existen, para que sepan que no pueden compararse con nosotros de ninguna manera». En 1789, Sieyès, representante del Tercer Estado, hizo referencia a esta postura aristocrática para exigir un cambio revolucionario hacia la igualdad (Rosanvallon, 2011: 28).

¿Cuál es el grado de igualdad deseable?

La desigualdad existe en todas partes, pero ¿qué es la igualdad y dónde podemos encontrarla? ¿En ninguna parte? ¿En Utopía? Los políticos y los intelectuales de la Revolución Francesa fueron mucho más lejos en el debate del significado de la igualdad de lo que lo hicieron los Padres Fundadores de los Estados Unidos, que no parecen haber sentido la necesidad de dilucidar cómo compaginar la esclavitud con la afirmación de que «todos los hombres son creados iguales» que forma parte de la Declaración de Independencia. De hecho, George Washington se permitió describir al último gobernador británico de Virginia como un «architraidor a los derechos de la humanidad» por haber prometido la liberación de los esclavos que se pasaran a las filas británicas (Schama, 2005: 18).

La solución francesa fue delimitar la igualdad al ámbito de la «ciudadanía» o de la «moral», algo así como una versión laica de la noción cristiana o musulmana de la igualdad de las almas. En su famoso panfleto *¿Qué es el Tercer Estado?*, Sieyès escribió: «Las desigualdades de propiedad y de industria son como las

desigualdades de edad, sexo, tamaño, etc. No desnaturalizan la igualdad cívica» (Rosanvallon, 2011: 74). Se trataba de una igualdad débil, liberal, que resultaría insatisfactoria para igualitarios posteriores.

Por otra parte, pocos de nosotros estaríamos satisfechos con el igualitarismo radical del siglo XIX, encarnado, por ejemplo, en Gracchus Babeuf y sus seguidores: «Que no exista entre las personas otra diferencia que no sea la de edad o sexo. Si todos tienen las mismas necesidades y las mismas facultades, que tengan también a partir de ahora la misma educación y la misma dieta». La cita procede de un libro de Douglas Rae *et al.* (1981: 132) que formula una tesis tremendamente incisiva contra el igualitarismo simple e irreflexivo. Aparte de la idea insostenible de la semejanza de necesidades y facultades de esta cita de Babeuf, el argumento más sólido de los cinco puntos de Rae contra la igualdad es que en una utopía igualitaria pura todo debería distribuirse a la vez y para siempre. En la realidad empírica, el argumento es algo menos devastador. La Rusia prerrevolucionaria, la China posrevolucionaria y las aldeas tradicionales africanas han practicado una redistribución de la tierra comunitaria en función de los cambios demográficos de las familias.

Marx se mostró crítico ante esta igualdad homologada y expresó su opinión en su crítica malhumorada al Programa de Gotha del partido socialdemócrata alemán en 1875. Según Marx, una distribución equitativa de salarios o bienes sería un derecho a la desigualdad, porque los individuos tienen diferentes necesidades y rendimientos. La distribución equitativa es un paso adelante si partimos de las desigualdades de la sociedad capitalista de clases. Pero el estandarte de una futura sociedad comunista es otro: que cada uno dé según sus capacidades (*Fähigkeiten*), que cada uno reciba según sus necesidades (*Bedürfnisse*) (Marx, 1875/1969: 21). En este caso, el término «necesidades» equivale básicamente a lo que Amartya Sen, un siglo más tarde, ha definido con más precisión como capacidad de funcionar.

Coincidiendo irónicamente con el aumento de la desigualdad económica producido en el siglo XX, el pensamiento igualitario dio un salto cualitativo en complejidad, profundizando en las implicaciones de la diversidad de necesidades y gustos, de la libertad y de la capacidad de elección, así como en la responsabilidad que conllevan las decisiones personales. Este cambio comenzó con la publicación de *Teoría de la justicia* (1971) de John Rawls, que generó, gracias a su aguda brillantez filosófica, toda una generación de filosofía social del más alto nivel, a pesar de que su radicalismo utópico nunca tuvo un impacto político o ideológico. Sin embargo, esta nueva fase de la filosofía igualitaria ha conseguido importantes avances en el campo de la economía, a través de la obra de Amartya Sen, tan buen filósofo como economista, aunque no parece haber suscitado un gran interés sociológico.

En relación con las preocupaciones prácticas (tanto empíricas y analíticas como políticas) sobre la (des)igualdad en el siglo XXI, me viene a la cabeza la explicación que sugiere Sen (1992, cap. 3; 2009, parte III) para definir cuál es el tipo de igualdad por el que deberíamos luchar: *igualdad de capacidad para funcionar plenamente como un ser humano*. Dicha capacidad implica evidentemente supervivencia, salud (y asistencia para la discapacidad), libertad y conocimiento (educación) para elegir el camino personal, así como recursos necesarios para llevarlo adelante (cf. Nussbaum, 2011). Aunque pueda resultar un poco abstracta, esta definición ha sido la inspiración teórica y fundacional de los *Informes de Desarrollo Humano* de la ONU y de su Índice de Desarrollo Humano. Creo que el «enfoque de la capacidad» proporciona la mejor base teórica para el análisis y la lucha contra las desigualdades, que deberían considerarse como barreras multidimensionales a las capacidades humanas para funcionar en el mundo de manera igualitaria.

Por tanto, en este sentido, las *desigualdades* son *violaciones de los derechos humanos*, que impiden a miles de millones de personas alcanzar un desarrollo humano pleno.

A pesar de mi compromiso con la igualdad como valor, no veo la necesidad de especificar cuál sería el estado ideal de Igualdad. Como Sen (2009, cap. 4) argumenta en el caso de la justicia, no es preciso consensuar una definición «trascendental» de lo óptimo para poder comparar, para reconocer si la desigualdad se está disparando o se reduce, o si es mayor en el Reino Unido que, por ejemplo, en España. Las investigaciones sobre el nivel de vida promovidas por la socialdemocracia sueca a partir de la década de los sesenta (que posteriormente han sido adoptadas por otros países) fueron una iniciativa innovadora que optó por el estudio de los males sociales y no por el ideal social. En todas partes encontramos suficiente desigualdad como para descartar la hipótesis de que este es el mejor de los mundos posibles.

Desigualdad y pobreza

Para algunas personas, la desigualdad no es objeto de preocupación, mientras que la pobreza sí lo es. Es posible hacer una diferenciación conceptual entre ambas. La pobreza puede ser una condición de la igualdad (relativa), como ocurría en la China y el Vietnam de la década de los ochenta, en cuyo caso el aumento de la desigualdad puede considerarse como parte de un proceso de transición de la pobreza a la riqueza. Pero puede ocurrir que un sector de la población se quede atrapado en esa situación y encuentre cerrada la ruta ascendente. En los países desarrollados o en aquellos que están en vías de desarrollo o de subdesarrollo (al contrario que en los países no desarrollados), la pobreza es producto de la desigualdad, de uno o varios de los cuatro mecanismos que la promueven (que veremos más adelante).

En gran medida, la capacidad de un individuo para funcionar se ve afectada por la riqueza o pobreza de aquellos que le rodean. Por tanto, el concepto de pobreza relativa está cargado de significado. La gravedad de la pobreza tiende también a depender del índice general de pobreza. Dentro del club de países ricos, la OCDE, la

renta disponible (en paridad de poder adquisitivo)¹ del decil más pobre de la población de Estados Unidos está claramente por debajo de la renta media de esos treinta países, mientras que la renta del decil más alto está por encima de la del resto del mundo rico. En términos de privación absoluta, los estadounidenses pobres lo son mucho más que el promedio de europeos pobres (al oeste de los Balcanes) en cuanto a la «restricción de opciones alimentarias», condiciones medioambientales, atrasos en el pago de servicios, alquileres e hipotecas (incluso antes de la actual crisis). La brecha estadounidense de pobreza (la distancia entre la línea de pobreza relativa, definida por la mitad de la renta mediana familiar, y los ingresos medios de los pobres, expresados como porcentaje de esta) es superior a la de cualquier país de la OCDE, excepto México. Los mayores índices de pobreza relativa se dan en los tres países más desiguales de la OCDE: México, Turquía y Estados Unidos. El Reino Unido se sitúa dentro de la clase media alta de la pobreza y la desigualdad, con mayor pobreza y desigualdad que Francia, menos pobreza y más desigualdad que Alemania, y muy superior en ambas a Escandinavia (OECD, 2008: 37, 53, 127, 138, 154, 188).

La pobreza es una trampa de la que es difícil salir una vez dentro. Más de la mitad de las personas con una renta disponible inferior a la mitad de la renta mediana nacional en una selección de diecisiete países de la OCDE continuaban en la pobreza tres años después de haber caído por debajo de dicha línea divisoria. Dentro del grupo de países con un Estado asistencial más desarrollado, representado por los Países Bajos, Dinamarca y Alemania, la proporción era del 40 al 46 por ciento. En el Reino Unido y Francia, la mitad de los pobres seguían siendo pobres después de tres años; en Estados Unidos, el 63 por ciento (OECD, 2008: 171).

Oportunidades: ¿deberían los «fracasados» disponer de otra oportunidad?

El discurso liberal convencional hace un esfuerzo por distinguir entre igualdad de oportunidades e igualdad de resultados. El sentido común liberal está a favor de la primera pero es más o menos hostil a la segunda. La defensa de la igualdad de oportunidades era una idea radical e incluso revolucionaria hace dos siglos y continúa siendo un paso adelante en la senda del progreso humano desde los *anciens régimes* del derecho de nacimiento. A partir de entonces, este concepto ha experimentado una evolución técnica considerable. El economista y matemático estadounidense John Roemer (1998) ha desarrollado un algoritmo para implementar la igualdad de oportunidades en el bienestar (ya sea en función de la esperanza de vida o de la renta en el curso de la vida). Los economistas del Banco Mundial Francisco Ferreira, François Bourguignon y otros han desarrollado el modelo de Roemer en investigaciones prácticas. Más adelante, cuando revisemos los datos empíricos, retomaremos dichos estudios. Pero de momento vamos a reflexionar sobre hasta dónde nos llevaría el igualitarismo liberal clásico.

Lo más sorprendente de la tesis liberal es su concepción singular y puntual del tiempo social. La oportunidad suele medirse en determinado momento de la vida de una persona: al nacer o en su temprana juventud, que es cuando se consideran el género, la etnicidad, el lugar de nacimiento y la educación y ocupación del padre (a veces, también de la madre). Los estudiosos de la movilidad ocupacional se fijan, por lo general, en dos momentos puntuales: el nacimiento y la edad de finalización de los estudios.

Al nacer, o al menos tras los años de escolarización, los individuos con igualdad de oportunidades están solos, dependen exclusivamente de su propio esfuerzo y, por tanto, el resultado que consigan es responsabilidad exclusiva de ellos mismos. ¿Es realmente así la vida humana? Si usted se ha graduado en literatura clásica por Oxford o Cambridge, tendrá por delante una amplia variedad de oportunidades laborales, aunque sus posibilidades de llegar a ser alcalde de Londres sean pocas. Pero si tiene usted una amiga graduada en literatura clásica (árabe) por la Universidad de El

Cairo, por ejemplo, lo más probable es que vaya a engrosar las filas del desempleo. ¿Quiere eso decir que ella se esforzó menos que usted en los estudios? Veamos otro ejemplo. Supongamos que decide trabajar en una gran empresa jerárquica y que, unos años más tarde, sufre una enfermedad cardiovascular a causa del estrés y del menosprecio diario que le muestran sus superiores. ¿La consideraría un producto de sus esfuerzos? Otra posibilidad, no menos frecuente, es que se enamore y tenga un hijo, o incluso dos. Luego, el amor se acaba y usted se ve forzado o forzada a criar sin ayuda a dos niños pequeños, lo que le impide ascender en su carrera profesional e incluso mantener un empleo a tiempo completo, porque no existen escuelas infantiles asequibles. Como resultado, llega la pobreza. ¿De qué le serviría entonces su igualdad de oportunidades?

Para los conservadores estadounidenses, los «fracasados» no deberían tener subsidios ni derechos. El Tea Party nació a partir de una diatriba televisiva contra cualquier tipo de apoyo público a los «perdedores» de la crisis que no podían seguir pagando sus hipotecas (Skocpol y Williamson, 2012: 7). Pero este no es el único conservadurismo concebible. A comienzos de este siglo, el candidato a presidente de Estados Unidos que resultaría finalmente elegido prometió un «conservadurismo compasivo»² y los conservadores han practicado la caridad desde antiguo. El desprecio por los fracasados procede más bien de la tradición liberal y del énfasis que esta otorga a la oportunidad.

La igualdad perfecta de oportunidades puede a su vez producir sociedades muy diferentes. Imaginemos que somos regidos por gobiernos liberales que se toman en serio la igualdad de oportunidades y que consiguen que el nivel de ingresos de un individuo a lo largo de su vida sea completamente independiente de los recursos de sus progenitores, de su género, su ascendencia étnica y su lugar de nacimiento. En ese caso, los resultados finales dependerán por completo de las decisiones que haya tomado y de su mayor o menor fortuna en la tómbola de la educación y el

mercado laboral, de sus preferencias y sus esfuerzos. Pero la sociedad resultante se verá configurada por los parámetros de sus decisiones y esfuerzos.

Veamos dos ejemplos de sociedades en las que todos los individuos tienen exactamente las mismas oportunidades de conseguir determinados ingresos a lo largo de su vida. Cada uno de nosotros tiene un 1 por ciento de posibilidades de triunfar, de situarse en el grupo del Uno por Ciento de máximos perceptores de renta. Cada uno tiene también el 20 por ciento de posibilidades de acabar en el quintil más pobre de la población; y todos tenemos también las mismas posibilidades de terminar en el medio. La única diferencia entre las dos sociedades de nuestro ejemplo es la estructura de los ingresos, que depende de las diferentes instituciones y normas políticas (cuadro 2).

CUADRO 2 Dos sociedades con perfecta igualdad de oportunidades y con diferentes estructuras de resultados (ingresos)

<i>Sociedad</i>	<i>Posibilidades de formar parte de un grupo de perceptores</i>	<i>Proporción de la renta total que percibe el grupo</i>	<i>Renta per cápita</i>
A	1/100	20%	20
	9/100	20%	2,2
	70/100	58%	0,83
	20/100	2%	0,1
B	1/100	5%	5
	9/100	15%	1,67
	70/100	65%	0,93

Las cifras son ficticias, al igual que la hipótesis de un gobierno liberal que se tome en serio la igualdad de oportunidades, pero las cantidades del ejemplo A proceden de países de Latinoamérica *circa* 2000 y las del ejemplo B de Escandinavia, en torno a 1980.

Aunque ambas sociedades son por definición totalmente igualitarias en términos de oportunidades, los resultados que se consiguen a lo largo de la vida son muy diferentes. Si elegimos de un modo racional puramente individualista, el 90 por ciento de nosotros estaría mejor situado escogiendo el país B que el A, incluso descontando las mejores oportunidades para la confianza, la paz y la cooperación de la sociedad B.

Ahora bien, un liberal derechista empedernido podría argumentar que el cuadro presentado es estático. En una perspectiva a más largo plazo, la sociedad A (más desigual en cuanto a resultados) puede llegar a generar más riqueza y, con el tiempo, más ingresos para el 20 por ciento de abajo que la sociedad B. Esta es una objeción teórica bastante racional, pero pertenece al ámbito de la ideología, está por encima de la realidad social. Los incentivos estimulan el esfuerzo, pero no existen pruebas empíricas que respalden el argumento de que cuanto mayor sea la desigualdad (de resultados), mayor será el crecimiento. En la actualidad, parece que la economía del desarrollo se inclina más bien en sentido contrario. De cualquier modo, se han producido crecimientos económicos espectaculares a largo plazo tanto en países con poca desigualdad, como Japón, Corea del Sur y Taiwán después de la Segunda Guerra Mundial, como en otros que vivían un aumento acelerado de la desigualdad, como la China posmaoísta.

En la vida social real, las oportunidades vienen y se van, o van pasando a lo largo de toda la vida. El paquete de probables oportunidades que te corresponde en el momento de nacer es el más importante y duradero, pero cada día se presenta alguna nueva

oportunidad, relacionada con los resultados de ayer. La desigualdad de oportunidades en el instante 1 está sobre todo determinada por la desigualdad de resultados del momento -1. La dicotomía de principios entre (des)igualdad de oportunidades y (des)igualdad de resultados es una construcción ideológica sociológicamente insostenible. Si creemos en los derechos humanos, también «los fracasados» deberían tener derechos humanos.

1 La paridad del poder adquisitivo es un conversor de divisas para hacer comparables los niveles de renta de distintos países en términos del nivel de vida. Consiste en averiguar cuántas cosas de una cesta de productos se pueden comprar con, por ejemplo, 1.000 unidades de la divisa de ese país en comparación con cuántas cosas se pueden comprar con 1.000 dólares en Estados Unidos. Aunque para este fin es mejor que los tipos de cambio oficiales, es un cálculo difícil en el que se cometen errores fácilmente. En 2005 el Banco Mundial llevó a cabo una revisión general de sus cálculos.

2 Aunque, una vez elegido, no tardó en desprenderse de la compasión en la campaña de “conmoción y pavor” de bombardeos en Irak.

CAPÍTULO 4

LOS TRES TIPOS DE (DES)IGUALDAD Y SU GÉNESIS

Dimensiones de la capacidad humana

La desigualdad que debería preocupar a todos los seres humanos decentes es la desigual capacidad de funcionar plenamente como un ser humano y de poder optar por una vida de dignidad y bienestar, dadas las condiciones actuales de la tecnología y el conocimiento. Aunque mi objetivo al escribir este libro no sea promover una filosofía de la justicia, vuelvo a echar mano de Amartya Sen (2009: 414), que se preguntaba: ¿qué significa ser un ser humano? ¿Qué hace falta para poder funcionar plenamente como ser humano? De todos modos, para analizar la desigualdad, es decir, la negación de la capacidad de funcionar plenamente como ser humano, es preferible que nos concentremos en el meollo de la pregunta de Martha Nussbaum (2011: 32): «¿Qué es preciso para tener una vida que pueda calificarse de digna?». Según Nussbaum, para responder a ello no es necesario enumerar una serie de «capacidades fundamentales» sino centrarnos en las dimensiones básicas de la vida humana.

Los seres humanos son *organismos*, cuerpos y mentes, vulnerables al dolor, al sufrimiento y a la muerte.

Los seres humanos son *personas*, cada una con su propio ego, que viven su vida en contextos sociales llenos de significado y emociones.

Los seres humanos son *actores*, capaces de actuar en pro de sus metas y objetivos.

De todo ello podemos derivar tres tipos de desigualdad.

1. *Desigualdad vital*, relacionada con las oportunidades desiguales ante la vida de los organismos humanos, construidas socialmente. Puede estudiarse evaluando las tasas de mortalidad, la esperanza de vida, la expectativa de salud (años teóricos de vida sin enfermedades graves) y otros indicadores de salud infantil, como el peso al nacer y el desarrollo corporal a determinada edad. También se utilizan para ello las encuestas de hambre y malnutrición.
2. *Desigualdad existencial*, relacionada con la desigualdad personal de autonomía, dignidad, grados de libertad y de derecho al respeto y al desarrollo personal. Tuvo una formulación legal en el caso de las mujeres embarazadas en Canadá, en 1923: «Las mujeres son personas en términos de sufrimientos y castigos, pero no son personas en términos de derechos y privilegios» (Munroe, sin fecha).
3. *Desigualdad de recursos*, que impide a los actores humanos disponer de recursos similares para desenvolverse. Esta categoría es la base de la mayoría de los discursos sobre desigualdad, a partir de la llegada de la primera nómina, sin tener en cuenta que, para entonces, ya hay muchos cuerpos bajo tierra y muchas vidas han quedado marcadas para siempre por la humillación y la degradación. De cualquier modo, la importancia fundamental de la desigualdad de recursos es innegable. Los recursos para la acción proceden de diferentes fuentes, pero el dinero es la principal. Tal y como ha señalado recientemente Michael Sandel (2012: 3), en estos tiempos hay «pocas cosas» que el dinero no pueda comprar. Pero, por lo general, el primer recurso de cualquier persona son sus padres, la salud de estos, sus conocimientos y el apoyo que reciba de ellos. Más adelante les presentaremos

nuestros respetos, al considerar la (des)igualdad de oportunidades y la movilidad social.

La comunidad de las ciencias sociales todavía no ha integrado dentro de los derechos burgueses el concepto desigualdad existencial. El término ha creado una división en la filosofía social entre quienes demandan su reconocimiento y quienes abogan por la redistribución. Nancy Fraser ha defendido con determinación la importancia fundamental de la desigualdad y de la redistribución (Fraser y Honneth, 2003). Pero algunas de sus manifestaciones ya han sido estudiadas y siguen siendo objeto de estudio: el confinamiento de las mujeres, sometidas por el patriarcado y el sexismo; los pueblos colonizados; la explotación de las clases bajas por las altas; los pueblos indígenas, los emigrantes y las minorías étnicas gobernadas por *Herrenvölker* (razas dominantes); las personas con discapacidades o lesiones permanentes o simplemente los indigentes tiranizados por los funcionarios de los albergues y por las autoridades socio-médicas paternalistas; los homosexuales encerrados en el armario por heterosexuales intolerantes; y las castas «contaminadas», que ocupan los peldaños más bajos en la mayor parte de las jerarquías, pisoteadas por las castas superiores. Los ejemplos abundan. Y todos están relacionados con atribuciones desiguales de la autonomía personal, el reconocimiento y el respeto, con negaciones de la igualdad existencial de los seres humanos, a quienes se impide desarrollar plenamente su capacidad de funcionamiento.

Todo esto puede calibrarse y compararse analizando las normas institucionales, las organizaciones y el discurso, las pautas de interacción social, las prácticas de los potentados y de los guardianes del conocimiento especializado, como los doctores. Y, desde el otro lado, empleando las experiencias personales de restricciones y humillaciones recogidas mediante encuestas y entrevistas cualitativas.

La relación de la educación con la desigualdad de recursos cada vez tiene mayor importancia. Aunque la educación suele estudiarse en términos de acceso a la misma, Pierre Bourdieu (1979) otorgó a la desigualdad cultural un lugar preferente en el análisis social. Todavía está por explorar el posible intercambio ideológico entre nivel de renta y desigualdad cultural, que puede apreciarse en un amplio espectro de la derecha estadounidense. En ese caso, la magnanimidad generosa hacia la desigualdad de renta y los ricos coincide con una viva animadversión cultural hacia las «élites intelectuales arrogantes» (por ejemplo, Murray, 2012: 84).

Los estudios convencionales sobre desigualdad se centran en el nivel de renta y ningún académico serio debería desatender las convenciones por muy inconformista que sea. Por tanto, vamos a dedicar suficiente atención a la desigualdad de renta *urbi et orbi*. Es evidente que la riqueza es un recurso importante, especialmente en las sociedades que extraen rentas de la tierra y los minerales. Pero dado que la mayor parte de los supermillonarios actuales se mantienen a flote gracias a los beneficios que les producen sus negocios, aquí vamos a centrarnos en la renta más que en la riqueza.

Las relaciones y los contactos sociales de los que podemos echar mano para conseguir una recomendación laboral, un préstamo o para calmar nuestra angustia en tiempos de desgracia, penas y soledad, constituyen un recurso importante, no solo desde el punto de vista económico, político o psicológico, sino también para nuestra salud somática. En este mundo de capitalización extrema, a veces se denomina a las relaciones sociales «capital social», un término que cualquier académico decente debería evitar. Los contactos sociales se utilizan sobre todo como una variable intermedia para explicar otros aspectos de la desigualdad, y más raramente como una manifestación de la desigualdad en sí misma. Aunque algo al margen de nuestro principal argumento, hay buenas razones para tomar en cuenta las relaciones sociales a la hora de analizar la desigualdad vital.

El *poder* es un recurso contundente para la acción humana, probablemente a la misma altura que el dinero. Sin embargo, la desigualdad de poder raras veces ha sido incluida en los estudios y el análisis sobre desigualdades sociales y, cuando se aborda la «desigualdad política», suele ser en referencia a las desigualdades de voto y otras formas de participación ciudadana. Debería tomarse más en serio y relacionarse con los distintos tipos de régimen, por ejemplo en «constelaciones de poder». Aunque no lleguemos a abordarlo como se merece, este estudio sitúa al poder en los análisis de desigualdad.

Aunque las tres dimensiones mencionadas (desigualdad vital, existencial y de recursos) interactúan y se mezclan entre sí, no deberíamos olvidar que son categorías en sí mismas, pues no solo hacen referencia a distintas dimensiones de la desigualdad humana, sino que cada una tiene sus propias dinámicas y no siempre las variaciones en una de ella se corresponden con las variaciones en las otras. Por ejemplo, en los países ricos, la desigualdad interna de renta disminuyó notablemente desde el fin de la Primera Guerra Mundial hasta 1980, aproximadamente, mientras que la desigualdad vital (en el Reino Unido, que posee los datos más fidedignos sobre este tema), medida en términos de tasas de mortalidad para personas entre 20 y 44 años de diferentes clases ocupacionales, aumentó entre 1910-1912 y 1970-1972 (Therborn, 2006: cuadro 1.12). Otro ejemplo lo proporciona Latinoamérica, la región con una mayor desigualdad persistente del mundo en términos de recursos económicos, pero que durante mucho tiempo ha tenido menos desigualdad vital y existencial que, pongamos, el sur de Asia. Podemos apreciar las dinámicas específicas y las principales interacciones de los tres tipos de desigualdad en el cuadro 3.

El término ecología poblacional hace referencia en este caso a los efectos del medio ambiente sobre la salud, la enfermedad y la muerte de poblaciones humanas, como en el caso de las enfermedades asociadas a los trópicos y los efectos letales de la

primera urbanización euro-americana, o los efectos contaminantes de los barrios de chabolas de la actualidad.

Los sistemas de estatus humanos pueden adoptar muchas formas, pero el fundamental es el que se levanta sobre el conjunto familia-sexo-género. Además de su dimensión existencial, las diferencias y las relaciones etnorraciales también están muy relacionadas con la desigualdad de recursos, lo que nos lleva a la jerarquía existencial, en un bucle que se retroalimenta. Por ejemplo, en Brasil, Guatemala y Perú, los grupos más desfavorecidos «están formados exclusivamente por miembros de minorías étnicas o raciales» (Ferreira y Gignoux, 2011: 652).

CUADRO 3 Raíces, dinámicas e interrelaciones de los tres tipos de desigualdad

<i>Tipo de desigualdad</i>	<i>Raíces y dinámicas</i>	<i>Interacciones</i>
Vital	Ecología poblacional	Produce: impacto sobre la desigualdad de recursos
	Sistema de estatus	Recibe: fuerte impacto de la desigualdad existencial y de recursos
	Conocimiento médico	Produce: fuerte impacto sobre la desigualdad vital y de recursos
Existencial	Sistema familiar-sexual-de género	Recibe: fuerte impacto de la desigualdad de recursos
	Relaciones etno-rraciales	Produce: impacto sobre la desigualdad vital y la existencial

	Sistema de estatus social	Recibe: impacto de la desigualdad existencial y vital
De recursos	Sistemas económico, político y cognitivo, ecología y actuación	

En la mayor parte de los casos, los sistemas económicos se han basado en una desigualdad intrínseca, entre quienes tienen alguna propiedad y quienes (solo) trabajan, y sus diferencias dependen principalmente del modo en que los primeros se apropian del producto de los últimos. No obstante, la historia ha conocido sistemas en los que la mayor parte de los actores económicos eran individuos iguales: recolectores, pescadores, cazadores, agricultores y colectivos socialistas. A lo largo de buena parte de la historia humana, la política ha estado basada en los tributos de los trabajadores a los gobernantes. El último siglo, con su predominio de gobiernos electos, ha creado nuevas dinámicas de (des)igualdad.

La subsistencia y los sistemas económicos están integrados en un espacio ecológico. Más de la mitad de la desigualdad de ingresos en la China actual depende de la situación de residencia (Asian Development Bank, 2012b: 70), y la carencia de oportunidades en dos de los países más desiguales del mundo, Brasil y Colombia, se concentra prácticamente en una o dos regiones (Ferreira y Gignoux, 2011: 652). Muchos estados-nación de Latinoamérica están hoy en día más polarizados espacialmente que la UE-27, en términos de PIB. La ratio entre naciones de la UE se encuentra actualmente en 4:1, entre Irlanda y Bulgaria, mientras que la disparidad entre provincias asciende a ratios de 9:1 en Brasil, 8:1 en Argentina y 6:1 en México (CEPAL, 2010: 135). La ratio entre Francia y Argelia es 3:1.

Cuatro mecanismos generadores de (des)igualdad

Mientras que la mayor parte del debate público sobre desigualdad se centra en los resultados y en los modelos, los analistas políticos y los expertos sociales también están interesados en los mecanismos que entran en juego. ¿Cómo se producen las desigualdades actuales? ¿De qué manera podría promoverse la igualdad?

El primero en manifestar este punto de vista fue el fallecido sociólogo-historiador Charles Tilly (1998), en su estudio sobre la desigualdad duradera en Sudáfrica e Irlanda del Norte. Tilly se centró en una forma de desigualdad (económica) particularmente perniciosa, derivada del emparejamiento de categorías étnicas o etnorreligiosas, como blancos y negros, o protestantes y católicos. Pero para alcanzar una comprensión global del modo en que se generan las desigualdades, necesitamos una perspectiva más amplia y un enfoque más general.

Desde un punto de vista ideológico, el análisis siempre ha oscilado entre los «logros [individuales]» y la «explotación» (cf. Wright, 1994), o entre la desigualdad de resultados y la igualdad de oportunidades. Yo señalaría que lo que muchos consideran «logros» depende en gran medida de la construcción sistémica del juego y de la estructuración de las recompensas (como destaca el cuadro 2 en la p. 54), y que la «explotación» tiene actualmente mucha menos importancia de la que Marx le otorgaba. Por último, la «igualdad de oportunidades» no es ni más ni menos que una dimensión temporal de la (des)igualdad. Una vez más, los puntos de vista disponibles son muy escasos.

Las desigualdades son producto de los acuerdos y procesos sistémicos con un soporte social y de la acción distributiva, tanto individual como colectiva. Es fundamental prestar una atención sistemática a ambos. En este caso, «acción distributiva» es cualquier acción social, individual o colectiva, que tiene consecuencias distributivas directas, ya provoquen avance o retraso en el sistema, adjudiquen o redistribuyan. Conjuntamente, la acción distributiva y las dinámicas sistémicas producen y mantienen desigualdades a través de cuatro mecanismos diferentes, que tienen diversas

consecuencias para la evaluación y el cambio. Los mecanismos se relacionan con el tipo de proceso social que produce ciertos resultados redistributivos. Afectan tanto a los niños de la escuela como a las regiones de la economía mundial.

Los procesos oscilan entre dos extremos de la interacción social. En un extremo de los mecanismos que producen desigualdad tenemos que la distancia de ventaja de A con respecto a B proviene de que el primero tenía unos padres más serviciales u otras precondiciones mejores, más formación, más suerte en los inicios o realizó un mayor esfuerzo. B se está quedando rezagado porque no se dio cuenta de la existencia de un atajo, porque desconocía la disponibilidad de nuevos medios de producción o de transporte, por su mala salud o por cualquier otra razón. No es necesario que se produzca ninguna interacción entre A y B para que exista una distancia entre ellos, pero ambos pueden verla y considerar su importancia. Sea cual fuera la causa de la distancia inicial, no resulta fácil neutralizarla. Por lo general, la distribución irregular de información y la psicología social de la confianza en uno mismo, la ambición y el compromiso tienden a consolidarla y aumentarla. Podemos referirnos a este proceso como *distanciación*. El discurso liberal individualista tiende a calificar este mecanismo como un «logro» y sostiene que no produce desigualdad sino una recompensa legítima.

La distanciación es un importante mecanismo de la desigualdad, que no debería subsumirse en otros procesos. Pero en este caso, «logro» es un término teñido por la ideología. Solo contempla al agente del logro, sin darnos ninguna información sobre sus relaciones o su dependencia de otros, sobre el guión social que define un «logro» o sobre el contexto de oportunidades y recompensas. Así como la distanciación es un mecanismo que genera desigualdad, la distancia puede ser una diferencia y no una desigualdad, en el sentido expresado anteriormente. Los desfavorecidos o los observadores consideran que la distancia social es injusta, es una desigualdad, porque marca la distancia entre la

vida real de los desfavorecidos y una alternativa posible y preferible para ellos.

La distanciación es, antes que nada, un proceso sistémico que actúa en aquellos sistemas diseñados para producir triunfadores y fracasados —lo que incluye la definición de lo que supone «triunfar»— y una distancia de recompensas y ventajas entre ambos. Pero los sistemas (de las escuelas a los estados y a la economía mundial) difieren en la longitud de separación, la distancia social entre triunfadores y fracasados, ganadores y perdedores, adelantados y rezagados. Es importante hacer hincapié que en el contexto sistémico de la distanciación, en oposición a toda la ideología individualista, el éxito es el logro singular del individuo triunfador. Pero existen otras variables contextuales aparte de los acuerdos sistémicos.

Los seres humanos emergen como actores adultos con diferente salud y vigor en función de cómo haya sido su niñez. Los actores se enfrentan con distinto grado de confianza a los riesgos y a la incertidumbre y tienen diferente acceso a la información sobre nuevas oportunidades. De este modo, en el periodo de formación de los actores, las distancias sociales (creadas por el rendimiento escolar, la carrera profesional o el estatus social) tienden a reproducirse a lo largo de las generaciones. En las sociedades complejas siempre hay espacio para que algún individuo «convenza al sistema», pero los casos puntuales en que alguno se distancia de la multitud no invalidan las pautas generales de desigualdad. En los periodos de cambio sistémico, como la reciente transformación del socialismo comunista al capitalismo, el proceso de distanciación ataca en una nueva dirección. Al parecer, los grandes triunfadores, como los «oligarcas» rusos, han sido sobre todo personas bien conectadas socialmente, con una educación de élite, pero situadas al margen de la *nomenklatura* política, lo que acontecía en Rusia en muchas ocasiones por razones de antisemitismo (cf. Chaua, 2003).

En el otro extremo de los mecanismos que producen desigualdad, A obtiene su ventaja sobre B gracias a los objetos de valor que B le

suministra. En este caso, la desigualdad procede de la *explotación*. La explotación implica una división categórica entre personas superiores e inferiores, mediante la cual las primeras sustraen valores de las últimas de forma unilateral o asimétrica. Libertad y propiedad frente a falta de libertad y ausencia de propiedad ha sido la dicotomía categórica clásica subyacente en la explotación económica. La esclavitud y la servidumbre fueron ejemplos clásicos. Marx sostenía que, más allá del intercambio trabajo-salario, los mercados capitalistas, o mejor las empresas capitalistas, actuaban mediante otro proceso similar de explotación, proporcionando a los propietarios una plusvalía que constituía la base de sus beneficios.

Afirmar que la producción capitalista se basa en la apropiación asimétrica de los frutos del trabajo humano, y por tanto en la explotación, no debería crear divisiones entre los defensores de la igualdad. Pocos observadores honestos pueden negar que los trabajadores de China, de Bangladesh o de las maquilas instaladas en cualquier otro país del Sur (y que trabajan para Walmart, Zara o alguna otra marca o cadena europea o estadounidense) están explotados. Pero la teoría del valor del trabajo asalariado, extraída de Ricardo y en la que se basa la economía marxista, ya no es sostenible para explicar la economía capitalista. Esto quiere decir que la prevalencia y el alcance de la explotación económica capitalista no puede evaluarse empíricamente, ni se puede mantener el axioma de que todas las relaciones capital-trabajo asalariado son explotadoras¹.

Por otro lado, el marxismo no tiene la patente de la «explotación». Como acabamos de ver, puede definirse socialmente sin necesidad de hacer ninguna referencia a la teoría económica, y el discurso social y psicosocial utiliza el concepto de explotación con frecuencia. Está claramente relacionado con la desigualdad existencial. Todos sabemos lo que significa explotar el amor, el respeto o la admiración de otra persona: aprovecharnos de ella dándole poco o nada a cambio. Aunque no siempre sea observable y pocas veces se pueda calcular con precisión, en principio la

explotación puede investigarse empíricamente. Continúa siendo un pilar del análisis de la desigualdad, aunque no tan fundamental como lo era en los antiguos imperios basados en los tributos o cuando suponía el sostén de la esclavitud en las plantaciones de Estados Unidos o en el sistema de servidumbre en Rusia.

La explotación suele considerarse en todas partes la peor forma de desigualdad. Una vez que se acepta cierta noción de igualdad humana, la explotación siempre es injusta. En ese sentido, el propio concepto tiene una fuerte carga normativa. Puede negarse o disfrazarse de intercambio voluntario, pero no puede defenderse. La fuerte carga de oprobio moral que conlleva este concepto ha restringido su uso en la economía práctica. Pocos trabajadores industriales de Occidente se considerarían hoy en día explotados —excepto en situaciones específicas— y el concepto de explotación ha desaparecido hace tiempo de la retórica central del movimiento obrero.

Entre la distanciación y la explotación, es posible identificar otros dos mecanismos que producen desigualdades. La *exclusión* bloquea el avance o el acceso de otros y crea una división entre grupos que están dentro y grupos que quedan fuera. Como mecanismo explicativo, la exclusión debería considerarse más como una variable que como una categoría, como un conjunto de obstáculos que dificultan el avance de algunas personas. El conjunto incluiría todo tipo de impedimentos, «techos de cristal» y discriminaciones de diversos tipos, así como puertas cerradas. En economía, la exclusión se manifiesta en forma de monopolización, arrendamientos agrarios y otras formas de «captación de renta» (cf. Sorensen, 1996). La sociología empírica francesa de la década de los noventa convirtió la exclusión en una categoría social importante, merecedora de programas específicos para su solución en Francia (Paugam, 1996); también la UE aprobó un conjunto de indicadores para calibrarla en el Consejo Europeo de Laeken en 2001. La estigmatización es un marcador de la exclusión que confiere a quienes están fuera ofensas culturales de difícil cicatrización.

Existe otro tipo de desigualdad derivada de la clasificación institucionalizada de los actores sociales, que sitúa a unos arriba y a otros debajo, de cierta sub-ordinación y supra-ordenación. En principio, es una clasificación de los incluidos, aunque también los excluidos pueden ser clasificados, como los habitantes del *Inferno* de Dante. Esta desigualdad procede de la *jerarquización*, y pone de manifiesto la importancia de la organización formal. Anteriormente ya indicamos la fuerza de la jerarquización, al comentar su influencia en las muertes prematuras de los funcionarios del gobierno británico. Un interesante ejemplo moderno, inspirado sin duda por la tradición ancestral, es el sistema de clasificación del funcionariado establecido en la China comunista en 1953. Se trataba de una escala con veintiséis peldaños, que gobernaba no solo el salario del individuo, el aspecto de su uniforme, el tamaño y las comodidades de su vivienda, sino también su acceso a la información y los modos de transporte que podía emplear en sus viajes de trabajo. Solo a partir del escalón catorce tenía derecho a adquirir un billete de avión o un asiento confortable y «blando» de tren; solo a partir del escalón trece se podía reservar una habitación de hotel con baño privado (Chang, 1991: 240-41). Este sistema jerárquico fue eliminado en la década de los sesenta (Zhou y Qin, 2012: 48-49).

La jerarquización también puede basarse en un sistema de valores articulado. El orden social premoderno solía percibirse y formularse en términos de órdenes jerárquicos, estamentos o castas, con una división básica en intelectuales (sacerdotes, brahmanes, mandarines, ulemas), guerreros, comerciantes-artesanos y campesinos. Jerarquías similares han sobrevivido hasta la alta cultura contemporánea, mediante el sistema de valores estéticos, el «gusto» o el «estilo». Dentro en la Europa actual, Francia es probablemente el país donde esta jerarquización cultural está más articulada. Pierre Bourdieu (1979) dedicó a este tema la que probablemente sea su mejor obra. Empezaba con una frase que quizás ya no resulta tan obvia, especialmente fuera de Francia: «A la socialmente reconocida jerarquía de las artes [...] corresponde la

jerarquía social de [sus] consumidores», por medio de la cual los gustos culturales pueden funcionar como «marcadores privilegiados» de «clase» (pp. I-II).

Estos cuatro mecanismos son acumulativos en su manera de actuar. Los mecanismos de exclusión cobran importancia y relevancia ya que las barreras o los obstáculos que hacen de impedimento han sido levantados por quienes están, en cierto sentido, por delante, los más favorecidos. Para que la jerarquización sea institucionalizada es necesario colocar algún tipo de barrera divisoria entre los superiores y los inferiores. La explotación, por último, presupone distanciamiento, exclusión y una superioridad-inferioridad institucionalizada (no necesariamente en una cadena de mando formal), y añade a todo lo anterior la sustracción de los recursos de los inferiores. La exclusión, la subordinación y la explotación son mecanismos transitivos de la desigualdad que, a diferencia de la distanciamiento, perjudican directamente a los desfavorecidos.

Los mecanismos no son excluyentes y cualquier resultado distributivo bien puede ser efecto de varios de ellos. Después de trabajar durante más de un decenio con este tema, he llegado a la conclusión de que estos cuatro mecanismos son los responsables de la creación de todo tipo de desigualdades. Pero como se trata de herramientas para la comprensión y el análisis, no consideraré un fracaso si cualquier otro autor descubre nuevos mecanismos.

Los cuatro mecanismos identificados actúan sobre la salud y la esperanza de vida, sobre la autonomía, el reconocimiento y el respeto, así como sobre la economía y otros recursos. Su diferente peso relativo puede evaluarse y discutirse en cada distribución concreta, desde la distribución de la renta nacional dentro de la economía mundial hasta la esperanza de vida en Londres o las relaciones de género existentes en una aldea india.

Podemos tabular los mecanismos tal y como se observa en el cuadro 4, ilustrando cómo actúan a través de las dinámicas sistémicas y de la agencia directa de actores individuales o grupos de actores.

Cualquier análisis exhaustivo de la desigualdad debe también dedicar atención a la manera de superarla, o al menos de mitigarla. De hecho, a cada uno de los mecanismos mediante los cuales actúa la desigualdad se corresponde un mecanismo opuesto que favorece la igualdad.

A la distanciación le corresponde la aproximación. Al igual que sus contrarios, los mecanismos de la igualdad actúan tanto de manera directa como mediante acuerdos sistémicos. La más importante de las aproximaciones sistémicas es la acción afirmativa, a veces denominada «discriminación positiva». Ha sido puesta en práctica a escala masiva en la India, reservando plazas de enseñanza y empleos públicos para las castas y tribus «atrasadas» (véase Galanter, 1984). En Estados Unidos, desde que el movimiento pro derechos civiles se abrió camino en la década de los sesenta, se ha utilizado la discriminación positiva para facilitar el acceso de los negros a la educación superior, una disposición recientemente aprobada en Brasil. Otras maneras que tiene el sistema para facilitar la aproximación social incluyen la concesión de incentivos a los padres pobres para la vacunación y otros cuidados preventivos de sus hijos, así como para su escolarización. También pueden asignarse recursos extraordinarios para las escuelas situadas en áreas desfavorecidas.

CUADRO 4 Mecanismos de la desigualdad y sus dinámicas interactivas

<i>Mecanismo</i>	<i>Dinámicas</i>	
	<i>Agencia directa</i>	<i>Dinámicas del sistema</i>
<i>Distanciación</i>	Adelantándose o quedando rezagado Desplazamiento por competencia	Estructuración y normativa de la recompensa; p. ej., «Todo para el ganador», «Efecto Mateo», « <i>Star system</i> »
	Psicología social del éxito y el fracaso	Retornos de escala

		Estructuración de la información y de la oportunidad
<i>Exclusión</i>	Cerrando, obstaculizando, acaparando oportunidades	Limitaciones a la pertenencia, umbrales de entrada
	Discriminando, monopolizando	Acumulación de ventajas
		Estigmatización
		Derechos de ciudadanía y de propiedad
<i>Jerarquización</i>	Subordinación o supra-ordenación	Escala organizacional, distancia de estatus y de autoridad
	Relaciones patrón-cliente	Jerarquía de roles familiares
	Menosprecio-deferencia	Centro y periferias del sistema
		Jerarquías étnicas, raciales y de género
		Generalizaciones de superioridad-inferioridad
<i>Explotación</i>	Extracción	Relaciones de poder polarizadas
	Utilización	Dependencia asimétrica
	Abuso	Sistemas tributarios

Obviamente, lo contrario de la exclusión es la inclusión, abrir las puertas a la pertenencia, proporcionando derechos a quienes estaban anteriormente excluidos, sustituyendo las normas contra la discriminación por barreras contra la exclusión. Se puede

desmantelar o simplificar las jerarquías. Se las puede perforar abriendo canales de cualificación y ascenso (por ejemplo, de auxiliares médicos a enfermeros, de enfermeros a médicos) o se puede reducir y suspender temporalmente la influencia de las jerarquías aumentando el poder de negociación de los subordinados. Este es el objetivo de los sindicatos, de la negociación colectiva y de los consejos de trabajadores como los *Betriebsräte* alemanes, o de la representación estudiantil en las instituciones universitarias. En las organizaciones formales, de las empresas a las iglesias, de las universidades a los partidos políticos, la batalla por la desjerarquización ha sido llevada a cabo bajo el estandarte de la «democratización». Las economías de mercado capitalistas pueden ser significativamente desjerarquizadas mediante leyes que faciliten y protejan el derecho de los trabajadores a unirse en sindicatos, mediante derechos laborales que los tribunales obliguen a cumplir y mediante una legislación del salario mínimo que regule el punto más bajo de la escala salarial para proteger a los trabajadores más vulnerables.

La explotación puede contraponerse o incluso eliminarse mediante la redistribución, que se ha convertido, como veremos más adelante, en un rasgo característico del capitalismo avanzado contemporáneo. En el terreno existencial, el concepto correspondiente sería el de rehabilitación, por lo general mediante la presentación de disculpas o la autocrítica, que pueden venir acompañadas de una compensación económica. En las últimas décadas, la rehabilitación ha adquirido grandes dimensiones.

Quienes están a favor de la igualdad no carecen de medios para reducir y superar las desigualdades (cuadro 5).

Aunque el proceso de recuperación puede estar muy relacionado con el esfuerzo personal puesto en ello, a una escala mayor suele depender de cambios en el contexto o en el sistema, lo que, por supuesto, no quita mérito a los esfuerzos realizados en su prosecución. La recuperación puede también surgir a partir de nuevas oportunidades sistémicas, como una nueva tecnología o

nuevos mercados a los que los recién llegados puedan adaptarse más rápidamente. El historiador económico de Harvard Alexander Gerschenkron (1962) puso de manifiesto esas «ventajas de los retrasados» usando como ejemplo la industrialización en el siglo XIX de Europa central y oriental y el desarrollo económico de Asia oriental tras la Segunda Guerra Mundial.

CUADRO 5 Mecanismos para promover la igualdad

	<i>Agencia directa</i>	<i>Dinámicas del sistema</i>
<i>Aproximación</i>	Recuperación del terreno perdido	Capacitación compensatoria
	Uso de nuevas oportunidades	Acción afirmativa
<i>Inclusión</i>	Migración	Subsidios, derechos humanos
	Concesión de ciudadanía	Leyes antidiscriminación
<i>Des-jerarquización</i>	Organización colectiva	Empoderamiento, democratización
	Negociación colectiva	Simplificación de organizaciones e instituciones
	Estructuración en redes	Posibilidades de recualificación interna
<i>Redistribución y rehabilitación</i>	Organización política y reivindicaciones	Impuestos, transferencias y servicios sociales
	Filantropía	Rectificación pública, indemnizaciones

Tal vez la inclusión sea el mecanismo de igualdad más generalizado. Es intrínseca al Estado-nación moderno, que otorga

ciertos derechos y facilita servicios públicos a todos sus ciudadanos y normalmente también a sus residentes permanentes. Desde 2004, para entrar a formar parte de la UE, los nuevos estados miembros deben disponer de un Plan de Acción Nacional para la Inclusión Social. A escala global, el discurso de los derechos humanos aspira a incluir a toda la humanidad. Otro ejemplo más tangible de inclusión del género humano es la difusión global del conocimiento y las prácticas médicas, con importantes consecuencias para la desigualdad vital en el mundo. Las personas emigran para estar incluidos en un contexto que presente mejores oportunidades vitales, en una ciudad con recursos o un país rico. La concesión de ciudadanía, y especialmente del derecho a voto, es otra acción directa fundamental para favorecer la inclusión.

El papel de los sindicatos en la organización de la negociación colectiva y en la presentación de las demandas de los trabajadores en situación de igualdad con los jefes ha supuesto un enorme desafío para la jerarquía de las organizaciones modernas. La simplificación de las organizaciones e instituciones ha adquirido relevancia en la doctrina de gestión en las últimas décadas, inspirada en gran parte por el estilo de gestión que desarrolló Japón después de la Segunda Guerra Mundial, y por la agitación cultural que acompañó las rebeliones estudiantiles de finales de los sesenta (cf. Boltanski y Chiapello, 2007). Los movimientos para la democratización de las organizaciones, que fueron parte central del espíritu del 68, fueron la continuación de un siglo de luchas obreras por los derechos sindicales. Paradójicamente, la ideología favorable a una gestión menos jerárquica ha venido acompañada desde la década de los ochenta por campañas antisindicales y cada vez se ha visto más ensombrecida por ellas. En el campo académico, las jerarquías gerenciales suplantán cada vez con más frecuencia a las instituciones democráticas.

La reciente sustitución parcial —o al menos complementación— de la jerarquía por redes horizontales es otro mecanismo de igualdad (cf. Castells, 1998). Pero no debería olvidarse que también existen

redes jerárquicas verticales de clientelismo fuera de las estructuras formales de las organizaciones.

La redistribución ha sido la opción preferida por la socialdemocracia para favorecer la igualdad, pero ha obtenido una amplia difusión política. Ha sido una herramienta potente y comparativamente satisfactoria.

CUADRO 6 El poder de la redistribución de renta. Coeficientes de Gini de la renta de mercado y renta disponible tras impuestos y transferencias

<i>País</i>	<i>Renta de mercado</i>	<i>Renta disponible</i>	<i>Poder redistributivo: porcentaje de reducción de la desigualdad</i>
Canadá	41	32	22
Finlandia	39	24	38
Alemania	40	28	31
Polonia	47	33	29
Suecia	37	22	40
Gran Bretaña	45	35	23
EE.UU.	45	37	18
Argentina (urbana)	50	47	6
Bolivia	48	47	2
Brasil	57	54	5
México	55	53	4

NOTA: Las cifras de la OCDE son del periodo 2004-2005; las de Latinoamérica, de 2008-2009.

FUENTES: OCDE: OEDC (2011a: cuadro 7.3); Latinoamérica: Lustig *et al.* (2012a: cuadro 1).

Las transferencias sociales, mucho más que los impuestos (que financian a las anteriores), son el principal instrumento de redistribución. Han cumplido un importante papel en la reducción de la pobreza en la vejez (hasta casi eliminarla en el noroeste del continente europeo). Pero la redistribución también ha tenido un impacto importante en la reducción de la desigualdad en la población en edad de trabajar (16-65 años), que por supuesto incluye un número importante de retirados de facto. En los países pertenecientes a la OCDE ha servido para reducir la desigualdad una cuarta parte de promedio (OECD, 2011a: figura 6.1).

La rehabilitación es una característica significativa de la historia contemporánea. Como fenómeno a gran escala, empezó con la rehabilitación de víctimas de la represión política en la Unión Soviética y en los países de Europa oriental en la era posestalinista. Aunque de gran significado político y moral, este acontecimiento no está muy relacionado con la (des)igualdad. Más pertinente para nuestro estudio sería la rehabilitación de las víctimas del desarrollismo modernista y el reconocimiento de la igualdad existencial de los pueblos indígenas, de los hijos de aborígenes o de familias pobres que fueron apartados de sus padres y custodiados por familias adoptivas más «civilizadas» o «respetables». Recientemente, algunos gobiernos, como el de Australia o el de Suecia, han presentado sus disculpas a las víctimas y las han compensado económicamente.

La importancia relativa de estos mecanismos de desigualdad e igualdad ha sido ampliamente debatida en los círculos académicos y políticos que estudian el desarrollo mundial, aunque solo se apliquen

sus efectos a nociones específicas, lo que no es sino un reflejo de la escasa teorización existente en este campo. ¿Es la causa principal de la actual desigualdad mundial la distanciación que se produjo en tiempos de la Revolución Industrial y que situó a las economías del Atlántico norte muy por delante del resto del mundo? ¿O también tuvieron algo que ver las prácticas exclusivas y obstaculizadoras instauradas por los colonizadores británicos en las fábricas textiles indias, la violenta «apertura» de China, la jerarquización del mundo en su conjunto, dividido entre una parte colonizadora y «civilizada» y otra parte «incivilizada» y colonizada? ¿Hasta qué punto la prosperidad de Europa occidental y su ventaja industrial inicial tienen su origen en la explotación de las colonias, y de las colonias americanas en particular? ¿El aumento reciente en los diferenciales de renta en Estados Unidos y otros lugares es debido al cambio tecnológico y a la consiguiente transformación del mercado laboral —que amplía la distancia entre quienes están bien cualificados y quienes no lo están— o es más bien efecto de los procesos excluyentes causados por la desorganización social y política de las clases populares?

¹ Un economista radical estadounidense, John Roemer (1982), no hace mucho tiempo intentó recuperar el concepto marxiano de explotación, con independencia de la teoría del valor-trabajo. Pese a la característica seguridad matemática del autor, el intento depende en último término de una hipótesis de retirada económica. Si los trabajadores estuvieran mejor retirándose del capitalismo, llevándose la parte per cápita que les corresponde de los medios de producción, entonces es que están explotados. Esto es economía pura de la mejor, brillante, elegante, rigurosa desde el punto de vista matemático y sin mucha utilidad en el confuso mundo empírico. El autor sigue siendo un igualitario, pero parece que últimamente se ha interesado más por la desigualdad de oportunidades que por la explotación.

PARTE III

HISTORIA DE LA DESIGUALDAD

Como siempre me ha interesado más el presente y su futuro, decidí dedicarme a las ciencias sociales en lugar de a la historia. Pero nunca ha dejado de fascinarme la situación del presente en el tiempo y en el espacio. El difunto académico marxista estadounidense Paul Sweezy (1955) lo expresó admirablemente en el título de uno de sus libros, *El presente como historia*. Al igual que las vastas extensiones de espacio planetario, el prolongado arco del tiempo nos muestra cierto sentido de las proporciones, de las limitaciones que tenemos para hacer frente al universo: nos enseña a adoptar cierta humildad académica y política. Pero las experiencias históricas —y otras experiencias espaciales— también son fuente de inspiración y coraje. Dicho de modo más prosaico, la perspectiva histórica nos ayuda a entender dónde estamos y qué podemos hacer.

CAPÍTULO 5

LA DESIGUALDAD Y EL NACIMIENTO DE LA MODERNIDAD

En la época premoderna existían diferencias verticales (entre hombres libres y esclavos, entre reyes, nobles y plebeyos, entre ricos y pobres), al igual que existían diferencias entre hombres y mujeres y entre jóvenes y viejos. Estas diferencias no siempre eran aceptadas de buen grado. A menudo se cuestionaba la legitimidad de los reyes y ocasionalmente se producían levantamientos de campesinos, insurrecciones urbanas de los gremios e incluso rebeliones de esclavos. Algunas de estas revueltas planteaban reivindicaciones igualitarias, por lo general de trasfondo religioso. Pero apenas existía desigualdad, no se percibía, no se hablaba de ella, ni se teorizaba. No existía una comunidad humana real; tampoco existían normas de ningún tipo de igualdad humana.

La desigualdad adquirió carácter con la llegada de la modernidad por dos razones confluentes. Una era la concepción de la sociedad como un ente históricamente cambiante y políticamente cambiante, que se desarrolló durante la Ilustración coincidiendo con la aparición del capitalismo comercial a gran escala. Ante los ojos de los historiadores, filósofos sociales y economistas escoceses —de John Millar a Adam Smith— y de los fisiócratas franceses contemporáneos, las sociedades agrarias (en especial las feudales) fueron superadas o transformadas por el «comercio», al igual que los cazadores-recolectores lo habían sido por el nacimiento de la agricultura.

La otra razón fue la noción laica de cierta igualdad humana fundamental. El cristianismo y el islamismo compartían la noción teológica de la igualdad de las almas humanas, que algunos herejes radicales aplicaron antes de ser aplastados. Pero en aquel momento, en el transcurso de la Ilustración, surgieron visiones de cierta igualdad humana en este mundo, que criticaban los privilegios de la aristocracia y de la dependencia personal y la heteronomía de la voluntad, consideradas como «esclavitud» (aunque en pocas ocasiones este pensamiento incluyó específicamente a la esclavitud real) (cf. Rosanvallon, 2011: parte I; Blackburn, 2011: caps. 2 y 3). Estas ideas pronto abastecerían de munición intelectual a las revoluciones atlánticas de finales del siglo XVIII.

De esta manera, la desigualdad se convirtió en un problema político y moral. Los seres humanos ya no solo eran diferentes, con diferente rango, diferente riqueza y diferente suerte. También su igualdad podía ser violada; podían ser des-iguales. La constitución de la sociedad estaba cambiando. ¿Hacia dónde se dirigía? ¿Qué pasaba con la (des)igualdad?

Tres narrativas maestras

En la historia de la ciencia social moderna, podemos distinguir tres respuestas muy diferentes a dicha pregunta, que se convirtieron en «clásicas» con el tiempo. Dos de ellas nacieron en el segundo tercio del siglo XIX y la formulación más influyente de la tercera se realizó a mitad del siglo XX. Los principales defensores de las tres siguen siendo venerados, aunque a ninguno de ellos se le consideraría actualmente una autoridad indiscutible, al menos en el tema de la desigualdad. Nunca llegaron a encontrarse entre ellos, ni tampoco, que yo sepa, sus partidarios.

La primera de las tres narrativas maestras clásicas de la desigualdad moderna afirma que la misma disminuye de forma continuada. La modernidad es la era del desarrollo de la igualdad. Según la segunda, la modernidad supone una polarización entre la

riqueza de unos pocos y la creciente miseria de la mayoría. La tercera afirma que, con la época moderna, la desigualdad empieza aumentando, para reducirse posteriormente.

Debemos la primera de las interpretaciones a un aristócrata liberal notable nacido en Francia que visitó Estados Unidos a mitad de la década de 1830 y escribió una larga declaración de amor sobre su experiencia, considerada a menudo como el primer clásico moderno de la ciencia política, *De la démocratie en Amérique* (*La democracia en América*). A causa de sus antecedentes, Tocqueville (1961 [1840], II: 452) se sintió impresionado por el igualitarismo americano, que él extrapoló hasta la historia mundial de la modernidad: «Observo que lo bueno y lo malo están distribuidos en el mundo de un modo más igualitario. Las grandes riquezas están desapareciendo mientras que aumenta el número de las pequeñas fortunas; los deseos y los placeres se multiplican; ya no existe la prosperidad extraordinaria ni las miserias sin remedio». El segundo gran libro de Tocqueville, *El antiguo régimen y la revolución* (1856), fue, naturalmente, menos ingenuo, pero su interpretación de la mitología liberal americana continúa siendo una contribución fundamental a la historia moderna.

Apenas un par de decenios más tarde, el comunista alemán exiliado Karl Marx llegó a una conclusión absolutamente opuesta. Aquella era la época de la economía capitalista, y el capitalismo tendía intrínsecamente al aumento de la desigualdad: «A medida que disminuye sin pausa el número de magnates capitalistas, que usurpan y monopolizan todos los beneficios de este proceso de transformación, aumenta la masa de miseria, presión, subyugación, degeneración y explotación [...]» (*El Capital*, Marx, 1921 [1867], I: 728).

Quienes realizamos diagnósticos sociales deberíamos asombrarnos por el hecho de que dos eruditos tan brillantes pudieran percibir el mundo de forma tan diferente. Pero sus perspectivas temporales fueron muy distintas y ambos tenían en mente objetos y objetivos diferentes: Tocqueville se centró en los

resultados de las dos grandes revoluciones del siglo XVIII, la francesa y la norteamericana. Su mayor interés eran la política y el derecho. En lo político, Tocqueville era un liberal que se sentía cómodo con la Monarquía liberal de Julio. Por su parte, Marx se concentró en el análisis del nuevo sistema económico surgido de la Revolución Industrial, tras el desmantelamiento del orden aristocrático. Su búsqueda apuntó a las condiciones socioeconómicas de la nueva clase, el proletariado industrial. Como intelectual socialista, su objetivo político era promover la acción de la nueva clase obrera. Además, ambos analistas pusieron su atención principalmente en países diferentes, Tocqueville en Francia y Estados Unidos y Marx en Gran Bretaña.

Tocqueville y Marx se ignoraron mutuamente en buena medida y la historiografía posterior de la ciencia social ha declinado por lo general relacionarlos o comparar al uno con el otro. No obstante, partiendo de puntos radicalmente diferentes, Marx y Tocqueville coincidieron en su campo de análisis, como ilustran las citas anteriores. ¿Quién tenía razón y quién estaba equivocado?

Desde la perspectiva aportada por investigaciones posteriores, podemos afirmar que ambos acertaron: Tocqueville dio en el clavo al destacar que la Revolución Francesa había arrinconado las desigualdades legales y políticas de casta y estamento del *ancien régime*, y el creciente poder de Estados Unidos en la primera mitad del siglo XIX fue en muchos aspectos (exceptuando la esclavitud de los estados sureños y el genocidio de los nativos en el Oeste) mucho más igualitario que el del Viejo Mundo. Además, la Revolución Francesa redujo la desigualdad económica, algo que no pudieron revertir por completo ni la Restauración ni la Monarquía de Julio (Morrisson, 2000: cuadro 7b).

La Gran Bretaña decimonónica era uno de los países más desiguales del Atlántico norte, mucho más que Prusia, pero a la par que la Francia posrevolucionaria (Lindert, 2000: cuadro 1; Morrisson, 2000: cuadros 6c y 7b). Era la patria de los «oscuros molinos satánicos» (William Blake) de la primera industrialización. En el

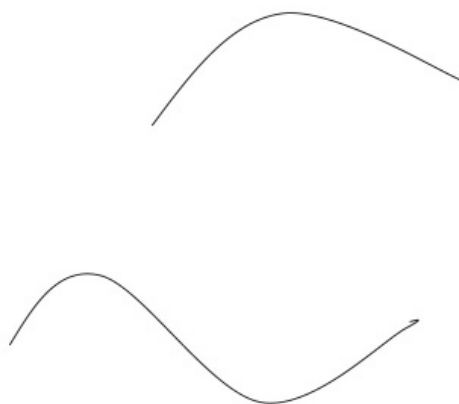
periodo comprendido entre la mitad del siglo XVIII y vísperas de la Primera Guerra Mundial, se produjo un aumento prolongado de la cuota de renta real percibida por el 5 por ciento más rico de Inglaterra y Gales. También se produjo un incremento notable en la cuota de riqueza del 1 por ciento más rico desde el inicio del siglo XVIII hasta alrededor de 1875, momento en el cual se estabiliza hasta mitad de la década de los años veinte del siglo pasado (Lindert, 2000: 179 y ss.).

Por lo general, la industrialización capitalista produjo una mayor desigualdad en Europa, como lo atestiguan los datos de Francia entre las décadas de 1830 y de 1860 y de Alemania después de 1870 (Morrisson, 2000: 234, 236). En Suecia y los Países Bajos, la desigualdad aumentó desde el principio de la industrialización; en Suecia, como en Inglaterra, ya en el siglo XVIII, y en los Países Bajos, en el XVII (Morrisson, 2000: 229, 238). En Estados Unidos, la desigualdad creció notablemente en el curso del siglo XIX, aunque los puntos álgidos de la curva de distribución todavía no han sido adecuadamente identificados; recientemente algunos expertos consideran, sin embargo, que empeoró en la época de la visita de Tocqueville (Floud *et al.*, 2011: 330; Fogel, 2012: 30). La desigualdad de salud y esperanza de vida también aumentó en Estados Unidos entre 1790 y 1870 (Lindert, 2000: 192).

En resumen, Marx también tenía razón —en lo que se refiere a las condiciones socioeconómicas, más que Tocqueville— pero exageró el drama y no pudo prever la relativa estabilización social del capitalismo industrial en torno a 1900. No resultaría clarificador acabar colocando a Karl Marx en un pedestal por su acierto político. A estas alturas ya sabemos que la tendencia a la polarización señalada por el marxismo se interrumpió en el siglo XX. Si bien a escala internacional la desigualdad siguió creciendo (globalmente hasta la década de los cincuenta; entre los países más ricos y los más pobres continúa haciéndolo hasta nuestros días), en el ámbito nacional, en todos los centros del capitalismo se produjo una reversión hacia la igualdad. Dicha reversión comenzó con la Primera

Guerra Mundial en Europa y con la Depresión de los años treinta en Estados Unidos y se mantuvo hasta la crisis del petróleo de los setenta, aunque su trayectoria específica fue distinta en las distintas naciones.

Tocqueville quiso ver en la igualdad existencial posfeudal una tendencia de evolución histórica y de «pasión» moderna (1961 [1840], II: segunda parte). Pero supo identificar un importante cambio histórico que Marx, en su lucha comunitaria contra el individualismo liberal, no llegó a reconocer en su justa medida, a pesar del tributo que rinde el *Manifiesto Comunista* a la revolución moderna de la burguesía. Marx estaba más preocupado por la emancipación del hombre y la capacidad del desarrollo humano que por la igualdad de condiciones.



Arriba: curva de Kuznets de la Modernización (estilizada), primero aumenta la desigualdad y posteriormente desciende.

Abajo: curva real de la desigualdad (estilizada) en los países ricos, de mitad del siglo XIX a final del XX, cuyo mejor ejemplo son Gran Bretaña y Estados Unidos.

FUENTE: Kuznets (1955); Cornia (2004); Atkinson y Piketty (2010).

Figura 1 Curvas estilizadas de la desigualdad de renta en los países desarrollados, de mitad del siglo XIX a final del XX

Mientras Tocqueville creía, con una mezcla de respeto, resignación y preocupación, que la igualdad en el mundo iría en

aumento, y Marx, anticipando una revolución futura, veía una sociedad cada vez más desigual, nuestro tercer maestro, Simon Kuznets (1955), pensaba que la industria moderna crearía desigualdad en primer lugar para posteriormente tender hacia la igualdad. Kuznets fue un economista ruso-estadounidense laureado con un Nobel. Su obra más conocida fue el discurso presidencial pronunciado ante la American Economic Association, que trazaba un panorama general de la historia económica del capitalismo del Atlántico norte de la época. Al contrario que los profetas del siglo XIX, Kuznets fue un erudito prudente que formuló su perspectiva en términos de «hipótesis». Kuznets sostenía que, con independencia de variables temporales nacionales, la desigualdad adoptaba en la época moderna una forma curva de U invertida (figura 1). El crecimiento económico y la industrialización producían, en primer lugar, un incremento de la cuota de renta de las personas activas en los sectores de mayor productividad, lo que significaba un aumento de la desigualdad global. Posteriormente, el mayor desarrollo económico permitía que el resto de la población recuperara el terreno perdido y disminuyera la desigualdad. Para mayor honra, Kuznets no presentó esta hipótesis como una narrativa maestra de la «modernización». Por el contrario, advirtió de la posibilidad de que la industrialización fuera más traumática en los países subdesarrollados, provocando una mayor dislocación social y política y un mayor aumento de la desigualdad, de lo que había sido en los países industrializados, como Gran Bretaña, a causa de que aparentemente partían de un mayor nivel de desigualdad.

En los círculos de economistas y de historiadores se ha debatido mucho la capacidad de Kuznets para reflejar los procesos distributivos reales del breve siglo XX. Aunque no debemos adentrarnos ahora en esa polémica, es preciso señalar la buena aceptación general de su hipótesis. Menos reconocimiento y aceptación tuvo el final de su discurso, en el que demandaba «un cambio de la economía de mercado a la economía política y social». En todo caso, lo que resulta innegable es que, desde la década de

los ochenta, en los centros del capitalismo se ha producido una abrumadora tendencia (prácticamente universal) hacia una mayor desigualdad. La curva está ascendiendo de nuevo (Cornia, 2004).

Es decir, el legado del siglo XX ha sido un retorno a la desigualdad.

CAPÍTULO 6

PERSPECTIVA HISTÓRICA: LOS TRES TIPOS DE DESIGUALDAD EN LA HISTORIA GLOBAL Y NACIONAL

Después de revisar la estratosfera de las grandes teorías sociales, vamos a adentrarnos en la historia. Hasta el momento hemos identificado tres tipos de desigualdad: vital, existencial y de recursos. ¿Cómo podemos resumir su evolución en los tiempos modernos, a escala global y nacional?

Desigualdad vital

El osado historiador de larga distancia Angus Maddison (2001: 29 y ss.) ha afirmado que, ya a mitad del siglo XVI, la esperanza de vida en Inglaterra era muy superior a la del resto del mundo. En el siglo XVII alcanzaron a Inglaterra Suecia, Estados Unidos y Japón; Francia se incorporó al grupo de países de vida longeva después de la Revolución. La distancia entre este grupo (y otros países occidentales) y el resto del mundo fue ampliándose paulatinamente hasta alrededor de 1950. Dicha opinión se ve respaldada por los datos comparativos de la India y el Reino Unido (Therborn, 2006: cuadro 1.4). La mortalidad infantil, de la que existe más información, nos muestra similares diferencias entre Estados Unidos (blancos y negros), por un lado, y Argentina y otros países sudamericanos por otro (aunque la revolución mexicana redujo sus diferencias de mortalidad con Estados Unidos) (Mitchell, 1998: cuadro A7). Esta

distanciación fue fruto de los avances en las naciones ricas. El proceso de igualación comenzó a mitad del siglo XX, coincidiendo con la descolonización de Asia y los inicios del interés por la salud y el desarrollo globales, el apoyo a las campañas de vacunación, de lucha contra la malaria, etc.

Alrededor de 1990, este proceso se interrumpió por dos motivos diferentes. Uno de ellos fue la epidemia del sida en África subsahariana; el otro fue la restauración del capitalismo en la antigua Unión Soviética (Stuckler *et al.*, 2009; Cornia y Menchini, 2006). En ambos casos, esos países experimentaron una reducción considerable de la esperanza de vida, mientras en el resto del mundo continuaba mejorando. El sur de África ha sido la región con mayor incidencia de la enfermedad. En Zimbabue, la esperanza de vida al nacer se redujo quince años en el periodo entre 2000-2005 y 1975-1976, y en Zambia once años. En Rusia se produjo una reducción general de cuatro años, pero en los varones fue mucho mayor (UNDP, 2007: cuadro 10). En los tres años posteriores a la caída de la URSS, 1991-1994, la esperanza de vida de los hombres rusos en Rusia se redujo siete años (Shkolnikov *et al.*, 2001: figura 1).

Tanto la antigua URSS como África iniciaron su recuperación al inicio del siglo XXI, pero en 2009, la mortalidad en Zambia y Zimbabue seguía siendo superior a la de la década de los setenta, y en Sudáfrica la esperanza de vida se mantiene ocho años por debajo de su valor en 1990. En Rusia, sigue siendo un año menos que en 1990; en Ucrania, dos años menos y tres para los varones (WHO, 2012: cuadro 1). En términos de esperanza de vida al nacer, hay una ligera tendencia general de convergencia global, aunque África sigue siendo una excepción. Con respecto a la mortalidad infantil, las diferencias absolutas entre África y el resto del mundo se están reduciendo, aunque las ratios de supervivencia están ampliándose.

Por otra parte, si observamos lo que pasa dentro de cada nación, las pruebas disponibles señalan claramente una tendencia distinta, hacia una estabilización de la desigualdad de salud y esperanza de

vida en relación con la clase social durante los últimos cien años, con una tendencia ascendente en los últimos tiempos. Ni siquiera los estados del bienestar escandinavos han conseguido asegurar una igualdad vital entre las clases (Kunst, 1997; Vågerö, 2006). Un dato curioso procedente de Copenhague del periodo 1865-1874 (Westergaard, 1901) indica un diferencial de clase de la mortalidad clasificada por edades de cerca de 2:1 entre los trabajadores manuales y los estratos superiores de trabajadores de cuello blanco, que no se diferencia mucho de los datos relacionados con la clase en Gran Bretaña entre 1991 y 1993: 2,9 para los trabajadores manuales no cualificados y 1,8 para los semicualificados, en relación con los profesionales (Westergaard, 1901; Fitzpatrick y Chandola, 2000, cuadro 3.8)¹.

Existe también la extraña historia de una reducción del tamaño corporal en la población de Estados Unidos, que señalaría un aumento de la desigualdad en el siglo XIX. La altura media de los estadounidenses varones libres disminuyó desde 1830 a 1890 y, según parece, la altura media de 1780 no se recuperó hasta 1920 (datos de veteranos del ejército; Floud *et al.*, 2011: cuadro 6.10). Hay dos hipótesis principales para explicar esta extraordinaria involución. La primera apuntaría a la urbanización, ya que las ciudades decimonónicas, a diferencia de las del mundo pobre actual, eran más dañinas para la salud (si eras pobre) que el campo. La segunda sería la herencia de pobreza parental que aportaban los inmigrantes (Fogel, 2012: 30).

Gran Bretaña posee las mejores estadísticas vitales diferenciadas por clases. En aquel país, la desigualdad de posibilidades de muerte en función de la clase social entre los 20 y los 44 años aumentó claramente entre 1910-1912 y 1991-1993 (Fitzpatrick y Chandola, 2000: cuadro 3.8). Y continúa aumentando (Marmot, 2012). En Londres, la brecha en la esperanza de vida entre la clase media alta de Chelsea y Kensington y la pobre de Tottenham Green es actualmente de diecisiete años (*Guardian*, 11 de febrero de 2012, p. 6), equivalente a la que existe entre el Reino Unido y Myanmar

(WHO, 2012: cuadro 1). Las diferencias de esperanza de vida para los hombres entre los treinta y tres distritos de Londres han aumentado de 5,4 años en 1999-2001 a 9,2 años en 2006-2008 (London Health Observatory, 2011). Aunque parezca mentira, si se recorre la línea de metro de Jubilee hacia el este, la esperanza de vida de los residentes desciende medio año en cada estación (London Health Observatory, 2011).

Probablemente, las razones de esta continuada —e incluso creciente— desigualdad de vida y salud en función de la clase, más pronunciada en hombres que en mujeres, pero que sigue las mismas pautas en ambos sexos, son variadas. Su sustrato son las consecuencias psicosomáticas de las diferentes situaciones de clase o de estatus. La falta de respeto y falta de control sobre la propia vida o el trabajo son dañinas para la salud y aumentan el riesgo de una muerte prematura. Esto ha sido debidamente demostrado en vastos estudios longitudinales realizados con los empleados de Whitehall, las oficinas centrales del gobierno británico, desde los conserjes hasta la escala más alta de funcionarios. Se descubrió que las probabilidades de muerte prematura y mala salud estaban muy relacionadas con el gradiente burocrático: a mayor posición en la escala, menor riesgo de muerte. Esta correlación resultó poco afectada por los controles sobre el «estilo de vida», por el consumo de tabaco y alcohol (Marmot, 2004: cap. 2).

En cuanto al aumento reciente de la desigualdad vital, dos son los principales sospechosos. Uno es la creciente inseguridad económica y la polarización entre desempleados y marginados del mercado laboral, por un lado, y quienes se suben a la cresta de la ola de la prosperidad por el otro. El otro es aquello a lo que solemos referirnos como «estilo de vida», aunque sería mejor denominarlo «opciones de vida». No se trata tanto de una elección de estilo como de una perspectiva de las opciones vitales. Parece lógico pensar que las personas que no pueden controlar lo más básico de su vida (encontrar trabajo, decidir sobre su entorno laboral o desarrollar una carrera profesional) también tengan menos facilidad para controlar

la salud de sus cuerpos (ser conscientes y hacer caso a los consejos de los especialistas sobre el tabaco, el alcohol y otras drogas, sobre la dieta y el ejercicio) que quienes sienten que están a cargo de sus propias vidas.

Desigualdad existencial

También en este caso el desarrollo histórico ha seguido una línea irregular (véase la figura 2). El racismo aumentó con el imperialismo del siglo XIX, muy alejado del ecumenismo global de Voltaire y Herder, y alcanzó su clímax con el Holocausto nazi alemán. Después de 1945, la desigualdad existencial internacional ha disminuido de forma notable. La Declaración de Derechos Humanos de la ONU, en 1948, planteó un programa global de igualdad existencial fundamental que se ha ido desarrollando gradualmente. El racismo cayó en descrédito con su derrota en la Segunda Guerra Mundial y el horror de Auschwitz. El sexismo sufrió un ataque global en la década de los setenta, con la Conferencia Mundial sobre la Mujer auspiciada por la ONU en México y su secuela, el Decenio de las Naciones Unidas para la Mujer. Las poblaciones indígenas premodernas, a las que a veces se denomina Primeras Naciones, saltaron al foro global en la década de los noventa, lo que les valió cierto respeto por sus modos de vida no modernos. En el último tercio del pasado siglo se produjo un importante avance hacia la igualdad existencial global.

Desde 1945 se ha producido una tendencia generalizada hacia la igualdad existencial y el mundo actual se sigue moviendo hacia la igualdad de la autonomía personal, el reconocimiento y el respeto de todas las personas. Esta evolución positiva a menudo pasa desapercibida por las preocupaciones que despiertan los ingresos del 1 por ciento más rico. Sin embargo, no se trata de una evolución gradual de la humanidad debida a la modernidad. Los peores genocidios de la historia han tenido lugar hace no tanto tiempo, en las décadas de los cuarenta y los noventa. También ha habido un retroceso significativo en el campo de los derechos de la mujer y de

los inmigrantes. El antisemitismo todavía sigue vivo (*European Societies*, 2012), la islamofobia se ha extendido en Europa y América del Norte y el antiarabismo parece estar cobrando fuerza entre los israelíes de Palestina. El patriarcado y la misoginia siguen gobernando la mayor parte de África y de Asia meridional y oriental, a menudo de forma violenta. Hay un resurgimiento del patriarcado en la China del interior y persiste la discriminación contra la mujer, por ejemplo en el mercado laboral, en los países de Asia oriental supuestamente «desarrollados».

Punto de partida, 1900

Patriarcado universal (aunque diferenciado), colonialismo euroamericano en todo el mundo, racismo institucionalizado de la supremacía blanca en todo el mundo, predominio de la idea de jerarquía en la existencia humana.

Década de 1910

Supresión del patriarcado legal en Escandinavia y en la Rusia revolucionaria.

Tras la Primera Guerra Mundial, se establece la igualdad civil en el Atlántico norte (solo para los varones en Latinoamérica).

Década de 1920

Aparición y derrota de los movimientos antirracistas en Asia y África; nacimiento del movimiento cultural indigenista en América Latina, especialmente en México.

Reforzamiento de la legislación racista sobre inmigración en Estados Unidos.

Negación y posterior reconocimiento de las mujeres como «personas» en la legislación imperial de Canadá.

Década de 1930 – Segunda Guerra Mundial

Racismo oficial y genocidio en la Alemania nazi.

Actuaciones genocidas internas en diversos países, durante la Segunda Guerra Mundial, desde el Báltico hasta Croacia y Rumanía.

Difusión generalizada y aplicación de la eugenesia, incluyendo a Escandinavia.

1945 – 1950

Descrédito del racismo explícito, aunque permanece activo en Sudáfrica.

Descolonización asiática.

Declaración de Derechos Humanos de la ONU.

Supresión del patriarcado legal en Extremo Oriente y Europa oriental.

Derechos Humanos para la mujer en la Europa mediterránea y, gradualmente, en América Latina.

Década de 1950

Prohibición legal de la discriminación por casta en la India, comienzo de la discriminación positiva para las «castas programadas».

Se declara inconstitucional la segregación racista en la escuela en Estados Unidos.

Desaparición gradual en Europa oriental de las Leyes de Pobres que suponían un tratamiento cuasipenal de los ancianos, las personas débiles y los huérfanos.

Década de 1960

Descolonización africana.

Movimiento estudiantil antiautoritario global.

Movimiento en favor de los Derechos Civiles, derecho universal al voto y derecho a los matrimonios interraciales en Estados Unidos.

Declaración de las Naciones Unidas sobre la Eliminación de todas las Formas de Discriminación Racial.

Erosión de la legislación racista sobre inmigración en América del Norte y Oceanía.

Décadas de 1970 y 1980

Ola de feminismo global, Decenio de la ONU para la Mujer, supresión o delimitación internacional del patriarcado institucionalizado.

Igualdad legal de género en toda Europa occidental.

Supresión del racismo en la legislación sobre inmigración de Estados Unidos, Canadá, Australia y Nueva Zelanda.

Sufragio universal en Brasil.

Década de 1990

Fin del *apartheid* en Sudáfrica.

Conflictos étnicos violentos tras la caída de los estados comunistas multinacionales de la URSS y Yugoslavia.

Genocidio en Ruanda.

Luchas generalizadas por el respeto a la diferencia y la igualdad existencial de etnicidad, género y sexualidad.

Conferencia de la ONU para la Mujer en Pekín en 1995.

Comienzo del reconocimiento de la igualdad sexual, con grandes avances en Europa occidental y Sudáfrica.

Retrocesos patriarcales delimitados (musulmanes, judíos y cristianos).

Aumento del racismo contra los inmigrantes en Europa.

Década de 2000 y principio de la de 2010

Desarrollo de los movimientos indígenas, sobre todo entre los indios americanos y en la India.

Declaración de la ONU sobre los Derechos de los Pueblos Indígenas.

Constitución «plurinacional» en Bolivia.

Desarrollo de los movimientos y reconocimiento de los «afro-descendientes» en Brasil y otras partes de Sudamérica.

Éxito de los programas para castas bajas en la India.

Reconocimiento de los matrimonios del mismo sexo en países de América y de Europa occidental y en Nepal.

Avances continuos de la mujer en la educación superior, la dirección empresarial, la política y el ejército.

Figura 2 Hitos de la (des)igualdad existencial, 1900-2012

Es decir, la evolución es diversa en el seno de los diferentes países, que no siempre siguen unas pautas internacionales. Desde el final de la década de los cuarenta, Sudáfrica se convirtió en un régimen racista explícito y prolongado, que fue empeorando de forma continuada hasta la década de los setenta. El racismo blanco sobrevivió a la Segunda Guerra Mundial en los estados de colonos anglosajones de Estados Unidos y Australia. El sur de Estados Unidos siguió formado por estados racistas de partido único hasta finales de los sesenta, y el Partido Laborista australiano mantuvo su principal lema programático («Mantened Australia Blanca») hasta comienzos de los setenta. Los indígenas de los estados andinos de Sudamérica solo empezaron a librarse de la sombra de blancos y mestizos a partir de 2000.

Los derechos de la mujer han experimentado grandes avances en Europa y América desde la década de los setenta, impulsados en gran parte por el espíritu de los movimientos de 1968. Pero el patriarcado y la misoginia siguen predominando en la mayor parte de Asia y de África subsahariana (Inglehart y Norris, 2003; Therborn, 2004: caps. 2-3). Contrariamente a las suposiciones occidentales más comunes, el mayor sexismo no se produce en los países árabes, sino en África subsahariana, la India y el resto de Asia meridional (UNDP, 2011: cuadro 4).

La casta había evolucionado hacia una negación particularmente perniciosa de la igualdad existencial. Su dimensión gremial era una característica general de las sociedades premodernas, europeas y de otros lugares, al igual que su componente general de estatus. Pero las castas indias estaban también impregnadas del concepto religioso hindú de contaminación. Por eso, la casta inferior de la pirámide era la de los «intocables», los impuros, aquellos cuya sombra podía manchar a un hindú de casta superior. El nacionalismo indio, con Gandhi a la cabeza, hizo campaña contra la discriminación por casta, que fue prohibida tras la independencia. Pero, como tantas otras leyes del débil Estado indio, esta prohibición tuvo escaso impacto social. Muchos matrimonios se siguen concertando en función de las castas y todavía hoy día una casta baja es sinónimo de clase baja (para un repaso reciente de la situación, véase Weisskopf, 2011). Sin embargo, la democratización de la política india ha convertido a los antiguos intocables (ahora parias o *dalits*) en una importante fuente de votos. En 2006, una coalición encabezada por un *dalit* consiguió convencer a la casta superior de los brahmanes y ganó las elecciones del estado indio más populoso, colocando a su líder a la cabeza del gobierno (Rao, 2009: 281 y ss.).

El triunfo de la industrialización y del movimiento sindical en los países ricos aportó respeto social a la clase obrera. El desarrollo también ha sacado a la superficie discriminaciones y humillaciones previamente ignoradas, precisamente en nombre del «desarrollo». El multiculturalismo ha aportado el reconocimiento de los pueblos indígenas y el respeto por los modos de vida específicos de las «primeras naciones». Recientemente, gracias a los testimonios de las víctimas —ahora ya de edad avanzada—, han salido a la luz los traumas existenciales de los niños secuestrados por agencias de desarrollo que buscaban «el beneficio del menor». Entre ellos están los niños británicos pobres deportados a los «dominios blancos»; los aborígenes australianos separados de sus padres y enviados a la «civilización blanca»; o los niños suecos hijos de padres pobres o supuestamente disfuncionales entregados a padres adoptivos.

Probablemente existen casos similares en muchos otros países. En los últimos tiempos, algunos gobiernos han pedido disculpas y pagado indemnizaciones compensatorias a las víctimas.

No obstante, aunque la desigualdad existencial patente e institucionalizada, que actuaba en forma de racismo, sexismo y desarrollismo despiadado (o celo «civilizatorio»), haya sido erosionada, la desigualdad existencial aún forma parte integral de las sociedades contemporáneas. Como vimos en la sección anterior, se ha demostrado su influencia decisiva en la salud, la enfermedad y la longevidad. Las investigaciones realizadas en un terreno compartido por la sociología y la medicina siguen aportando nuevos datos al respecto. Un ejemplo reciente procede de un estudio longitudinal realizado con niños nacidos en Aberdeen, Escocia, en la primera mitad de la década de los cincuenta. Los resultados muestran que los escolares que asistían a clases con estructuras de estatus sociométrico más desigual tenían mayores problemas de salud en la etapa adulta que quienes asistían a clases más simétricas. Esta diferencia era apreciable para el conjunto de las cohortes, no solo para los individuos identificados en la escuela (Almquist, 2011: ponencia 1), lo que refuerza con contundencia el argumento de Richard Wilkinson (Wilkinson, 2005; Wilkinson y Pickett, 2009) de que la desigualdad también perjudica a los privilegiados.

Actualmente también existen tendencias sociales que producen nuevas formas de desigualdad existencial: la desindustrialización motivada por la deslocalización, la inmigración de los pobres y la marginación que provoca el mercado laboral. Dichas tendencias están dirigidas contra una «infraclase» de personas marginadas o excluidas del mercado laboral, la segunda generación de inmigrantes industriales, las madres solteras pobres, los hijos de los antiguos trabajadores industriales. En Gran Bretaña llaman peyorativamente *chavs* a quienes pertenecen a estos colectivos (Jones, 2011). Un libro superventas de corte conservador en Estados Unidos describe a estas personas como una nueva clase baja, formada por individuos

perezosos, deshonestos, que no se casan y llevan una vida pecaminosa (Murray, 2012).

La clase vuelve a tomar relevancia como marca existencial.

Desigualdad de recursos

Esta dimensión de la desigualdad (que puede resumirse en la desigualdad de renta) subraya, aún más que las anteriores, la importancia de distinguir las tendencias globales de las nacionales.

Desde una perspectiva global, se produjo una fuerte tendencia hacia la desigualdad desde al menos el inicio del siglo XIX hasta la mitad del siglo XX. En dicho periodo se estableció la idea moderna de lo «civilizado» frente a lo «no-civilizado» (después de 1945, se convirtió en lo «desarrollado» frente a lo «subdesarrollado»). Asia fue el principal perdedor. Si excluimos a Japón, la parte proporcional de Asia dentro del PIB global se redujo del 56 por ciento en 1820 al 15 por ciento en 1950. En el otro extremo, la cuota de Europa occidental aumentó de un cuarto en 1820 a un tercio en 1870 y 1913 y de nuevo retrocedió a un cuarto en 1950. Estados Unidos era responsable de menos del 2 por ciento de la producción mundial en 1820, pero alcanzó una quinta parte en 1913 y más de una cuarta parte en 1950. Mientras Europa (occidental y oriental) crecía, junto con Estados Unidos y Japón y, después de 1870, América Latina (durante 1913-1950, también África), China y la India estuvieron estancadas o en declive durante el siglo XIX y ambas decayeron claramente entre 1913 y 1950 (Maddison, 2001: cuadros B-20 y B-22).

Renta

El economista del Banco Mundial Branko Milanovic distingue tres conceptos de desigualdad mundial de renta. El primero es el de la desigualdad internacional no ponderada, que utiliza para las

comparaciones el PIB per cápita del país. El segundo utiliza el PIB per cápita ponderado por la población de dicho país, lo que supone que la pobreza de un país pobre grande o la riqueza de un país rico grande tengan más peso que la de uno pequeño. Ambos conceptos tienen la desventaja de presuponer la igualdad en el interior de cada país. El tercer indicador intenta captar también la desigualdad en el seno del país, empleando las encuestas de hogares (o de presupuestos familiares) en lugar de las cifras nacionales agregadas. Recopilar dichas encuestas y transformarlas para que sean comparables es una tarea ardua y delicada que, a pesar de los esfuerzos heroicos de Milanovic y otros autores, no puede considerarse del todo resuelta. Por otro lado, el cálculo histórico de las distribuciones internas anteriores a la realización de encuestas de hogares representativas tiene evidentemente una enorme dificultad añadida. A pesar de todo ello, la figura 3 muestra las que son probablemente las principales tendencias históricas.

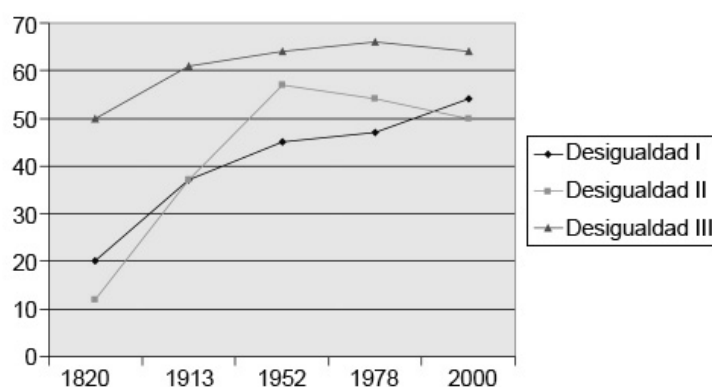


Figura 3 Desigualdad global de renta, 1820-2000

Hacia la mitad del siglo XX, la curva de la desigualdad internacional entre países se niveló, debido a la descolonización de la India y la independencia de China; recientemente disminuyó gracias al auge económico de algunos países pobres enormes, como

China y la India, y también gracias al crecimiento vigoroso de los países africanos en este nuevo siglo XXI. Pero la polarización mundial entre países no se ha detenido, a pesar del crecimiento que los estados más pobres del mundo experimentan en la actualidad. En 2005, los que la ONU denomina «los países menos desarrollados» tenían una renta nacional per cápita en torno al 16 por ciento de la renta mundial. En 2011, esta proporción había descendido hasta el 14 por ciento (UNDP, 2007: 246; UNDP, 2011: cuadro 10).

Las trayectorias nacionales han recorrido distintos caminos. El auge del capitalismo industrial del siglo XIX generó más desigualdad económica (tal como señalamos anteriormente que Marx había previsto), aunque no a una escala espectacular (cf. Lindert, 2000). El siglo XX trajo consigo una importante disminución de la desigualdad, en Europa a partir de la Primera Guerra Mundial y en Estados Unidos a partir de la Depresión de 1929. Fuera de la esfera del Atlántico norte, soplaban otros vientos distributivos en el mundo en el pasado siglo. Asia oriental, desde el Japón ocupado por Estados Unidos hasta la China comunista, inició su senda igualatoria a finales de la década de los cuarenta, al igual que la India descolonizada. En América Latina se produjo un drástico salto hacia la igualdad en la Argentina peronista, aunque no llegó a establecerse ninguna tendencia duradera.

La desigualdad total suele derivarse de lo alto de la pirámide distributiva, de la cuota de riqueza de los más ricos, más que de abajo, de la parte proporcional de los pobres. Por lo tanto, los grandes esfuerzos desarrollados por Thomas Piketty, Anthony Atkinson, Emmanuel Saez y colaboradores para ofrecer un panorama histórico y global de la cuota de riqueza que percibe la población más rica constituyen el retrato más fiel de la desigualdad interna de renta en el mundo. Sus datos proceden básicamente de las estadísticas oficiales de retorno fiscal y se relacionan con la renta anterior a impuestos. Este dato no tiene el mismo significado en aquellos países que cuentan con una redistribución importante — incluyendo a Estados Unidos— y en aquellos otros —

latinoamericanos y asiáticos— con escasa redistribución. Pero en conjunto ofrecen un retrato mundial único de la desigualdad y de su evolución a lo largo del tiempo.

En vísperas de la Primera Guerra Mundial, la desigualdad elevada era regla universal, siendo Suecia el país más desigual, con el 1 por ciento más rico de sus habitantes acaparando el 21 por ciento de toda la renta personal de la nación, y el 0,1 por ciento más rico el 9 por ciento. Había poca diferencia entre Estados Unidos y Europa. La Primera Guerra Mundial y los años posteriores constituyen el primer periodo de igualación de la historia moderna (después de la Revolución Francesa). Como es natural, tuvo su mayor efecto en Europa, el continente devastado por la guerra, pero también afectó a Suecia, que se las apañó para mantenerse al margen del conflicto bélico.

La Gran Depresión de la década de los treinta tuvo un efecto distributivo muy diferente, que fue mayor en aquellos lugares donde el *crash* financiero dio lugar a políticas redistributivas, como Estados Unidos, con el *New Deal*, Suecia con la socialdemocracia y Francia con el Frente Popular. En la Alemania nazi, los ricos se recuperaron y en España no sufrieron gracias a la victoria de Franco. Las grandes colonias asiáticas de la India e Indonesia experimentaron un aumento de la desigualdad en la década de los treinta, mientras que el Japón militarizado no sufrió variaciones. Como resultado de la Segunda Guerra Mundial se produjo un aumento importante de la igualdad no solo en los países derrotados, Alemania (en este caso las cifras se refieren a la Alemania oriental) y Japón, sino también entre los victoriosos, Francia, el Reino Unido y Estados Unidos. El resultado de la guerra también ayudó (junto a una tortuosa trayectoria política nacional) al ascenso de Perón, desligado de una junta militar de corte fascista, y a sus subsecuentes políticas favorables a la igualdad.

CUADRO 7 Rentas superiores en distintos países del mundo, 1913-
2005

	1913	1929	1939	1949	2005
Francia	20, 8 (1919)	16, 6	13, 5	9, 3	8, 2
Alemania	17, 8	11, 4	16, 7 (1938)	12, 4	11, 4
España	–	–, 1,4 ^a	–, 1,3 ^b	–, 0,8 ^c	9, 3, 0,9 ^c
Suecia	21, 9 (1912)	14, 5 (1930)	10, 3 (1941)	8, 2	6, 2
Reino Unido	19, 9 (1918)	–, 8	17, 7 (1937)	11, 3	14, 5
Estados Unidos	18, 9	18, 8	15, 5	11, 3	18, 8
Argentina	–	–	21, 8	19, 8 ^d	17, 7
Japón	17, 7	18, 8	18, 8	8, 2	9, 2
China	–	–	–	3 (1986), 0,5	6, 1
India	–	13, 6	16, 7	12, 5	9, 4 (1999)
Indonesia	–	17, 6	20, 7	–	–, 1 ^e

Nota: Porcentaje de la renta total asignada al 1% y/o al 0,1% más ricos de los perceptores de renta. La primera cifra de cada entrada se refiere a la cuota de renta del 1% y la segunda a la del 0,1% más ricos.

^a 0,01% superior en 1933;

^b 0,01% superior en 1940;

^c 0,01% superior;

^d en 1953, las cifras correspondientes eran 15 y 5;

^e 0,01% superior en 2003.

FUENTE: Atkinson y Piketty (2010: cap. 13).

Las cifras británicas y estadounidenses para 2005 muestran un cambio en la tendencia descendente de la desigualdad, con un importante incremento entre 1949 y 2005, que inició su ascenso a partir de 1980. En Estados Unidos, el 0,1 por ciento más rico recibía un porcentaje aproximadamente igual al del 1 por ciento más rico en Francia, casi el 8 por ciento del PIB. En los Países Bajos, el uno por mil superior se apropiaba del 1,1 por ciento de la renta nacional, casi lo mismo que sus homólogos de la antigua colonia, Indonesia. En casi todo el mundo rico de la OCDE (menos en la democratizadora España), la desviación de la curva de desigualdad de renta descendente desde el final de la Segunda Guerra Mundial se produjo alrededor de 1980, que es cuando tiene lugar el punto más bajo de desigualdad.

Es evidente que una de las principales razones fue la desindustrialización, iniciada en la segunda mitad de los sesenta y acelerada como consecuencia de la crisis del petróleo de los setenta y el subsiguiente debilitamiento de la fuerza laboral y del sindicalismo, que alcanzó su nivel máximo de influencia en la década de los setenta. Otra fue el advenimiento del capitalismo financiero, tras el abandono del orden monetario impuesto por el encuentro de Bretton Woods al final de la guerra, impulsado por la ola de desregulación financiera de los ochenta. Una tercera causa podría ser la globalización del capitalismo, con su expansión a China, Vietnam y Europa oriental. Retomaremos esta confluencia de causas posteriormente (en el capítulo 8).

Hay también una clara influencia de las fuerzas transnacionales poderosas, aunque su impacto haya sido distinto en las distintas naciones. En lo que respecta a los países ricos de la OCDE, podemos diferenciar entre *países tipo U* y *países tipo J invertida*, denominados así por la forma de sus curvas de distribución de renta del siglo xx.

El primero de estos grupos está regresando a los niveles de desigualdad que tenía antes de la Segunda Guerra Mundial, mientras

que los países del segundo grupo están consiguiendo mantener más o menos las conquistas históricas de las clases populares posteriores a la Segunda Guerra Mundial, aunque el proceso de igualación se ha visto frenado y la mayoría de ellos experimentan en la actualidad un aumento de la desigualdad. El grupo de países tipo J invertida está compuesto por la Europa occidental (excepto el Reino Unido), Argentina y países asiáticos como India, Indonesia y Japón.

El núcleo de los países tipo U lo forman los miembros del antiguo Imperio Británico, liderados en este aspecto, como en todos los demás, por Estados Unidos, a quien sigue el Reino Unido. Nueva Zelanda y probablemente en la actualidad también Australia y Canadá (aunque en 2005 no habían llegado a ese extremo) han retrocedido a los niveles de desigualdad que tenían antes de la Segunda Guerra Mundial.

Las causas de esta situación todavía no han sido lo suficientemente exploradas y no son tan obvias, si tenemos en cuenta las diferentes estructuras políticas y económicas de los países y su evolución temporal. Así como Estados Unidos y el Reino Unido iniciaron con entusiasmo el proceso de aumento de la desigualdad en la década de los ochenta, en esa época Canadá avanzaba en sentido opuesto, en términos de renta disponible, y solo se sumó al proceso desigualador a mitad de los noventa, a partir de un giro hacia la derecha de sus políticas fiscales y de transferencias (OCDE, 2011a: cuadro A1.1).

Vistas estas diferencias podemos concluir que la noción de «globalización» no basta para dar una explicación general a la evolución de la desigualdad. La desigualdad de renta (de renta disponible después de impuestos y transferencias) aumentó en prácticamente todos los países ricos desde mitad de los ochenta hasta mitad de la primera década de 2000, aunque con variaciones temporales. Suecia tuvo un importante incremento de la desigualdad desde mitad de los noventa, pero, al partir de una base bastante baja, la desigualdad del país sigue siendo inferior al promedio de la OCDE, aunque superior al de Noruega, Austria o la antigua

Checoslovaquia, y equivalente al de Alemania y Francia (véase el cuadro 10). Dentro de los grandes países europeos, la desigualdad ha experimentado un aumento sustancial en Alemania, aunque se mantiene por debajo del promedio de la OCDE. Francia ha podido resistir mejor dicho aumento, consiguiendo reducirla en el periodo 1985-1995, lo que la sitúa en la actualidad en un nivel equivalente al de Alemania.

Educación

La educación es otro recurso que ha ido evolucionando globalmente hacia la igualdad desde 1980 (Goesling y Baker, 2008: cuadro 5). No obstante, la desigualdad educativa sigue siendo enorme en la India (y en todo el sur de Asia) y en los estados árabes (véase el cuadro 8). En el interior de los países, la desigualdad en la educación también ha ido remitiendo por lo general (Thomas *et al.*, 2000).

No obstante, lo que no expresan los datos anteriores son dos aspectos básicos de las divisiones de la educación, cuya importancia va en aumento a causa del mayor valor concedido a la educación formal. Uno es la división entre las instituciones educativas de gestión pública y privada. En la mayor parte del mundo, las escuelas privadas son mejores que las públicas (al estar mejor equipadas y ser más selectivas) tanto en el nivel primario como en el secundario, aunque no sucede así en las escuelas privadas financiadas con los impuestos en Suecia. La clásica escuela pública característica de los estados-nación cada vez tiene menos demanda, incluso en el norte de Europa. A muy corta edad, los niños son separados en escuelas diferentes. En el nivel universitario, la segregación actúa en sentido contrario en muchos países, en Brasil en particular, pero también en Chile, Japón y algunos estados de Estados Unidos. Las universidades públicas selectivas ofrecen la mejor educación y los hijos de padres con menor nivel educativo o menos ingresos que no pueden permitirse pagar por las escuelas privadas de secundaria tienen que

acudir a onerosas instituciones lucrativas de pacotilla. En Chile, fue la dictadura militar la que introdujo este sistema.

En segundo lugar, cada vez son más visibles las consecuencias agravantes de las divisiones educativas todavía vigentes, como señalamos en el capítulo 1. En las «economías del conocimiento» del siglo XXI, quienes carecen de suficiente nivel educativo sufren múltiples desventajas, no solo de ingresos, sino también de salud y duración de la vida.

El tipo de escolaridad dominante en los países ricos muestra una «desigualdad persistente» intergeneracional, según un estudio de referencia que llevaba ese mismo título (Shavit y Blossfeld, 1993), aunque las constantes revisiones académicas que se realizan sobre el tema han proporcionado recientemente una visión algo más positiva. Aparentemente, la distribución de recursos educativos ha sido menos desigual en las últimas dos generaciones (Breen *et al.*, 2009).

En cuanto a la perspectiva de género de los recursos educativos, está en marcha una revolución silenciosa en la que las matriculaciones de las mujeres empiezan a sobrepasar a las de los hombres en Argentina, Brasil y Malasia, así como en los países más desarrollados del mundo. Las mujeres tienen actualmente un rendimiento escolar tan bueno como los hombres, o ligeramente superior, en países como Bangladesh, China, Irán (!) y México, aunque (todavía) no en la India, Indonesia o Vietnam (UNDP, 2007: cuadro 28).

Recursos de poder: la democratización y sus límites

Los actores humanos pueden utilizar también la política como recurso para alcanzar sus metas, por ejemplo, formando parte de una organización de poder o de presión. En conjunto, la historia moderna ha servido para igualar los recursos de poder, especialmente en el seno de las naciones. Pero ha sido un proceso

extremadamente prolongado que aún no ha llegado a término globalmente.

La democratización no ha sido fruto de la evolución inexorable de la modernidad, sino más bien de un drama histórico concentrado, en el mundo rico, en el periodo de las dos guerras mundiales (Therborn, 1977), y en el mundo colonizado en torno a la descolonización y sus vicisitudes. El sencillo principio de que los gobiernos proceden del sufragio universal todavía no se considera un derecho humano universal y sigue negándose en Arabia Saudí. En Estados Unidos, este reconocimiento costó dos siglos de luchas, hasta que a finales de la década de los sesenta los afroamericanos de los estados sureños pudieron al fin votar. La república brasileña tardó un siglo en lograrlo, hasta que en 1988 los analfabetos fueron aceptados como ciudadanos políticos. En Sudáfrica, no se suscribió hasta 1994, con el fin del *apartheid*.

La historia política moderna no solo se caracteriza por senderos tortuosos hacia la democracia sino que también ha visto el ascenso de numerosas dictaduras. Las dictaduras modernas no se basan en la exclusión socioeconómica sino en una monopolización de facto del poder a manos de instituciones jerárquicas: la administración del Estado y su aparato de seguridad, el ejército o el partido gobernante. En el siglo XX, estas estructuras han desempeñado un papel significativo. Pero el siglo terminó con la derrota de una serie de dictaduras, algunas relacionadas entre sí y otras no. La principal ola de democratización de América Latina que tuvo lugar en la década de los ochenta vino como consecuencia de distintos acontecimientos nacionales. Brasil estaba en una senda aperturista impuesta desde arriba, impulsada por el movimiento sindical de São Paulo y por la Iglesia católica. El ejército argentino fue devastado por su derrota en la Guerra de las Malvinas. La inteligente dictadura chilena perdió un referéndum crucial, que el debilitado régimen no pudo revertir. En América Central los gobiernos fueron incapaces de aplastar los movimientos que se habían levantado para luchar contra las horrendas desigualdades nacionales, pero las guerrillas tampoco

consiguieron derrocarlos, por lo que se llegó a acuerdos de paz para introducir la democracia. En Corea del Sur, las intrépidas luchas en la calle de los estudiantes y los obreros industriales, apoyados por grandes sectores de la clase media, arrancaron la democratización al ejército, después de que su líder histórico, Park Chung-hee, cayera asesinado. La dictadura militar indonesia, escandalosamente manchada de sangre pero eficazmente manejada, que fue autora de entre medio millón y un millón de muertos en pocos meses entre 1965 y 1966, fue derribada gracias a protestas populares tras la crisis financiera del este de Asia de 1997-1998.

La implosión del comunismo en Europa oriental dio lugar a una democratización de los recursos políticos a lo largo de la franja central-oriental de Europa, desde el Báltico a Bulgaria, proceso que se repetiría posteriormente en Ucrania y Georgia. También puso fin a los estados de partido único de diversos países africanos. No obstante, tanto en Rusia como en Asia central, en Bielorrusia y en la mayor parte del Cáucaso, estos cambios significaron poco más que la sustitución de una desigualdad de poder por otra.

Los estados de partido único que sobreviven están actualmente inmersos en un proceso de desjerarquización gradual y en una desmonopolización inclusiva, en China, Cuba y Vietnam, aunque no en la dinástica Corea del Norte.

La trayectoria política inter-nacional también ha sido irregular, con el surgimiento de los imperios mundiales —principalmente el británico y después el estadounidense— y de las «superpotencias» de la Guerra Fría, que durante mucho tiempo impidieron la aparición y el fortalecimiento de la Sociedad de Naciones y de la ONU. No obstante, las votaciones que se producen en la Asamblea General de la ONU muestran una distribución de la influencia política internacional cada vez menos desigual. En los temas relacionados con Palestina, la posición de Estados Unidos es sistemáticamente derrotada, aunque estas decisiones afecten poco al fuertemente armado gobierno sionista. Y la competencia anglo-francesa por conseguir los votos del Consejo de Seguridad en 2003, cuando se

debatía el ataque promovido por Estados Unidos contra Irak, fue inútil en último término. Los votos cuentan, pero cuando están en juego los intereses de la élite, son las armas las que deciden.

En el interior de las naciones, los movimientos sociales, las asociaciones colectivas, las amplias franquicias electorales —en resumen, la democratización— han supuesto una importante igualación de los recursos políticos que en épocas anteriores monopolizaban monarcas y otros déspotas. Pero, al igual que ocurría con los recursos económicos, la igualación política se ha visto recientemente interrumpida o revertida, por la des-sindicalización, la erosión de los partidos políticos y la disolución social general de las clases populares. Sin embargo, a diferencia de los recursos económicos, más concentrados que nunca, la aparición de los medios de comunicación sociales electrónicos han facilitado la autogeneración de la comunicación de masas. Hemos podido apreciar su poder de movilización en los movimientos de protesta de 2011, la Primavera Árabe, las revueltas mediterráneas y los movimientos Occupy del Reino Unido y Estados Unidos, aunque también los límites de su potencial de transformación social.

¹ Estos datos no son exactamente comparables. Además de las posibles diferencias en la clasificación ocupacional, la mortalidad danesa se refiere a hombres entre 25 y 75 años y la inglesa a hombres entre 2 y 44 años. Agradezco a mi colega demógrafo danés Pekka Martikainen su aportación de los datos de Copenhague.

PARTE IV

EL MUNDO DESIGUAL DE LA ACTUALIDAD

Mi tendencia a ver el presente como historia nos ha situado en el presente y ya desde el primer capítulo hemos visto ejemplos de muerte y desarrollo atrofiado que se producen en la actualidad. A continuación nos fijaremos en algunos patrones sistemáticos que operan en el mundo desigual de hoy en día e intentaremos resolver tres grandes interrogantes sobre cómo llegamos hasta la situación actual.

CAPÍTULO 7

MODELOS Y DINÁMICAS DE LA DESIGUALDAD EN EL MUNDO ACTUAL

La diferente evolución de la desigualdad

Recientemente, el Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD) ha comenzado a modificar su Índice de Desarrollo Humano¹ para tomar en cuenta la desigualdad de desarrollo. El retrato que ofrece se amplía al incluir el recurso de la educación y un indicador de la desigualdad vital. El PNUD considera que alrededor de una cuarta parte del desarrollo humano en el mundo se pierde a causa de la existencia de distribuciones desiguales. Aunque se pueda discrepar sobre la exactitud de esta apreciación, las iniciativas desarrolladas por el PNUD permiten comparar distintos tipos de desigualdad a lo largo del mundo (véase el cuadro 8).

Los distintos tipos de desigualdad están distribuidos de forma irregular por el mundo. La desigualdad vital, a pesar de su resistencia de clase incluso en los estados de bienestar desarrollados, causa mayores estragos en África y, en general, en el mundo menos desarrollado. La desigualdad en la educación es especialmente notable en la India, como en el resto de Asia meridional, y en los estados árabes. China se desenvuelve mejor que la India gracias a su menor desigualdad de esperanza de vida y de educación, por lo que pierde solo un 22 por ciento de su valor general en el índice, frente al 28 por ciento de pérdida de la India. En América Latina, la desigualdad se concentra en la renta, a pesar del proceso igualitario iniciado en el último decenio.

CUADRO 8 Pérdida de bienestar humano debida a los diferentes tipos de desigualdad en las regiones del mundo, 2011

	<i>Índice general</i>	<i>Esperanza de vida</i>	<i>Educación</i>	<i>Renta</i>
Muy desarrolladas	11,5	5,2	6,2	22,2
Menos desarrolladas	32,4	34,7	36,8	25,3
Estados árabes	28,4	18,0	40,8	17,8
Asia oriental	21,3	14,3	21,9	26,8
Europa oriental, Asia central	12,7	11,7	10,7	15,7
Latinoamérica	26,1	13,4	23,2	39,3
Asia meridional	28,4	26,9	40,9	15,1
África subsahariana	34,5	39,0	35,8	28,4
Mundo	23,0	19,0	26,2	23,4

NOTA: Porcentaje de pérdida de valor del Índice de Desarrollo Humano.

FUENTE: UNDP (2011: cuadro 3).

A escala mundial, los países ricos o «muy desarrollados» son los menos desiguales. Entre ellos, Estados Unidos pierde la mayor parte de su desarrollo a causa de la desigualdad: el 15 por ciento del global, en comparación con el 7 por ciento de Alemania, el 8 por ciento del Reino Unido y el 9 por ciento de Francia o de España. Las menores pérdidas, algo inferiores al 6 por ciento, se registran en Escandinavia y en Eslovenia. Algunos países del sur de Europa se acercan más a Estados Unidos en la desigualdad global como Portugal y Grecia, que pierden del 10 al 13 por ciento del valor de su Índice de Desarrollo Humano a causa de la desigualdad. Ajustado en

función de la distribución, el desarrollo estadounidense es ligeramente inferior al de Italia. Los datos de Japón no están disponibles, pero Corea del Sur resulta algo peor que Estados Unidos, debido a su desigualdad educativa, la mayor de los países desarrollados, que parece ser un efecto de la enorme expansión de la educación superior en los últimos años.

En Iberoamérica, Bolivia y Colombia registraban las peores pérdidas (un tercio del Índice de Desarrollo) principalmente por la persistente desigualdad de renta. Pero merece la pena señalar que la distribución de renta extremadamente desigual coexiste con una desigualdad considerablemente menor en esperanza de vida y educación. Dentro de los estados más desiguales, Haití y varios países africanos, de Namibia a la República Centroafricana, pierden un buen 40 por ciento del ya escaso nivel de desarrollo a causa de la desigualdad.

Las diferencias de desarrollo humano en el seno de cada nación son inmensas. En la India, por ejemplo, la ratio entre el Índice de Desarrollo Humano (IDH) del quintil más rico y del más pobre (en 1997-1999) es aproximadamente la misma que entre el IDH nacional de Estados Unidos y el de la India en 2011. Según los cálculos de Michael Grimm y colaboradores (2009: cuadro 1), el nivel de desarrollo humano que disfruta el 20 por ciento más rico en países pobres como Kirguizistán, Vietnam, Indonesia y Bolivia está a la par o es incluso superior al asignado al 20 por ciento más pobre de Estados Unidos. En Brasil, el 60 por ciento de la población tiene un nivel de vida mayor al del 20 por ciento más pobre de estadounidenses (datos *ca.* 2000). Las cifras que proporcionan Grimm y sus colaboradores son estimaciones derivadas empíricamente, producidas con una gran ingenuidad académica, y deberían tomarse como indicadores más que como verdades demostradas. Siguiendo la metodología del PNUD, estos cálculos subestiman los aumentos de renta, lo que significa que otorgan más peso a la salud y la educación. Pero sirven para subrayar un aspecto muy importante de la desigualdad mundial contemporánea, a veces

oscurecido por las comparaciones basadas en el PIB: las desigualdades internas pueden tener proporciones asombrosas.

Las diferencias en la esperanza de vida ilustran perfectamente este punto. Alrededor de 2010, los varones suecos del municipio de clase media alta de Danderyd (barrio residencial de Estocolmo) vivían un promedio de 8,6 años más que sus conciudadanos de clase obrera y pequeños campesinos del municipio de Pajala, en el extremo norte del país (Statistics Sweeden, 2011). Se trata de una diferencia ligeramente superior a la diferencia global entre Suecia y Egipto (UNDP, 2011: cuadro 1). En el Reino Unido, la diferencia de esperanza de vida es incluso mayor, como ya señalamos al hablar de Londres y volveremos a ver más adelante.

CUADRO 9 Índice de la desigualdad de género en el mundo, 2011

<i>Países y grupos de países</i>	
Muy desarrollados	0,224
Menos desarrollados	0,594
Más igualitarios (Suecia)	0,049
Estados árabes	0,563
China	0,209
Estados Unidos	0,299
Europa oriental y Asia central	0,311
Latinoamérica y el Caribe	0,445
Asia meridional	0,601
África subsahariana	0,610
Mundo	0,492

FUENTE: UNDP (2011: cuadro 4).

El PNUD no realiza estimaciones sobre la desigualdad existencial, pero tiene un índice de desigualdad de género. Se trata de una relación compuesta que incluye datos de mortalidad materna y embarazos adolescentes, de matriculación en enseñanza secundaria y de escaños parlamentarios de hombres y mujeres, así como de tasas de participación en el mercado laboral. Según estos criterios, la desigualdad de género en el mundo actual sería del orden que muestra el cuadro 9: a menor índice, menor desigualdad.

Los índices compuestos siempre permiten disentir sobre la selección y el peso otorgado a los distintos indicadores, y según parece, el índice del PNUD otorga más peso a la salud reproductiva de género que a las diferencias existenciales. Aparentemente, la calificación tan baja de Estados Unidos, que muestra mayor desigualdad de género que China, se debe principalmente a la mortalidad materna y los embarazos adolescentes, lo que explica por qué el Reino Unido comparte valor en el índice con China. Corea y Japón tienen un índice bajo, al igual que Europa occidental continental, con cifras en torno al 0,10-0,12, mientras que Suiza, Alemania y Escandinavia se mantienen por debajo del 0,10. En Asia meridional, la India es más desigual que Pakistán y Bangladesh, a pesar de su inferior mortalidad materna, ya que cuenta con más embarazos adolescentes, menor representación femenina en el parlamento, en la educación secundaria y en el mercado laboral que Bangladesh. Según los cálculos del PNUD, quienes más se apartan de la igualdad de género, con valores superiores a 0,7, son los países del Sahel, Chad, Mali, Níger, y, más aún, la República Democrática del Congo, Afganistán y Yemen. Dos países subsaharianos están algo mejor que el resto: Ruanda y Burundi, mientras que Sudáfrica se sitúa en el meridiano mundial.

La desigualdad existencial de género también puede estudiarse investigando las normas y prácticas familiares, como este autor ha hecho en un trabajo histórico sobre sexo y poder en el siglo xx

(Therborn, 2004). En el mundo actual, los dos mayores reductos de poder patriarcal son el África subsahariana y Asia meridional; en ambos casos, la práctica es más aguda en el norte de ambas regiones. Según datos de encuestas proporcionados por Unicef (2007: 19-20), en países como Nigeria o Mali, dos terceras partes de las esposas afirman que son los maridos en exclusiva quienes toman las decisiones sobre los gastos diarios del hogar y deciden asimismo si la esposa puede ir a visitar a una amiga o a un familiar. En Uganda y Tanzania no llega a la mitad el número de mujeres que suscriben dicha afirmación; en Kenia y Ghana, son en torno a una tercera parte de todas las mujeres casadas y una quinta parte en Zimbabwe (Sudáfrica no formó parte del sondeo). En Bangladesh, un tercio de las mujeres casadas están sujetas a esas imposiciones; en Marruecos y Egipto un cuarto de las mismas. El sondeo efectuado en la India expresaba esas cuestiones de manera algo diferente, pero apenas un tercio de las mujeres casadas decían que podían ir solas al mercado, a una institución sanitaria o fuera de la comunidad. En 2005-2006, el 45 por ciento de las mujeres indias entre 15 y 49 años estaban de acuerdo en que existía al menos una razón específica por la que el marido tenía derecho a golpear a su esposa (Namasivayam *et al.*, 2012: cuadro 2).

Las leyes que potenciaban el poder patriarcal fueron eliminadas en Europa occidental y las Américas en el último tercio del siglo xx, bajo los auspicios de la ONU y gracias a las presiones feministas (Therborn, 2004: 100 y ss.). Este proceso global influyó de forma mucho más limitada en África y Asia, aunque tuvo reflejo en las normas oficiales. Los países árabes y muchos países africanos, como la República Democrática del Congo, cuentan con leyes de obediencia conyugal y precisan del consentimiento del marido, el padre o un pariente masculino para la obtención del pasaporte, por ejemplo (Banda, 2008: 83 y ss.). Una propuesta de ley del gobierno maliense que derogaba la cláusula de obediencia fue retirada en 2009 a causa de la oposición masculina conservadora, a pesar de

haber sido aprobada por el parlamento (www.WLUML.org/news/mali-womens-rights).

Una de las áreas en las que puede apreciarse el resurgimiento del patriarcado y del masculinismo es la ratio sexual de nacimientos, de hijos que sobreviven y de esperanza de vida para hombres y mujeres. Recientemente, la fecundidad baja (una política pública de obligado cumplimiento en China y una decisión libre en otras partes del mundo), la preferencia patriarcal por los hijos varones y la tecnología que permite el escáner prenatal han sesgado la ratio sexual de los nacimientos en una serie particular de países. Se ha detectado ese sesgo en el sur de Asia, Corea del Sur, China, Vietnam, en las repúblicas caucásicas de Armenia, Azerbaiyán y Georgia y en los Balcanes occidentales de Albania y Montenegro (UNFPA, 2011).

En la India, la ratio sexual de 0 a 6 años de edad ha pasado de la distribución normal de 104-106 niños por cada 100 niñas en 1981 y 1991 a 109:100 en 2011 (UNFPA, 2011: 15 y ss.). El impulso masculinista ha sido más fuerte en la China posmaoísta, pasando de una ratio sexual en el nacimiento 107:100 en 1982, a 120:100 en 2005. Esta proporción parece haberse estabilizado (UNFPA, 2011: 13).

Los matrimonios concertados por los padres o las madres mantienen su importancia en el siglo XXI, aunque se desconoce su prevalencia exacta. Siguen siendo mayoritarios en el sur de Asia: India, Pakistán, Nepal y Bangladesh (Mody, 2008; WLUML, 2006: cap. 3; Jones, 2010) y dicha práctica ha sido llevada al exterior por la diáspora actual. Son la norma general en el Asia central rural, Asia occidental (incluyendo Turquía rural), el Magreb y África subsahariana. Tienen lugar en muchas partes del sudeste asiático, como Malasia e Indonesia, con el respaldo de leyes nacionales o provinciales permisivas (WLUML, 2006: cap. 3). La ley islámica prohíbe los matrimonios forzosos, pero no se requiere el consentimiento explícito de la novia. Los acuerdos de matrimonio concertados por los padres mantienen su importancia en China,

especialmente en las zonas rurales del interior (Xu *et al.*, 2007; Judd, 2010).

En cualquier caso, es preciso resaltar lo inadecuado del binomio matrimonios concertados-matrimonios de libre elección en el momento actual. Los matrimonios clásicos que se arreglaban sin consultar previamente el parecer de los cónyuges (al menos de la novia) prácticamente han desaparecido del este de Asia (Jones, 2010; Tsutsui, 2010; Zang, 2008) y están disminuyendo también en otras partes de dicho continente (WLUML, 2006; Bhandari, de próxima publicación). En países árabes como Egipto o Marruecos, la inmensa mayoría de las personas piensan que las mujeres deberían tener derecho a elegir a su esposo y existe la percepción generalizada de que esto es así en la práctica (UNDP, 2005: 263-264). Actualmente existen en funcionamiento toda una serie de iniciativas, vetos, negociaciones, acuerdos y compromisos que se mueven entre los dos extremos: la decisión exclusiva de los padres y la elección personal sin consultar a estos. Pero tanto en África como en Asia, el matrimonio continúa siendo un asunto que concierne a la familia más que al individuo.

El racismo y la estigmatización por motivos étnicos es la otra gran manifestación de la desigualdad existencial que sigue viva en el mundo contemporáneo. Anteriormente ya señalamos que los principales avances hacia la igualdad existencial se produjeron en la segunda mitad del siglo xx y, particularmente, en el último tercio del siglo, culminando con la caída del *apartheid* en Sudáfrica a comienzos de los noventa. Sin embargo, da la impresión de que, desde entonces, dicho avance se ha detenido (excepto en los países andinos suramericanos, con la reafirmación de los pueblos indígenas y en Europa occidental y las Américas, en lo referente a la homosexualidad y los matrimonios del mismo sexo) e incluso se ha visto obligado a retroceder en algunos lugares. En ciertos países, el anterior *modus vivendi* caracterizado por la convivencia interétnica e interreligiosa ha saltado por los aires al desaparecer el caparazón de los regímenes autoritarios que salvaguardaba dicha coexistencia. Las

guerras de Yugoslavia y del Cáucaso, que sucedieron a la caída del comunismo real, son los ejemplos más dramáticos; el genocidio de Ruanda de 1994, que tuvo lugar mientras la ONU literalmente observaba la situación, el más horrendo. Pero abundan los ejemplos: desde el racismo violento de la Rusia poscomunista contra caucásicos y ciudadanos del Asia central hasta la escalada de antisemitismo en Hungría y Polonia, la feroz discriminación contra los gitanos sintis y romaníes en Eslovaquia, Hungría y Rumanía, los conflictos sectarios violentos que se produjeron en Irak tras la invasión, la horrible discriminación contra los rohingya musulmanes en Myanmar, etc. Entre los judíos de Israel está tomando fuerza la idea de que la suya es una raza «dominante», al tiempo que aceleran la colonización de tierras palestinas y reclaman cada vez con más vehemencia la deportación —«traslado»— de los palestinos fuera de Palestina.

No obstante, a pesar de algunos retrocesos y nuevas muestras desagradables del rechazo a la igualdad existencial humana, no parece que los logros del feminismo y de los movimientos antirracistas del siglo xx estén en claro peligro de reversión. Y recientemente, tres categorías de personas han ganado reconocimiento y respeto por primera vez en los tiempos modernos: los pueblos indígenas, los «extra-modernos»; los homosexuales, los proscritos de la sexualidad moderna; y las personas con discapacidad, anteriormente personas ocultas.

La desigualdad vital, por otra parte, está aumentando en las naciones ricas, como ya señalamos en el capítulo 1 y en el repaso histórico realizado anteriormente. La desigualdad entre países empezó a aumentar alrededor de 1990, a causa del sida en África y del retorno al capitalismo en la antigua Unión Soviética. En ambos casos, se ha apreciado una cierta reducción en el número de muertes, en Sudáfrica desde 2005. Sin embargo, en 2010 un 10 por ciento más de los varones rusos que sobrepasan la edad de 15 años mueren prematuramente (antes de los 60) así como un 14 por ciento más de los varones ucranianos, en comparación con las

estadísticas de mortalidad de 1990. Para los hombres, el capitalismo en Ucrania ha sido casi tan letal como el sida en Sudáfrica, donde la tasa de mortalidad aumentó un 15 por ciento. La hecatombe poscomunista no ha sido tan grave para las mujeres, que vieron aumentar su mortalidad antes de los 60 años un 4 por ciento, mucho menos que los hombres o que las mujeres sudafricanas a causa del sida. Durante ese mismo periodo, las muertes prematuras de adultos en el Reino Unido descendieron un 4 por ciento para los varones y un 2 por ciento para las mujeres (Rajaratnam, 2010: 1710-11).

La desigualdad vital también está dejando una importante huella en la vida urbana, como se vio en el repaso histórico que hicimos en estas páginas a la ciudad de Londres. La vida en los distritos más pobres de la capital británica era cinco años más breve que en los más ricos al inicio del gobierno del nuevo laborismo (en 1999-2001) y casi nueve años más corta (8, 9) al final de dicha etapa de gobierno (2006-2008) (London Health Observatory, 2011). La diferencia en la esperanza de vida de los distintos vecindarios londinenses equivale a la que existe entre Gran Bretaña y Guatemala (Unicef, 2012: cuadro 1). Pero existen casos aún más espectaculares. Las diferencias extremas que se producen entre dos distritos de Glasgow (Calton y Lenzie) equivalen a la que existe entre el Reino Unido y Haití. Calton no es, en absoluto, un barrio pobre de chabolas del extrarradio urbano. Está situado cerca del centro y su baja esperanza de vida es un caso extremo difícil de diagnosticar con exactitud, aunque se relaciona en gran medida con el desempleo y el abuso de las drogas y el alcohol, algo que resulta visible incluso para un visitante ocasional (para conocer más datos e información de contexto, véase Hanlon *et al.*, 2008). En general, los entornos vecinales desfavorables parecen tener sus propios efectos negativos sobre la salud de las personas, con independencia de los factores individuales (Bilger y Carrien, 2013). A una escala más amplia, la diferencia en esperanza de vida entre Glasgow y Chelsea-Kensington, que era de doce años en 2009-2010 (ONS, 2011), es la

misma que la que existe entre el Reino Unido y Ucrania (WHO, 2012: cuadro 1).

Modelos mundiales de desigualdad de renta

Los cuadros que muestran la distribución de renta deben verse como las encuestas de opinión política: son interesantes, resultan indispensables para aquellos realmente interesados, suelen dar una impresión general correcta pero no siempre aciertan en los datos sobre el máximo ganador de votos o los perdedores, varían de una fuente a otra y tienen grandes márgenes de error. A diferencia de los sondeos de opinión, en las distribuciones de renta no existen unos resultados electorales finales que permitan apreciar cuál tenía razón y cuál estaba equivocado.

Los modelos de distribución nacional actuales se basan en las encuestas de presupuestos familiares (o de hogares), que tienen un margen de error similar al de las encuestas de opinión política, aunque por lo general son mucho más amplias. Tienen grandes dificultades en acceder a los más ricos, y a veces también a los muy pobres. Esta dificultad suele abordarse mediante la «censura», es decir, interrumpiendo el cálculo y la estimación de ingresos por encima y por debajo de determinada cantidad. Por tanto, la dimensión real de la desigualdad está censurada en la misma medida.

Las comparaciones internacionales también se ven lastradas por dificultades básicas de comparabilidad. Aunque la mayoría de las encuestas que se realizan recopilan datos de renta (ingresos), muchas naciones asiáticas (entre las que se encuentran algunas de las grandes, como la India, Pakistán, Bangladesh o Indonesia) utilizan datos de consumo. La renta y el consumo, o los ingresos y los gastos, proporcionan estimaciones muy diferentes de la desigualdad, aunque ambas cifras a menudo se presentan juntas en los mismos cuadros de la ONU o del Banco Mundial. Los ricos ahorran más y los pobres con frecuencia tienen que recurrir al

consumo asumiendo deudas, por lo que los gastos de consumo proporcionan cifras de desigualdad considerablemente más bajas. No se ha llegado a consensuar una norma sobre el volumen de dicha subestimación, pero parece estar en el marco de 6 a 10 puntos Gini. Otro problema, de menor importancia hasta ahora, es que los datos que proporciona la OCDE suelen referirse a renta disponible, una vez pagados los correspondientes impuestos o recibidas las transferencias públicas, mientras que otras encuestas de renta se refieren a los ingresos brutos. Como existen pocas transferencias redistributivas públicas fuera de los países desarrollados de la OCDE, esta discrepancia no tiene mayor importancia.

El Luxembourg Income Study (LIS), dirigido por un consorcio académico internacional con sede en aquel país, está considerado por los estudiosos europeos la mejor fuente de datos comparables sobre desigualdad de renta intranacional, al estar basado en encuestas nacionales homologadas. Probablemente es así, aunque no tiene la misma validez que un resultado electoral. Fui plenamente consciente de ello cuando descubrí la enorme diferencia de desigualdad que existe en Estados Unidos según utilicemos los datos del LIS o de la Oficina de Presupuestos del Congreso estadounidense. Según el primero, el coeficiente de Gini de renta disponible de Estados Unidos fue de 0,38 en 2007 (LIS, 2012), mientras que según los datos oficiales del gobierno fue de 0,49 (después de transferencias e impuestos federales) (CBO, 2011a: 19). El PNUD da una cifra de 0,41 (UNDP, 2011: cuadro 3), sin especificar si ha considerado los impuestos locales y estatales (es preciso tener en cuenta que en ocasiones el coeficiente se multiplica por 100, hablándose entonces de Índice de Gini, lo que nos da unas cifras entre 0 y 100, en vez de entre 0 y 1. Ese es el caso del cuadro 10, más adelante).

Por tanto, no se puede tener una confianza ciega en las cifras absolutas de las distribuciones de renta y resulta arriesgado fabricar con ellas modelos matemáticos. Pero eso no justifica adoptar una postura de descrédito total. Aun aceptando que algunas

comparaciones importantes entre países son complicadas, el modelo de la desigualdad mundial está bastante definido y no admite controversias académicas (cuadro 10).

Por desgracia, no puedo afirmar que el cuadro 10 muestre el panorama *real* de la desigualdad de renta en el mundo, pero creo que es el retrato más preciso disponible (al menos en el momento de escribir este libro), basado principalmente en informes monográficos de carácter nacional y en recopilaciones de datos procedentes de institucionales regionales competentes de África, Asia, Europa y América Latina. En comparación con muchas bases de datos respetables convencionales, los informes del Luxemburg Income Study, Eurostat, la OCDE, el PNUD y el Banco Mundial están sometidos a un gran número de revisiones. Tiene especial trascendencia, dado el peso global del asunto, el aumento significativo de las cifras de desigualdad de Estados Unidos extraídas directamente de la Oficina de Presupuesto del Congreso. A pesar del esfuerzo realizado por los más altos estamentos de la política y las finanzas del Reino Unido, la brecha atlántica de la desigualdad económica se ha ensanchado (los datos de la oficina nacional de estadísticas británica han sido verificados). La frecuente subestimación internacional de la desigualdad en la India, al confundir los gastos de consumo con la renta, ha sido corregida a partir de dos estudios diferentes que coinciden en sus resultados. Por el contrario, la reputación de igualdad de Países Bajos y Escandinavia (especialmente Suecia) es exagerada en los medios de comunicación internacionales, por lo que sus datos han sido revisados recurriendo a fuentes estadísticas nacionales.

El lugar relativo que ocupan China y la India en la clasificación sigue siendo incierto. Una encuesta de gastos en China utilizada por el Asian Development Bank (2012b: cap. 2) respalda la opinión general de una menor desigualdad india. La brecha entre campo y ciudad es sin duda mucho mayor en China, la mayor de Asia con creces, mientras que las diferencias entre estados/provincias es mayor en la India. El 5 por ciento y 1 por ciento más rico de la India

acaparan una cuota mayor de la renta nacional total que sus homólogos de China (cuadro 7). El puesto de Indonesia, cercano al de China o la India, tampoco está claro aunque el Asian Development Bank la sitúa entre ambos países. Bangladesh y Pakistán muestran una menor desigualdad de renta que la India (Asian Development Bank, 2012b: 47 y ss., 68 y ss.; Atkinson *et al.*, 2010: 730 y ss.).

El peso de la historia actúa de manera muy desigual sobre el panorama mundial recién descrito, que, visto en conjunto, reafirma el potencial de la economía política contemporánea. Rusia y China han descartado el camino hacia la igualdad comunista, que parece haber sobrevivido en la República Checa, Eslovaquia y Eslovenia, donde la desigualdad anterior al comunismo era menor. Por otro lado, la desigualdad capitalista y precapitalista se mantiene en América Latina, Sudáfrica y la India, a pesar de los honorables múltiples esfuerzos realizados para cambiarla.

A escala mundial, la desigualdad económica existente en el seno de las naciones presenta algunos modelos históricos geoeconómicos bastante claros. Los más desafortunados corresponden a los antiguos países blancos racistas, de colonos agrícolas, mineros y grandes plantaciones. Los ejemplos más evidentes serían Sudáfrica y Namibia, pero también Brasil, Bolivia y la mayor parte de Latinoamérica. África subsahariana en conjunto posee un modelo de distribución muy variado. Muy próximos en la clasificación a los desafortunados herederos del *apartheid* se encuentran otros países sociológicamente similares, poco desarrollados y ricos en minerales, dirigidos por pequeñas élites que se apropian de la renta, como República Centroafricana y Angola. Luego se sitúa un grupo de economías dinámicas, jerárquicas y corruptas, algunas de ellas con recursos minerales, como Nigeria y Zambia, y otras sin ellos, como Kenia. Finalmente, algunos países se encuentran en una fase temprana del desarrollo económico moderno y carecen de un botín extractivo para ofrecer a las naciones ricas; entrarían en este grupo

Etiopía (que actualmente disfruta de un crecimiento rápido) y los países del Sahel; en ellos, la desigualdad económica es limitada.

En Latinoamérica, la desigualdad tiene un carácter más homogéneo. En la actualidad, solo hay un país, la Venezuela chavista, con un índice de Gini ligeramente inferior a 40. El neoliberalismo triunfante a finales del siglo xx empujó a los dos países tradicionalmente menos desiguales, Costa Rica y Uruguay, por encima de ese umbral. Las tragedias interminables que han asolado Haití —y que se remontan a la venganza traumática de la Francia imperial y Estados Unidos contra la primera revolución negra del mundo— hacen de este un caso especial. Pero la desigualdad de los países continentales latinoamericanos procede de una constelación interconectada y superpuesta de las poderosas fuerzas de la desigualdad: enormes rentas mineras, plantaciones con esclavos, latifundios fértiles con rentas procedentes de la tierra con siervos indígenas o sin ellos (Argentina y Uruguay), y jerarquías raciales. Los procesos de expansión continuada de la desigualdad fueron ocasionalmente descarrilados por revoluciones (como en México y Bolivia) o por algún presidencialismo populista, pero nunca por mucho tiempo. Las rachas de Guerra Fría procedentes del Norte y, posteriormente, las severas imposiciones neoliberales del «Consenso de Washington» impidieron desarrollarse a estas iniciativas igualitarias.

CUADRO 10 Desigualdad de renta en países del mundo, 2005-2011

<i>Máxima desigualdad</i>	<i>Gini superior a 60</i>	<i>Ratio entre quintiles</i>
Sudáfrica (2008)	66	55
Namibia (2004)	64	

<i>Desigualdad muy elevada</i>	<i>Gini muy superior a 50</i>	<i>Ratio entre quintiles superior a 20</i>
Brasil (2011) y Bolivia, Colombia, Rep. Dominicana, Guatemala, Honduras	56	22
<i>Desigualdad elevada</i>	<i>Gini en torno a 50</i>	<i>Ratio entre quintiles superior a 10</i>
China	49-54	12
India y algunos países asiáticos como Malasia y Tailandia	54-55	...
Zambia y partes de África,	55	15
incl. Nigeria	49	...
Argentina (urbana 2011)	49	15
México (2010) y la mayor parte del resto de América Latina	48	13
<i>Desigualdad muy importante</i>	<i>Gini entre 40 y 50</i>	<i>Ratio entre quintiles superior a 7</i>
Estados Unidos (2007)	49	7,6
Rusia	42	8
<i>Desigualdad importante</i>	<i>Gini en torno a 30</i>	<i>Ratio entre quintiles superior o igual a 4</i>
España	34	6,8
Reino Unido	33	5,3
Japón	33	6
Corea del Sur	32	6

Polonia	31	5,0
Francia	31	4,6
Etiopía	30	4
Alemania	29	4,5
Suecia	30	4,5
Dinamarca	28	4,4
Finlandia	29	5,3
<i>Desigualdad delimitada</i>	<i>Gini inferior a 30</i>	<i>Ratio entre quintiles inferior a 4</i>
Austria	26	3,8
República Checa	25	3,5
Países Bajos	29	...
Noruega	25	3,6
Eslovaquia	26	3,8
Eslovenia	24	3,5

NOTA: Índices de Gini y ratios entre los quintiles superior e inferior (entre la parte de renta asignada al 20 por ciento más rico y al 20 por ciento más pobre de la población).

FUENTES: África: African Statistical Yearbook (2012: 73); Sudáfrica: Leibbrandt et al. (2010: cuadros 2.9 y A.2.3.); China: Li Shi et al. (2011); India: Das (2012: 61), en referencia a la desigualdad global de salarios, con un Gini de 55 y de los economistas del Banco Mundial Peter Lanjow y Rinku Murgai, citados en *The Economist* (2012: 8); Japón y Corea del Sur: OECD (2011b: cuadro A.1.1.); otros asiáticos: Asian Development Bank (2012a: cuadro 2.1);
EU: Eurostat (2013);
América Latina: CEPAL (2012: cuadros II.A.1-2);

Países nórdicos y Países Bajos, organismos estadísticos nacionales: Dinamarca: Danmarks Statistik (2011); Finlandia: Official Statistics of Finland (2012); Países Bajos (solo Gini): Central Bureau of Statistics (2012); Noruega: Statistik sentralbyrå (2012)
Suecia: Statistics Sweden (2013c);
resto de Europa y Rusia: UNDP (2011: cuadro 3).

Las naciones del nordeste de Asia pioneras en el desarrollo fuera de Europa, Japón, Corea y Taiwán, tienen una distribución económica asombrosamente similar a la de los estados del bienestar europeos. Dichas naciones han conseguido controlar los peores efectos de la desigualdad promoviendo la cohesión social patriarcal y étnica más que mediante la aplicación de políticas redistributivas. Corea cuenta con la menor desigualdad de renta entre adultos en la madurez de toda el área de la OCDE; incluso Japón está actualmente ligeramente por debajo de la media a este respecto (OECD, 2011a: figura 6.1). Aunque la desigualdad económica se ha disparado en los dos últimos decenios en las grandes economías asiáticas, China, la India, Indonesia y Bangladesh (Asian Development Bank, 2012a: 7), el «Asia en desarrollo» sigue estando por debajo de los niveles de desigualdad de África y Latinoamérica.

Europa se mantiene bastante unida en este aspecto, al menos hasta el momento. Ningún país al oeste de Rusia tiene un índice de Gini igual o superior a 40. El índice global de la UE es 31, con una ratio 80:20² de 5. Los países con mayor desigualdad económica en Europa occidental son España, Portugal, el Reino Unido y Grecia. Los países menos desiguales del mundo se sitúan en Europa central y septentrional, encabezados por Noruega, a pesar de su renta petrolera. Los estados sociales, ahora bajo el asedio neoliberal, mantienen el legado del influyente sindicalismo europeo, con sus diferentes corrientes, la socialdemocracia, la democracia cristiana y el comunismo.

Las oportunidades de los hijos: relaciones de renta intergeneracionales

La nueva economía de la desigualdad de oportunidades permite una perspectiva de la movilidad social intergeneracional diferente a la que provocaba un mayor interés sociológico el siglo pasado. El foco del interés, la idea liberal de igualdad de oportunidades, no ha cambiado, pero los economistas ahora ya no se fijan solo en los puestos de trabajo, sino en los ingresos, la salud y los logros educativos (estos últimos también foco de estudio de la sociología de la educación). Mientras que los estudios sobre movilidad resaltaban las características que compartían las sociedades industriales (Eriksson y Goldthorpe, 1992), las investigaciones actuales sobre desigualdad de oportunidades destacan las diferencias de oportunidades entre las distintas naciones.

Los ingresos profesionales de los hijos adultos dependen de manera importante de la renta de sus padres y de la educación de estos. Pero la desigualdad de oportunidades, lo que los economistas denominan elasticidad generacional de renta, varía enormemente entre países (cuadro 8). La dimensión de la desigualdad puede adoptar valores entre 0 y 1; 0 significa que ninguno de los diferenciales de renta de los padres se traslada a los hijos adultos y 1 que se transmiten todos.

El retrato global que muestra el cuadro 11 viene confirmado por diversos estudios similares, con metodologías y bases de datos ligeramente distintas, sobre los ingresos de individuos adultos en las décadas de los noventa y 2000-2010, en relación con los ingresos que tuvieron sus padres (por ejemplo OCDE, 2008: cap. 8; Marrero y Rodríguez, 2012; Lefranc *et al.*, 2008; Jäntti *et al.*, 2006).

Lo que más llama la atención, dada la percepción ideológica generalizada, es la limitada igualdad de oportunidades que existe en Estados Unidos. Esta discrepancia demuestra la extraordinaria falsedad del mito del rico que se hace a sí mismo de la nada. Los hijos de los individuos que ocupan el quintil más pobre de la población estadounidense tienen muchas probabilidades de quedar estancados en la parte baja de la jerarquía de renta, bastantes más, incluso, que los británicos (OCDE, 2008: cuadro 8.1). No debería

pasarse por alto que la desigualdad de oportunidades está correlacionada positivamente con la desigualdad de resultados: los países con una mayor desigualdad intrageneracional tienen la mayor desigualdad intergeneracional, y viceversa.

CUADRO 11 Desigualdad de oportunidades de renta a finales del siglo
XX

Reino Unido	0,50
Italia	0,50
Estados Unidos	0,47
Francia	0,41
España	0,40
Japón	0,34
Alemania	0,32
Suecia	0,27
Australia	0,26
Canadá	0,25
Finlandia	0,18
Noruega	0,17
Dinamarca	0,15

NOTA: Coeficientes de elasticidad: a mayor coeficiente, mayor vínculo entre las rentas de generaciones sucesivas y mayor desigualdad de oportunidades.

FUENTE: Corak (2012: cuadro 1).

Sin embargo, es preciso ser prudente antes de desestimar las creencias populares. Por lo general, si llegan a popularizarse es porque en alguna ocasión tuvieron cierta razón de ser. La relativamente alta movilidad de renta en Australia y Canadá, ambos con una desigualdad general mayor que la de Europa septentrional-occidental, indica la posibilidad de la existencia de una dimensión de la desigualdad de oportunidades independiente que Estados Unidos pudo tener alguna vez y que ahora ha perdido.

Existe un número cada vez mayor de estudios multigeneracionales. Uno de los más representativos es un estudio sueco que realizó un seguimiento de jóvenes escolares en la década de los treinta en la ciudad de Malmö, de mediano tamaño, ampliándolo hasta cuatro generaciones en el campo de la educación y a tres en cuanto a los ingresos. Una tercera parte de los nietos (nacidos en torno a 1981) de aquellos situados en el quintil superior de renta (nacidos en torno a 1896) conservaba su posición en el tramo superior. El riesgo de quedar estancado en el quintil inferior era mucho menor, y la asociación con el nivel de educación, aunque estadísticamente significativa, era débil (Lindahl *et al.*, 2012).

En el resto del mundo, la información escasea, pero la que tenemos tiende a respaldar los fuertes vínculos existentes entre lo que las ideologías influyentes tratan de separar: oportunidad y renta. Brasil, muy desigual en cuanto a resultados, tiene mucha mayor igualdad de oportunidades que Estados Unidos y el Reino Unido, en relación con las cohortes de 1960 (Milburn *et al.*, 2009: 37). Un estudio indio (Singh, 2012) que compara sus propios resultados con otros afirma que la relación de ingresos (y de consumo) entre generaciones es más desigual en la India que en Europa, pero mucho menos que en Latinoamérica. Deng y colaboradores (2012) descubrieron más desigualdad de oportunidades en la China urbana que en Europa o Canadá, pero no pudieron realizar una comparación precisa con Estados Unidos o Brasil.

Dinámicas actuales de la desigualdad de renta, en los tramos superior e inferior

El primero en hablar del «1 por ciento frente al 99 por ciento» en el contexto estadounidense fue el premio Nobel Joseph Stiglitz, en la primavera de 2011. Según la Oficina de Presupuestos del Congreso estadounidense (CBO) (2011a: cuadro 2), entre 1979 y 2007, el 1 por ciento superior de perceptores de renta duplicó con creces su parte de la renta nacional disponible, calculada después de impuestos y transferencias federales. El 19 por ciento más rico que le sigue en la distribución mantuvo prácticamente su cuota (alrededor del 36 por ciento), mientras que todo el resto, de los pobres a la clase media, perdió renta disponible.

¿Quiénes son ese 1 por ciento de estadounidenses? El 31 por ciento de dicho grupo está formado por directores ejecutivos y administradores de empresas no financieras; los profesionales médicos (los doctores, enemigos clásicos de la «medicina socializada») suman otro 16 por ciento; los profesionales del mundo de las finanzas son el 14 por ciento (el doble que en 1979); y los abogados un 8 por ciento (CBO, 2011a: 18). Tres cuartas partes de los más ricos de entre los ricos, el 0,1 por ciento que ocupa la cúspide de la pirámide distributiva, pertenece al mundo empresarial, siendo ejecutivos no financieros el 41 por ciento, financieros el 18 por ciento, otro tipo de negocios el 14 por ciento, profesionales del derecho y la medicina un 11 por ciento, informáticos y otros profesionales técnicos y científicos el 4 por ciento. Las estrellas del mundo del arte, medios de comunicación y el deporte solo suponen un 3 por ciento (Hacker y Pierson, 2010: 46).

Aparte del inmenso poder y riqueza de los empresarios, tanto de dentro como de fuera del mundo de las finanzas, lo que resulta más asombroso es la tremenda capacidad de los profesionales estadounidenses para generar ingresos. Un ejemplo es la remuneración anual media de los psiquiatras, 216.500 dólares en 2010, frente a la de un profesor de Harvard, 193.800. El socio de un

bufete de abogados puede ganar más de un millón de dólares, poca cosa si lo comparamos con los ingresos de un consejero delegado de una gran empresa, que puede superar los 20 millones de dólares (Hacker, 2012, cuadro B).

Como vimos anteriormente en el cuadro 7, la aceleración de ingresos del 1 por ciento superior de la distribución de renta estadounidense que ha tenido lugar los últimos años ha sido única en el mundo, aunque probablemente unos pocos países latinoamericanos y africanos puedan competir con ese estamento privilegiado en cuanto a la cuota absoluta de renta nacional que se apropian. Pero, en general, los países de la OCDE han experimentado un aumento desproporcionado de los ingresos de los más ricos. En términos de renta de las familias (que depende también de las relaciones de género y de la composición de los hogares), Suecia cuenta con el mayor crecimiento del desfase entre el 10 por ciento superior y el inferior, 2 puntos porcentuales cada año entre mitad de los ochenta y mitad de la primera década de 2000, frente a 1,6 anual en el Reino Unido y 1,4 en Estados Unidos. El aumento de ingresos del 10 por ciento más rico de los hogares fue similar en Suecia y en Estados Unidos, un 0,6 por ciento anual, frente al 0,4 del Reino Unido (OCDE, 2011a: cuadro 1).

También hay buenas razones para echar un vistazo a lo que ocurre al fondo de la pirámide distributiva. Aquí, Estados Unidos vuelve a destacar dentro del mundo desarrollado. La media de ingresos reales del 40 por ciento peor remunerado de su población masculina trabajadora a tiempo completo disminuyó todos y cada uno de los años del último cuarto de siglo (OECD, 2008: figura 3.3). Solo en Canadá sucedió algo similar. Pero el decil más bajo de los trabajadores tuvo también una caída de sus ingresos reales en Alemania, Países Bajos, Noruega y Suecia (OECD, 2011a: figura 5.4). Entre 1995 y 2005, los ingresos reales del quintil más pobre de la población disminuyeron en Austria, Alemania, Japón, México y Turquía, así como en Estados Unidos (OECD, 2008: 287).

En los veinte años que van desde 1985 hasta 2005, todos los países desarrollados, con la única excepción de Grecia, experimentaron un aumento de la desigualdad de renta, de diferente intensidad y en distintos momentos (OECD, 2011a: cuadro 1). Los países asiáticos en vías de desarrollo (aparte de Asia central, que se recobra parcialmente de su crisis poscomunista) han sufrido ese mismo aumento, con algunas excepciones menores en Pakistán, Filipinas y Tailandia (ADB, 2012b: cuadro 2.2.1). Estas circunstancias definen un rasgo característico del capitalismo desarrollado contemporáneo en general que, en el caso extremo de Estados Unidos recién señalado, subraya la necesidad de prestar atención a las variaciones nacionales. La abundante y acalorada discusión académica sobre las causas de esta tendencia no ha alcanzado ningún consenso concluyente. Se ha centrado alrededor de tres grupos de variables: globalización, tecnología y política, y algunos de los argumentos expuestos han resultado ser más sostenibles que otros (OECD, 2011a: cuadro 2).

Parece que la creciente desigualdad del mundo rico de la OCDE no puede atribuirse a la «globalización» de la inversión extranjera y la apertura del comercio mundial. Otro aspecto importante de la conectividad del mundo contemporáneo, las migraciones, no se incluye en el cálculo de la OCDE. Probablemente, no se trate de un factor general determinante, pero el aumento sustancial de la emigración del mundo pobre a partir de 1970 bien puede haber añadido cierta presión descendente sobre las capas inferiores del empleo en Estados Unidos, aunque esta influencia en ningún caso puede considerarse decisiva, pues la explosión de desigualdad económica en dicho país se produjo en la década de los ochenta, años después de la oleada inicial de nueva inmigración y antes de la nueva oleada de los noventa (cf. Mishel *et al.*, 2009: 159 y ss.; Congressional Budget Office, 2011b: 12).

La tecnología es otro de los candidatos que compiten por el premio a la mejor explicación del aumento de la desigualdad, el favorito dentro de los círculos económicos mayoritarios. La nueva

«era de la información» electrónica ha incrementado la demanda y la productividad del trabajo especializado, reduciendo la demanda del menos especializado. Todo ello ha generado un mercado laboral polarizado, con mayor número de empleos muy cualificados y bien remunerados así como de empleos precarios y mal pagados, al servicio de la clase «creativa» anterior. Al mismo tiempo se ha reducido el número de puestos medios, tanto manuales como no manuales. Los datos empíricos respaldan la realidad de la tendencia actual hacia una polarización del mercado laboral. Eric Olin Wright (Wright y Rogers, 2011: 160 y ss.) y otros han confirmado esta tendencia en Estados Unidos, y otros trabajos sobre el mercado laboral de la UE en su conjunto han obtenido las mismas conclusiones para el periodo 1993-2006 (especialmente pronunciadas en el caso de Alemania y el Reino Unido pero no aplicables a Francia, que tuvo una cualificación general de su mano de obra) (Goos *et al.*, 2009: cuadro 2). En Estados Unidos, en concreto, los diferenciales de salario en función del nivel educativo aumentaron fuertemente a partir de 1979, especialmente en la década de los ochenta (Congressional Budget Office, 2011b: 8).

Los sociólogos radicales ponen un mayor énfasis en la coyuntura política, en las reformas políticas del mercado, y en particular en la ofensiva contra los sindicatos emprendida por algunos gobiernos y empresarios. El estudio oficial de la OCDE (2011a: cuadro 2) demuestra con creces la solidez de este punto de vista. La desregulación de los mercados de productos, que supone la reducción de la protección del trabajador y de los beneficios de desempleo, guarda correlación directa con el aumento de la desigualdad salarial, que se ve aun más agravada al ampliarse la precariedad laboral por el aumento de las opciones de empleo temporal y a tiempo parcial (OECD, 2011a: 32 y ss.). El estudio de la OCDE también confirma la influencia de la crisis de los sindicatos. La misma conclusión obtiene una investigación reciente, desarrollada en Estados Unidos por Volscho y Kelly (2012, figura 2), quienes afirman a través de modelos socioeconómicos estándar que el aumento de

apropiación de renta del 1 por ciento se ve en gran medida favorecido por el debilitamiento de los sindicatos.

Con el debido respeto por las diferentes investigaciones realizadas siguiendo las líneas de la globalización, la tecnología y la política, de las que personalmente he aprendido mucho, considero que todas ellas tienen limitaciones importantes. El concepto de globalización de la OCDE es demasiado estrecho para captar los cambios recientes en la economía planetaria. La hipótesis de la demanda de mano de obra tecnológicamente cualificada resulta demasiado anodina y no sirve para explicar la polarización extrema de la desigualdad más reciente (cf. Mishel *et al.*, 2013). Los argumentos políticos (todavía) no han conseguido mostrar ningún nexo causal entre, por ejemplo, la crisis de los sindicatos y las rentas desorbitadas de Wall Street (cf. Kaplan y Rauh, 2007: 6).

Me van a permitir que plantee una hipótesis, como hizo Simon Kuznets, arguyendo que un estudio analítico de las causas recientes de la desigualdad progresiva de renta en las naciones ricas debería precisar las dinámicas inmediatas que se producen en el fondo y en la cúspide de la distribución, para luego intentar relacionarlas con las dinámicas actuales del capitalismo mundial.

Hace cien años, los ingresos de las personas más ricas provenían de rentas generadas por *propiedades*, pero hoy en día proceden de las rentas del capital administrado —ya sean gestores de fondos de capital o directivos empresariales remunerados con acciones— y de inversiones de capital que complementan los ingresos de las clases medias-altas. El auge de los fondos de capital administrados por gestores de cartera es realmente asombroso. El cuadro 12 muestra de forma resumida la explosión de este tipo de inversiones en Estados Unidos.

CUADRO 12 Capital administrado por las 50 compañías más importantes del sector financiero estadounidense, 1972-2004

millones de dólares

1972	2.768
1987	29.636
2004	696.087

FUENTE: Kaplan y Rauh (2007: cuadro 2C).

El «sector financiero» está formado, esencialmente, por lo que los legos llamarían «banca de inversión»: Goldman Sachs y compañía. Los fondos de cobertura (*hedge funds* o fondos de alto riesgo) son otro tipo de fondos de inversión. En 1986, administraban 20.000 millones de dólares, en 2004, 934.000 millones (Kaplan y Rauh, 2007: cuadro 3a). También se ha producido un crecimiento de las empresas no financieras, incluyendo a los bufetes más prestigiosos, que han sextuplicado sus ingresos entre 1984 y 2004 (Kaplan y Rauh, 2007: 40).

A diferencia de los economistas de empresa que han recopilado la información anterior, yo no veo que esas cifras respalden la idea de un «cambio tecnológico que favorece la especialización», sino más bien de un «aumento de escala del capital».

Además de los datos de Estados Unidos, podemos aportar el ejemplo extraído de Suecia, país que los igualitaristas anglosajones, acostumbrados a sufrir, suelen considerar como un ideal. Suecia sigue siendo un país considerablemente menos indecente que la mayor parte del mundo rico de la OCDE, a pesar del reciente retroceso en ese campo. Sin embargo, partiendo de una base relativamente baja de desigualdad de ingresos, Suecia ha ampliado mucho su nivel de desigualdad desde la década de los noventa, con un incremento de 9 puntos del índice de Gini entre 1980 y 2008 (Björklund y Jäntti, 2011: 42), no muy lejos de los 12 puntos Gini de Estados Unidos, desde 1979 a 2007 (Congressional Budget Office, 2011a: 19). En el caso sueco, el principal motor de la desigualdad ha sido las rentas de capital, que suponen un tercio de los ingresos del

10 por ciento superior, aunque solo un 7 por ciento en el siguiente decil (Statistics Sweden, 2010: cuadro 39).

Con ayuda de Simone Scarpa, estudiante graduado de la Universidad de Linneo, Suecia, que ha realizado los cálculos a partir de la base de datos LISA de Statistics Sweden, he analizado la evolución de la renta del área metropolitana de Estocolmo entre 1991 y 2010. En dicho periodo, los ingresos del 80 por ciento menos rico de la población disminuyeron, mientras que el 10 por ciento más próspero aumentó su cuota proporcional del 25 al 32 por ciento. Las rentas de trabajo de estos últimos aumentaron, pero las del 40 por ciento peor pagado disminuyeron en términos absolutos. Pero lo que decidía los privilegios del 10 por ciento más rico eran las rentas de capital. En el periodo de estudio, dichas rentas aumentaron para este grupo un 282 por ciento, al mismo tiempo que *descendían* para los deciles nueve, ocho y siete y para los cuatro deciles más pobres. En 2010, el decil más rico de los ciudadanos de Estocolmo era el único con ingreso neto de capitales, equivalente al 38 por ciento de su renta disponible.

La causa inmediata del aumento de la desigualdad sueca es la inversión de capital ligada a la clase y el cambio de la Bolsa de Estocolmo, cuyo valor medio sufrió caídas entre 1960 y 1979, para remontarse posteriormente y superar a la de Nueva York un 10 por ciento cada año en las décadas de los ochenta y los noventa (Roine y Waldenström, 2012: 583). Los ingresos derivados del capital han crecido más en Suecia que en el resto de la Europa continental, constituyendo un 11 por ciento del total de la renta de los hogares en 2008 (Statistics Sweden, 2010: cuadro 39), frente a solo un 7 por ciento en Alemania y un 4 por ciento en Francia (OCDE, 2011a: Country Notes, Alemania, Francia).

En el otro extremo de la jerarquía de rentas, las causas inmediatas son diferentes. En Estados Unidos, el salario mínimo descendió de un valor equivalente al 45 por ciento del salario medio a cerca del 30 por ciento en 2004 (Mishel *et al.*, 2009: 211). El sindicalismo sufrió dos duros reveses en la década de los ochenta: el

despido de todos los controladores aéreos en huelga decidido por el gobierno de Reagan y la victoria de Thatcher sobre los mineros. Al mismo tiempo y paradójicamente, ambos políticos celebraban la lucha del sindicato Solidaridad y eran reverenciados por los anticomunistas polacos disfrazados de sindicalistas por un tiempo. La inseguridad del mercado laboral —vendida como «flexibilidad»— se convirtió en paradigma político y se recortaron las prestaciones por desempleo en duración y en cantidad.

Estas medidas fueron acompañadas de un aumento casi universal de las violaciones de los derechos laborales básicos desde mitad de la década de los ochenta hasta los primeros años del nuevo siglo (Mosley, 2011: 122 y ss.). En Europa, tanto oriental como occidental, los derechos laborales no se han visto tan mermados como en otras partes del mundo. Un importante estudio británico sobre el lugar de trabajo describe una combinación ambivalente de hechos que tuvieron lugar durante dicho periodo: mayor utilización de las capacidades de los trabajadores y reducción de la inseguridad laboral durante el auge económico del inicio del milenio, acompañados de una caída de la negociación colectiva y de la autonomía del trabajador y un efecto neto negativo de la «gestión participativa», con un aumento de la ansiedad. La introducción del salario mínimo nacional por parte del gobierno laborista y sus incrementos posteriores parece ser la mejor explicación del nuevo modelo de crecimiento salarial del periodo 1996-2003, cuando el 10 por ciento más bajo de los salarios creció por encima de la media salarial (Brown *et al.*, 2009: 175, 202, 354). Los empleos peor remunerados experimentaron una tendencia positiva similar en Estados Unidos en los noventa, cuando se restauró de forma temporal el salario mínimo (Mishel *et al.*, 2009: 156, 211).

El proceso igualatorio experimentado recientemente en Latinoamérica tiene características opuestas al recorrido por Estados Unidos en las últimas décadas, ya que ha significado un apoyo a los pobres y a quienes ocupan los peldaños más bajos de la pirámide del mercado laboral. En estos países, la educación se ha extendido a

todas las capas populares, ha aumentado el salario mínimo y se han ampliado los subsidios sociales. Los diferenciales de cualificación de los salarios se han reducido. Programas sociales específicos han liberado a muchas personas de la pobreza extrema, han incrementado la escolarización y mejorado la salud infantil (Lustig *et al.*, 2012a, b). No obstante, la disminución general de la desigualdad ha sido modesta, excepto tal vez en Venezuela, porque poco se ha hecho en la cúspide de la pirámide para limitar la opulencia arraigada del 10 por ciento más rico y su dictadura sobre el Estado, que todavía ejerce políticas redistributivas muy inferiores a las del gobierno de Estados Unidos (véase el cuadro 6).

La participación de las rentas del trabajo en el valor añadido ha disminuido en todo el mundo desde aproximadamente 1990, pero al contrario de lo que sugieren los modelos de globalización más simples, esta reducción ha sido mayor fuera del núcleo del capitalismo, los países de la OCDE. Las mayores pérdidas se han producido en el norte de África y en Oriente Próximo, en África subsahariana y, curiosamente, en Latinoamérica (OECD, 2012: 71).

Es decir, el lado superior de la desigualdad intranacional está motivado fundamentalmente por la expansión y concentración del capital y el lado inferior tiene su origen en las políticas designadas para mantener a los pobres sometidos y obligarles a aceptar cualquier imposición.

Estas dos pinzas de la desigualdad actual son producto de las transformaciones recientes del capitalismo mundial, cuyo núcleo está sometido a una reestructuración histórica. Todo comenzó con un cambio tecnológico cuyo objetivo era la desindustrialización, que puede observarse en las estadísticas laborales de la OCDE a partir de 1965, y se aceleró tras la primera crisis del petróleo, en 1973-1974. Poco después, a partir de la década de los ochenta, tuvo lugar una espectacular financiarización del capitalismo desarrollado, promovida, al menos en parte, por la desregulación de los mercados de divisas y de las operaciones bursátiles (el Big Bang de la City londinense de 1986).

La desindustrialización y la expansión de las fuerzas productivas privadas facilitada por la electrónica redujeron los recursos de la fuerza de trabajo, su concentración y su cohesión. La responsabilidad moral de las últimas derrotas de los trabajadores puede achacarse a los empresarios y a los políticos empeñados en estrujar la mano de obra como a un limón, pero la explicación de por qué han tenido la capacidad de hacerlo es otra cuestión, más relacionada con las transformaciones estructurales. Probablemente, una de las razones fundamentales es la feroz espiral de crecimiento de la desigualdad de recursos y lo que anteriormente identificamos como dictadura política. La desindustrialización y la gestión electrónica debilitan la cohesión y el tamaño de la fuerza de trabajo, la financiarización y la transnacionalización del capital amplían los recursos de poder del capital, y el proceso político se inclina a favor de este último, creando nuevas políticas que le favorecen, lo que, a su vez, refuerza los dictados del capital y los hace más severos.

Aparte de su cambio estructural intrínseco hacia la desindustrialización y la financiarización, el capitalismo mundial también ha aumentado enormemente su alcance con la incorporación de la mayor parte de las economías anteriormente comunistas al mercado mundial. Solo la entrada de los trabajadores chinos a dicho mercado supone un incremento superior al doble de la mano de obra existente en los países de la OCDE (OECD, 2007: cuadros 1.2, 1.A, 1.3). La relación global capital-mano de obra no puede quedar al margen de dicha reestructuración, inclinándose hacia el lado del capital, a pesar de que en los últimos años —como Marx habría predicho— la súbita acumulación de capital chino haya también reforzado a la fuerza de trabajo de aquel país y aumentado sus reivindicaciones.

La financiarización, los fondos de inversión y las actuaciones «estelares» amplificadas por la era digital han favorecido la desigualdad, provocando una enorme distanciación entre los más ricos y el resto de la población. En la base de la pirámide, la exclusión política (o la reducción) de las protecciones sociales y la

nueva jerarquización gerencial (junto con el debilitamiento de los sindicatos) han empujado aún más al fondo a los estratos sociales más vulnerables.

La contracorriente del género

La distribución de la renta, sin embargo, no solo tiene que ver con el capitalismo sino también con las relaciones existenciales, sobre todo, como es evidente, con las relaciones entre la mitad masculina y la mitad femenina de la humanidad. En este sentido, la desigualdad de renta está evolucionando, lentamente, a contracorriente. A escala mundial, la participación de las mujeres en el trabajo remunerado ha cambiado poco en los últimos diez años, a pesar de los avances producidos en Latinoamérica, manteniéndose en dos tercios de la participación masculina. En Oriente Próximo y en el norte de África sigue siendo poco más de un tercio del mercado laboral masculino; en Asia meridional, alrededor de un 40 por ciento (ILO, 2010: cuadro A8).

Pero la brecha salarial se está reduciendo prácticamente en todas partes, con cambios muy importantes en Japón y en México, si bien es cierto que el punto de partida era muy alejado. Los salarios de las mujeres en todo tipo de empleos están ahora en torno al 85-90 por ciento de los de hombres en muchos países, de Tailandia a Rusia o al Reino Unido, cayendo al 81-82 por ciento en Brasil y Estados Unidos. En 1973, los sueldos medios de las mujeres estadounidenses eran apenas el 63 por ciento de sus equivalentes masculinos, una situación ligeramente peor que la de las mujeres surcoreanas hoy en día (dos tercios de los ingresos de los hombres) (UN, 2010: 96 y ss.; Estados Unidos: Mishel *et al.*, 2009: 178).

En el Reino Unido, el desfase salarial de género para empleos a tiempo completo descendió del 17 al 12 por ciento entre 1998 y 2009 (Office of National Statistics, 2010: 66).

1 El Índice de Desarrollo Humano es un índice compuesto que valora la esperanza de vida, la educación y la renta nacional per cápita.

2 Se trata de la ratio entre los ingresos de las personas en el percentil 80º (rico) de la población y los de quienes están en el percentil 20º (pobre).

CAPÍTULO 8

TRES INTERROGANTES DE LA DESIGUALDAD CONTEMPORÁNEA

La evolución histórica reciente y los modelos existentes en el mundo actual nos plantean tres grandes interrogantes. ¿Por qué los estados del bienestar del norte de Europa no han podido manejar con más acierto la desigualdad vital? ¿Por qué se redujo tanto la desigualdad existencial tras la Segunda Guerra Mundial? ¿Existe alguna conexión entre los avances hacia la igualdad internacional de renta y el aumento de la desigualdad intranacional? Hasta el momento, ninguno de ellos ha recibido la suficiente atención de los eruditos.

¿Por qué los estados nórdicos del bienestar no han conseguido la igualdad vital?

Una serie de estudios ha demostrado que los países nórdicos, con una relativa igualdad socioeconómica y existencial, no se han distinguido por conseguir una igualdad vital entre clases a pesar de ciertos avances (Kunst, 1997; Mackenbach *et al.*, 1997; Mackenbach *et al.*, 2008) y de su muy respetable historial en seguridad social e igualdad social. Los resultados alcanzados en términos de mortalidad neonatal y mortalidad infantil les colocan en el segundo puesto mundial, solo por detrás de Japón. Pero en lo que se refiere a la mortalidad adulta prematura, anterior a los sesenta años, el panorama es más irregular. Suecia vuelve a contar con el mejor registro —junto con Suiza—, Noruega no está mal situada, pero la mortalidad adulta prematura de Dinamarca es superior a la media de

Europa occidental, tanto en hombres como en mujeres, aunque inferior a la del Reino Unido. Las mujeres finlandesas coinciden con la media europea, pero los hombres sufren casi tantas muertes prematuras como los estadounidenses y tienen la escala de desigualdad social más pronunciada de Europa (Rajaratnam *et al.*, 2010: 1710-12).

La principal causa de la mortalidad adulta prematura en Europa (y particularmente en Europa occidental), y del riesgo social desigual de experimentarla, son las enfermedades cardiovasculares y, entre ellas, especialmente la cardiopatía isquémica, un insuficiente riego sanguíneo del corazón (Mackenbach *et al.*, 2008: cuadro 8). Incluso los legos en la materia como yo mismo conocen las principales causas inmediatas de las enfermedades cardíacas y coronarias: el tabaco, las grasas animales, el colesterol, la obesidad, la falta de ejercicio, etc. Pero su configuración social no es tan bien conocida, sin olvidar las conclusiones del espléndido estudio sobre salud en los funcionarios del gobierno británico. La mortalidad debida a enfermedades coronarias se correspondía paso a paso con la jerarquía burocrática, incluso una vez efectuados controles sobre la edad, el tabaco, la presión arterial sistólica, la concentración de colesterol en plasma, el peso y el azúcar en sangre (Marmot, 2004: 45). Cuanto más baja era la posición en la jerarquía burocrática, mayor era el riesgo de sufrir una muerte prematura.

Como no soy médico, me abstendré de mayores especulaciones sobre las causas de la muerte. Pero la respuesta a por qué los relativamente igualitarios estados del bienestar nórdicos han tenido tan poco éxito en la reducción de la desigualdad vital es más socioeconómica que médica.

A diferencia de los otros dos tipos de desigualdades, la desigualdad vital es poco conocida. En el caso de la igualdad existencial y la de recursos, es habitual que los más desfavorecidos sean plenamente conscientes de su carencia, pero no sucede así con la desigualdad vital. El movimiento de los trabajadores del siglo XIX afirmaba que la emancipación de la clase obrera debía ser fruto del

trabajo de esa misma clase obrera. Es cierto que muchos movimientos sociales han luchado por lo que aquí denominamos igualdad vital. Desde los disturbios por el pan que dieron inicio a la Revolución rusa de Octubre, hasta las revueltas en África contra la subida del precio de los alimentos causada por los «ajustes estructurales» impuestos por el FMI en los ochenta, ha habido luchas por una vivienda decente, por el acceso a la sanidad y contra la destrucción medioambiental local causada por la industria o los ejércitos. Sin embargo, en general, los más vulnerables a menudo desconocen cuál es la mejor alimentación o los mejores tratamientos médicos para sus hijos y qué dieta y «estilo de vida» son los más saludables (especialmente ahora, que la ciencia médica avanza continuamente).

Esta asimetría de información es incluso más profunda. Recientemente, la ciencia médica ha descubierto el tremendo impacto psicosomático (que puede llegar a ser letal) de las jerarquías sociales y de la combinación de presiones externas y falta de control sobre la situación laboral o vital de uno mismo. Este conocimiento apenas ha traspasado todavía las fronteras de los especialistas en medicina social.

Las limitaciones del conocimiento de los profanos se ven acentuadas por la falta de opciones alternativas. Para muchos, no se trata de escoger entre un trabajo saludable y un trabajo que conlleve riesgos, sino entre un mal trabajo o la imposibilidad de trabajar. Y el desempleo aún es más pernicioso para la salud (recuerde lo tratado en el capítulo 1). Además, algunos de los medios utilizados para sobrellevar a corto plazo una vida miserable tienen consecuencias directas sobre la salud a largo plazo: los dulces, las grasas, la nicotina, las dosis de alcohol para el olvido momentáneo, las drogas narcóticas. Se ha constatado que el placer de un cigarrillo es el único pequeño lujo que se permiten muchas madres solteras pobres.

Por otra parte, los empleos físicamente peligrosos o insalubres actúan bajo una asimetría positiva de información. Quienes tienen

que realizarlos son los primeros en conocer sus riesgos. La seguridad laboral (*Arbeiterschutz*, o protección de los trabajadores) fue una de las mayores preocupaciones de los primeros movimientos obreros, y los seguros frente a accidentes laborales y las indemnizaciones a los trabajadores, uno de los primeros objetivos de la legislación laboral. Pero resulta difícil construir y sostener un movimiento social (y elaborar una agenda política que sea factible) sobre la base de mecanismos médicos que actúan a largo plazo y que no terminan de entenderse del todo bien. El proceso actual de sustitución de los ejércitos de masas de la era industrial por fuerzas mercenarias expertas en alta tecnología también ha eliminado una de las razones históricas por las que las élites políticas prestaban atención a la salud de la población. Hace más de un siglo, la desastrosa Guerra de los Bóeres, y el hecho de que el 40 por ciento de los ciudadanos británicos que se presentaban voluntarios para el ejército imperial fuera considerado físicamente inútil para el servicio, hizo que el gobierno conservador de Balfour nombrara en 1904 una Comisión Interdepartamental para el estudio del deterioro físico (Frijters *et al.*, 2009: 41).

Es más sencillo cuando puede culparse de dicho deterioro a una sustancia específica, como el asbesto, la nicotina o el alcohol. Se pueden prohibir las sustancias peligrosas sin efectos embriagantes y mantener bajo control los estimulantes peligrosos mediante su regulación y una política de precios elevados. Pero la ilegalización no suele funcionar con estos últimos, como debería saberse desde los tiempos de Al Capone, aunque los políticos que deben tomar las decisiones no parecen haberse dado por enterados, según demuestra la actual guerra contra el narcotráfico. La gente de las clases populares no suele escuchar a las élites políticas, ni siquiera cuando parecen tener razón, como pasa con el tabaco o con las grasas, pues ha aprendido desde tiempos inmemoriales que no hay que tragarse todas las opiniones de las clases altas.

Todo lo anterior no es incompatible con la hipótesis verosímil de que los políticos sociales nórdicos han tenido que afrontar retos

culturales mayores que sus colegas mediterráneos. Aparentemente, la fuerte correlación actual entre enfermedades cardiovasculares y estatus social bajo es un fenómeno reciente, identificado por primera vez en Estados Unidos en la década de los cincuenta, que se extendió al norte de Europa en los sesenta y no alcanzó el sur de Europa hasta los ochenta (Kunst, 1997: 168 y ss.; Valkonen, 1998: 287 y ss.). Las grasas animales, el tabaco y la vida sedentaria han sido tradicionalmente privilegios de los más opulentos. Resulta una ironía histórica que cuando este tipo de consumo se puso al alcance de las clases populares, como manifestación de una modesta prosperidad, la ciencia médica empezara a decir a las élites que dichos hábitos eran poco saludables y peligrosos. El problema fue mayor en el norte y el este de Europa que en la región mediterránea a causa de las distintas culturas culinarias. El consumo de aceite de oliva, verduras y pescado ha facilitado que la incidencia y las desigualdades sociales en salud (o gradientes, como se les denomina en la medicina social) sean menores en la Europa meridional. En Suecia, el número de muertes prematuras causadas por enfermedades cardiovasculares aumenta en 309 casos al año por cada 100.000 personas entre quienes tienen educación básica frente a quienes tienen educación superior; en Francia en 232; en España, el promedio en tres provincias es de 47.

Las muertes causadas por el tabaco y el alcohol están menos marcadas por la clase social en los países escandinavos que en Europa meridional, lo que puede interpretarse como el resultado de políticas públicas acertadas, especialmente si se consideran los antecedentes históricos de Suecia en relación con la cultura del vodka del norte de Europa. En el otro extremo se encuentran los finlandeses, con la mayor desigualdad en mortalidad cardiovascular de Europa occidental, la segunda mayor desigualdad en cuanto a muertes producidas por el tabaco y la tercera en las relacionadas con el alcohol. Los países del este y centro de Europa, de Eslovenia a Estonia, tienen una mayor desigualdad letal que los de Europa occidental, incluyendo Finlandia, en casi todos los casos. La única

excepción significativa es la de las muertes cardiovasculares en Eslovenia, un país mediterráneo con un diferencial de mortalidad de clase de 405, equivalente al de Suiza y el Reino Unido (Mackenbach *et al.*, 2008: cuadro 2; datos de mortalidad de los noventa en Europa occidental y de 1995-2005 en Europa central-oriental).

Un analista ingenuo que estudie el crecimiento de la desigualdad vital de los países del Atlántico norte puede llegar a la conclusión de que lo que vemos no es sino un aumento transitorio de la misma. Los conocimientos sobre la salud han llegado antes que nada a las clases altas y, más tarde o más temprano, acabarán alcanzando a las clases populares, lo que llevará a una reducción de la desigualdad. Es decir, que se producirá una especie de curva de Kuznets médica. Aunque no podemos excluir a priori esta hipótesis, que obviamente entra dentro de lo posible, la siguiente pregunta sería: ¿cuántas personas tendrán que morir antes de que sea «más tarde o más temprano»? Pero los recientes aumentos significativos de la desigualdad vital, desde la Europa poscomunista hasta Estados Unidos, pasando por Finlandia, sugieren que la hipótesis es poco probable. La propia curva original de Kuznets ha quedado obsoleta en la economía capitalista contemporánea, que ha disparado la desigualdad de renta en la mayor parte de los países desarrollados del mundo.

¿Por qué ha avanzado tanto la igualdad existencial?

El avance de la igualdad existencial en el mundo es uno de los grandes triunfos del último medio siglo, aunque esté lejos de completarse y no sea irreversible en todos los lugares. Se han conseguido enormes progresos en la igualdad de raza, género, relaciones sexuales y relaciones entre colonos y pueblos indígenas. Las personas discapacitadas han podido salir de su encierro y cuentan con derechos y apoyos. ¿Cómo se han logrado estos grandes avances? ¿Por qué repentinamente el igualitarismo existencial ha conseguido un éxito tan particular?

De alguna manera, todo comenzó en 1945. Es cierto que las revoluciones atlánticas contra la monarquía y la aristocracia de finales del siglo XVIII y comienzos del XIX, que tanto inquietaron a Alexis de Tocqueville, el aristócrata liberal francés admirador de Estados Unidos, constituyeron un hito histórico de igualdad existencial. Pero en la Europa todavía hegemónica persistían los *anciens régimes*, tal y como nos recuerda Arno Mayer (1981), desde Londres a San Petersburgo. Al espíritu cosmopolita de la Ilustración le sucedió un racismo imperial cada vez más agresivo que culminó en las políticas bélicas de las potencias del Pacto Antikomintern que condujeron a la Segunda Guerra Mundial. Si hubieran ganado la guerra, el éxito de la igualdad existencial se habría retrasado por lo menos un siglo.

La derrota total de la Alemania nazi, el Japón militarista y la Italia fascista estableció el escenario de una nueva etapa histórica. Su pieza más depurada fue la Declaración Universal de los Derechos Humanos de la ONU, adoptada en diciembre de 1948, producto de un puñado de abogados imaginativos, guiados por las habilidades diplomáticas de Eleanor Roosevelt (Glendon, 2001). En aquella época no era más que una visión angelical de un mundo diferente en donde «la raza, el color, el sexo, el idioma, la religión, las opiniones políticas o de otra índole, el origen nacional o social, la posición económica, el nacimiento o cualquier otra condición» no tuvieran ninguna influencia sobre los derechos (artículo 2.1). Su artículo sobre la libertad de matrimonio de los adultos «sin restricción alguna por motivos de raza, nacionalidad o religión» y la «igualdad de derechos [...] durante el matrimonio» (artículo 16.1) respondía entonces más a un deseo liberal que a un objetivo de la alta política. En 1948, solo los países escandinavos contemplaban por ley dicho enunciado. Los matrimonios concertados eran abundantes en África y Asia, frecuentes en los Balcanes y en la América andina. En Estados Unidos un gran número de estados prohibían el matrimonio interracial y Grecia y los países musulmanes prohibían los interreligiosos. La Unión Soviética, el único país fuera de

Escandinavia que proclamaba la igualdad de derechos dentro del matrimonio, estaba restringiendo cada vez más los matrimonios inter-nacionales. En la mayoría de los países, incluyendo los europeos al sur de Escandinavia, las leyes refrendaban el dominio del marido dentro del matrimonio (véase más en Therborn, 2004).

El bonito decorado tenía pocos actores igualitarios en escena. En muchos aspectos, la rendición total de la Alemania nazi no supuso el auténtico inicio. Y, aunque parezca mentira, el abogado que redactó las leyes antijudías de Núremberg, Hans Globke, nunca fue juzgado y sobrevivió a la nueva era, actuando como asesor entre bastidores del canciller Adenauer de Alemania Occidental.

El racismo imperial y el imperialismo racista volvieron a la carga inmediatamente, como si Auschwitz fuera de otro planeta. Los franceses, particularmente, no dieron la impresión de estar muy preocupados por cualquier noción de derechos humanos. Hicieron todo lo posible por reconquistar sus colonias y desde el primer momento se dedicaron a masacrar cualquier protesta de los nativos —ya fueran manifestantes argelinos en Sétif o soldados senegaleses amotinados por el impago de salarios— incluso con anterioridad a 1945 (Therborn y Bekker, 2012: 198). Los británicos se dieron cuenta de su incapacidad de resistir en la India, pero se enfrascaron en feroces guerras coloniales en Malaca (Malasia) y en Kenia, creando en Malasia campos de concentración al estilo de la Guerra de los Bóeres y practicando torturas sádicas en Kenia, como recientemente reconocieron con retraso los tribunales británicos. Los holandeses intentaron reconquistar Indonesia y los belgas regresaron al Congo.

En Estados Unidos, la mayor parte del racismo institucional permaneció intacto al acabar la guerra, de manera oficial en el Sur y de facto en el Norte, aunque el ejército eliminó oficialmente la segregación en 1948. Sin embargo, en teatros, cines, hoteles y restaurantes se mantuvo la segregación racial, en el estado de Washington hasta inicios de los años cincuenta. En la Unión Soviética se produjo un súbito estallido de antisemitismo oficial en

los últimos años de Stalin, que alcanzó incluso a Olga Molotova, esposa del siempre leal ministro de Asuntos Exteriores de Stalin.

Pero la mejor muestra de que 1945 no fue realmente el inicio del igualitarismo existencial es lo que aconteció en Sudáfrica. En este país, la posguerra significó el triunfo del racismo más furibundo de la historia imperial. El Partido Nacional, del que formaban parte corrientes que simpatizaban con los nazis desde la guerra, ganó las elecciones (blancas) de 1948 y las posteriores, creando el sistema de *apartheid* que separaba a la raza blanca, considerada superior, del resto de razas en todos los ámbitos de la vida, de la política a los bancos, los parques o las playas. Sin llegar a ser un genocidio, porque los gobernantes sudafricanos dependían del trabajo subyugado de los negros, el *apartheid* fue la doctrina racista más elaborada que jamás se ha puesto en práctica. El despiadado racismo que regía en Sudáfrica desde la década de los cuarenta no encontró ningún rechazo internacional hasta los sesenta (cuando se produjo la masacre de Sharpeville) y solo tuvo que enfrentarse a un duro aislamiento acompañado de sanciones desde finales de los setenta.

La igualdad existencial depende fundamentalmente de la fuerza de los propios desfavorecidos y de las luchas que estos acometan. Pero quienes estudian el cambio social deben prestar atención tanto a los acontecimientos desencadenantes o culminantes como a la acumulación de la fuerza social. El Tribunal Supremo de Estados Unidos dictaminó en 1954, en el caso de Brown contra la Junta de Educación, la inconstitucionalidad de la segregación racial en las escuelas, lo que significó un punto de inflexión de las relaciones entre razas en Estados Unidos, no por la propia sentencia, sino por el movimiento social y político que desencadenó. La resistencia del racismo a lo largo de más de un decenio fue feroz, violenta y tenaz, tanto por parte de la policía local y los gobernadores de los estados como por los grupos de linchamiento y escuadrones de la muerte. Pero en el contexto de la Guerra Fría, el gobierno federal comprendió que tenía que defender la constitución y la reputación

internacional de Estados Unidos. En 1957 envió tropas federales a Little Rock, Arkansas, para proteger el nuevo derecho constitucional que garantizaba una escolarización no segregada. Pero esa decisión no puso fin al asunto y la violencia continuó. Hasta mitad de la década de los sesenta, el gobierno federal, la policía y el Congreso no pusieron todo su empeño en hacer cumplir la ley. A lo largo de esta prolongada batalla surgió un amplio movimiento a favor de los derechos civiles, que luchó contra la humillación racial en el transporte público y contra el rechazo racista al derecho de voto de los afroamericanos. Finalmente lo consiguieron a finales de los sesenta, casi dos siglos después de que la Declaración de Independencia proclamara la «evidencia por sí misma» de que «todos los hombres son creados iguales».

El año 1945 significó la conquista del voto para las mujeres en Europa mediterránea y, gradualmente, en Latinoamérica, una magnífica constitución y leyes sobre la familia en Japón y un avance histórico de los derechos sociales y familiares en Europa oriental. La Revolución comunista china desencadenó un cambio espectacular de las normas familiares y de género que, ante la fuerte resistencia del campesinado patriarcal, necesitó de una generación para llevarse a cabo (Therborn, 2004: 92 y ss.).

La igualdad existencial no puede conseguirse sin fuerza social, sin una lucha social sostenida. ¿De dónde surgió dicha fuerza y cómo fueron las luchas que condujeron al triunfo?

El contexto internacional cada vez era más favorable. Los comunistas contaban con su programa revolucionario extraído de los clásicos del marxismo y la ocupación de Japón por parte de Estados Unidos tenía como objetivo erradicar las raíces sociales del militarismo japonés, algo que, por afortunado accidente, incluía un lado feminista. La descolonización iba avanzando, mediante guerras y arduas negociaciones, aumentando los asientos de la ONU y reduciendo el espacio global para el racismo. A pesar de no ser particularmente igualitario ni un modelo para los derechos humanos, el bloque comunista, cada vez más amplio y más influyente, tuvo un

impacto positivo en el proceso hacia la igualdad existencial en el mundo por su componente antirracista y no patriarcal. En el ámbito de la competencia por la hegemonía global, el racismo interno y el respaldo a regímenes racistas como el sudafricano comenzaron a pasar factura. La igualdad de género y la igualdad en las relaciones familiares todavía no eran un activo hegemónico. Sin embargo, formaron parte de astutas maniobras diplomáticas que produjeron importantes avances igualitarios. Uno de los más significativos fue la Conferencia para la Mujer auspiciada por la ONU en 1975 en México, que obtuvo un tremendo éxito y mucha influencia posterior. Tuvo su origen en una iniciativa de la Federación Democrática Internacional de Mujeres, organización comunista asociada a la ONU (véase Therborn, 2004: 76). La Convención sobre los Derechos del Niño surgió en un contexto similar, a iniciativa del politburó polaco, con la intención de impulsar el emergente interés internacional por los derechos humanos en una dirección diferente a partir de la vieja tradición de pediatría progresista existente en Polonia antes de la guerra (Therborn, 1996: 42).

Pero también resultaron decisivos los acontecimientos internos de cada país. El extraordinario crecimiento de la economía industrial y de servicios que tuvo lugar en la posguerra liberó a grandes áreas campesinas de Sudamérica (y posteriormente de Sudáfrica) de las antiguas relaciones amo-esclavos. Aumentó el empleo negro industrial y urbano y se extendió la educación básica. En Sudáfrica, la escasez cada vez mayor de mano de obra industrial blanca redujo la discriminación laboral desde finales de la década de los sesenta (Seekings y Nattrass, 2006: 20).

También se amplió el acceso a la educación secundaria y superior, lo que permitió a los grupos oprimidos contar con portavoces y cuadros bien informados. El núcleo del movimiento estadounidense por los derechos civiles estaba formado por estudiantes universitarios, que crearon una vanguardia intrépida en el Verano de la Libertad de 1964. El movimiento feminista adquirió su carácter de masas con las estudiantes universitarias y jóvenes profesoras. El

Frente de Liberación Gay y el lesbianismo organizado también surgieron de movimientos estudiantiles y del espíritu de 1968.

Del mismo modo, la nueva fuerza de los pueblos indígenas se relaciona en ocasiones con la aparición en su seno de defensores de la causa con educación moderna para hablar en su nombre. Pero pocas veces habían tenido que participar en la economía moderna hasta que la industria minera se interesó por sus yacimientos, de la India a Perú. En este caso, lo que ha cambiado su situación es la posibilidad de conectarse con el resto del mundo, a escala nacional o global, mediante la comunicación electrónica y el trabajo de organizaciones internacionales, en ocasiones vinculadas a la ONU o al Foro Social Mundial.

Son la fuerza y la lucha, en una coyuntura global favorable, las que han conseguido hacer avanzar la igualdad existencial en el mundo. El contraste con las condiciones de desigualdad de renta de las últimas décadas es enorme. Debilitados por la desindustrialización, la terciarización, la crisis sindical, los programas neoliberales, las derrotas cruciales en las luchas sectoriales, y burlados por los impulsores del shock neoliberal tras la implosión del comunismo, incluso el poderoso sindicato polaco Solidaridad se convirtió en un espectro. El contexto internacional de financiarización y neoliberalismo agresivo ha sido la causa del retroceso de la igualdad de renta.

Las cosas se complican ligeramente y se vuelven más interesantes cuando consideramos las políticas y temporalidades divergentes de la desigualdad de recursos y la existencial. La igualdad existencial sigue avanzando en la mayor parte del mundo, incluyendo el territorio neoliberal de la OTAN. El impresionante aumento de la desigualdad económica en Estados Unidos creó las bases para la elección del primer presidente negro de su historia, y las brechas de género y raza en cuanto a renta se han visto empujadas por los excesos del 1 por ciento. En 2010, la renta media de los hogares afroamericanos era un 38 por ciento menor que la de los hogares blancos, motivo suficiente para alarmar a los

igualitarios pero inferior al 42 por ciento de diferencia existente en 1980. A las mujeres les ha ido mucho mejor, al conseguir reducir el diferencial del 40 por ciento en 1980 al 23 por ciento en 2010 (Noah, 2012: 44-45). En los territorios del capitalismo avanzado, el periodo 1945-1980 supuso un avance hacia la igualdad. A pesar de la derrota total del racismo nazi en 1945, la igualdad racial solo consiguió echar a andar en los sesenta, cuando las prudentes iniciativas lanzadas por Estados Unidos en los cincuenta dejaron de ser contrarrestadas por un *apartheid* cada vez más agresivo y cuando comenzó la descolonización africana. El proceso hacia la igualdad de recursos empezó justo después de la Segunda Guerra Mundial, continuando el iniciado durante el conflicto bélico.

Resumiendo, ¿cuál es el motivo de que, hasta ahora, la tendencia hacia la igualdad existencial se haya mantenido pero no haya ocurrido lo mismo con la encaminada a la igualdad de recursos? Una diferencia básica entre ambas es que la segunda se asemeja a un juego en el que uno gana y otro pierde y la primera no necesariamente. La desigualdad de recursos supone un control desigual de los mismos, mediante el cual es posible comprar todo lo que uno desee, desde objetos sexuales hasta mansiones exclusivas frente al mar o influencia política. El privilegiado beneficiario de la desigualdad existencial sabe que puede disfrutar de la sumisión de sus subordinados y confía en que quienes no son dignos de privilegios se mantengan en su sitio. Pero si se produjera una igualdad de renta, perdería sus ventajas sobre los demás, su capacidad para organizar fiestas «bunga-bunga» al estilo de Berlusconi, mantener un jet privado o una isla propia en el Caribe. La igualdad existencial, por el contrario, no cambia por sí misma las ventajosas condiciones de vida de los potentados, a menos que sean unos sádicos. Todo el mundo tiene derecho a ver realizado sus sueños en la vida, y el hecho de que una madre soltera lesbiana y negra o un cazador de focas inuit tengan su oportunidad no afecta a la vida que se desarrolla en el centro de Washington o en los condados más opulentos del Reino Unido. Además, la discriminación

existencial de renta no sirve de nada al capital financiero, ya que las gratificaciones de los banqueros no se ven en peligro por el hecho de que aumente la renta media de los negros o de las mujeres.

Hay una excepción a esta condición de la desigualdad existencial, la que se basa en lo que Charles Tilly (1998) denominaba categorías binarias; es decir, cuando la superioridad de una categoría procede de la inferioridad de otra. Ese era el caso en las relaciones raciales del sur de Estados Unidos y de África, en donde la riqueza y buena vida de los blancos dependía de la mano de obra barata y de la miseria de los negros. De ahí la feroz resistencia al cambio de los primeros, que pudo vencerse cuando la relación de recursos evolucionó, inclinando la lucha en una nueva dirección. En las actuales economías industriales y posindustriales, dicho binomio, basado en la explotación racial, ya no es relevante, aunque las llamadas «clases creativas» de los países más industrializados aumenten progresivamente su dependencia de los inmigrantes a su servicio, como ocurre en los países del Golfo, en Hong Kong y Singapur. Pero la riqueza de estos «creadores» del universo no proviene del trabajo de sus servidores.

No entraremos ahora a explorar hasta qué punto la superioridad masculina del pasado se basaba en la explotación correspondiente de las mujeres. Pero el enriquecimiento actual de los hombres se ve poco afectado por los derechos de la mujer. Puede que algunos profesionales se resientan de la competencia con las mujeres, lo que crea cierta resistencia masculina, pero al mismo tiempo también se benefician económica y socialmente, cada vez con mayor frecuencia, de los éxitos económicos de sus esposas.

Muchas personas pueden sentir cierta irritación cultural por verse obligadas a aceptar que los pueblos indígenas tengan su propia historia y su propia cultura, o que los homosexuales gocen del mismo derecho a la sexualidad que el resto de los ciudadanos. Algunas pueden ofrecer cierta resistencia ante la nueva situación, pero para muchas otras, especialmente las pertenecientes a la élite acaudalada urbana de la administración neoliberal, ello no constituye

un gran problema (y además les permite afirmar su espíritu ilustrado).

La desigualdad existencial ha sido una plaga en la historia moderna y en la antigua. Su dismantelamiento en los últimos años es un gran avance de la humanidad. El progreso conseguido ha sido posible porque se ha desvinculado de la desigualdad de recursos. Una vez aislada, con la progresiva desaparición del respaldo económico al racismo, sexismo, etc., contra personas unidas frente a la humillación, la desigualdad existencial ha tenido dificultades para mantenerse, ya que, además, las élites políticas han visto en todo ello una posibilidad de igualitarismo exenta de costes. También se ha beneficiado del silencio que rodea a cuestiones más profundas y polémicas como la correlación entre jerarquía y muerte.

¿Hay alguna conexión entre la reciente convergencia internacional y la desigualdad intranacional?

El mayor avance hacia la igualdad económica intranacional de la historia moderna en los países ricos de la OCDE (Atlántico norte, Japón y Oceanía) terminó alrededor de 1980. Aproximadamente al mismo tiempo (las fechas exactas dependen de los diferentes tipos de estimaciones), la desigualdad internacional y global empezó a disminuir, tras un ascenso continuado de casi dos siglos. ¿Qué relación existe, si es que la hay, entre ambos hechos?

No se debe caer en la tentación de culpar al chivo expiatorio de la «globalización». Los datos disponibles apuntan a que se trata de evoluciones coincidentes, o como mucho relacionadas de manera indirecta.

El aumento de la desigualdad económica en el mundo, medida en términos de renta nacional per cápita ponderada por la población, que comenzó al inicio del siglo XIX, se moderó después de la Segunda Guerra Mundial. No obstante, la polarización entre los países ricos y los más pobres continúa acentuándose hasta hoy en día. Los países que más han influido en el proceso igualatorio son

China y la India, países pobres con crecimiento rápido. El fin del crecimiento de la desigualdad global se produjo en torno a 1950, en la época de la independencia de la India y de la Revolución china. En ese nadir, el PIB per cápita chino era equivalente al del año 1 de la era cristiana (!), y el de la India estaba entre los valores de 1873 y de 1903 (Maddison, 2007: cuadro A7). El salario real de la India urbana podía ser inferior al de Agra en 1595 (Allen, 2005: 121). El crecimiento económico anual per cápita fue negativo tanto en la India como en China entre 1913 y 1950, y anteriormente había sido más o menos nulo. A partir de entonces, las grandes economías asiáticas comenzaron a crecer, un 2,8 por ciento anual en China y un 1,4 en la India. El periodo posterior a la revolución o la independencia (1950-1973) supuso el fin del declive económico, con valores de crecimiento algo superiores a las diferencias en PIB per cápita entre la etapa preliberal (1973-1990) y la neoliberal (1990-2003), tanto para China como para la India (Maddison, 2007: 171, 382-383). En realidad, el tan cacareado efecto de crecimiento de la liberalización india de 1990-1991 produjo un aumento del PIB per cápita anual del 1,3 por ciento respecto al del periodo 1973-1990.

La autodeterminación nacional marcó un hito histórico en ambos casos. Evidentemente, esta mejora no tuvo nada que ver con la desigualdad interna de los países del mundo rico, que en aquel tiempo estaba reduciéndose. Ni existe tampoco ningún vínculo concebible entre el giro capitalista efectuado por China en 1980 y la distribución de renta de los países ricos occidentales. Alrededor de esa época, 1980, podemos apreciar en retrospectiva una ligera caída de la curva de desigualdad de renta internacional ponderada por la población, que solo comenzó a tomar importancia en torno a 1990 (Milanovic, 2012: figura 2). No existe ninguna causa común que sea responsable de la reciente reducción de la desigualdad global y del simultáneo aumento de la desigualdad de renta intranacional. Ni existe tampoco ninguna flecha causal verosímil que relacione la desigualdad interna europea y estadounidense con un mundo menos desigual.

¿Es posible que la flecha vaya en sentido contrario y relacione el ascenso de China y otros países pobres con la desigualdad del mundo rico? Existen algunos posibles sospechosos, que ya han salido a la luz en el debate público: la subcontratación de la producción, la salida de la inversión extranjera de los países del territorio OTAN y la competitividad del comercio chino y de otras manufacturas para la exportación basada en los bajos salarios. Aunque el debate econométrico del tema esté lejos de concluir, la opinión de los expertos tiende a relativizar la culpabilidad de estos acontecimientos.

Un informe reciente de la organización económica que agrupa a los países ricos del mundo, la OCDE, no identifica efectos significativos de la globalización general del comercio en la dispersión de las rentas, a pesar de las consecuencias de las importaciones de los países de renta baja, y solo un ligero efecto de la inversión extranjera saliente, este último equilibrado por el otro aspecto de la apertura financiera, el igualamiento producido por la inversión extranjera en los países de la OCDE. Según las conclusiones del equipo de expertos de la OCDE tras sus cálculos econométricos, la desigualdad interna del mundo rico ha sido producida esencialmente por la crisis de los sindicatos, la menor protección del empleo (por ejemplo, el aumento de la precariedad del trabajo temporal), la reducción de las prestaciones por desempleo, la menor redistribución fiscal y la desregulación de los mercados de productos (OECD, 2011a: cap. 2, especialmente cuadros 2.1, 2.2 y 2.3).

En resumen, el éxito de la competitividad en las exportaciones chinas y de otros países pobres ha afectado la desigualdad interna del mundo rico, aunque no de una manera decisiva. Mucha mayor influencia ha tenido la pérdida de derechos y de oportunidades colectivas de los trabajadores. Si bien es cierto que parte de esto puede considerarse una adaptación a las presiones de la competencia externa, el aspecto más espectacular de la desigualdad intranacional de los países desarrollados, el tremendo aumento de

renta del 1 por ciento más rico, no puede adjudicarse a la influencia de China y de otras economías emergentes. Las dinámicas que lo posibilitan («el ganador se lleva todo») no están relacionadas con la globalización, sino que derivan del alcance y del poder globalizado de las élites económicas euro-estadounidenses, como señalamos anteriormente. Y el poder de los dirigentes del capitalismo avanzado está integrado de distintas formas en las estructuras del Estado y en la configuración de la sociedad de las diversas naciones. Alemania y Japón, dos de los gigantes de la exportación mundial, han tenido aumentos de la desigualdad modestos, y el sistema japonés de redistribución pública, con una presión fiscal baja en sus inicios, se ha incrementado en las últimas décadas. Francia, otro país que hay que tener en cuenta, ha tenido recientemente un aumento muy ligero de la desigualdad, lo que todavía deja al 10 por ciento más rico con una cuota del PIB inferior a la que tenía en 1985 (OECD, 2011a: Country Notes, Francia, Alemania, Japón).

Es posible encontrar un contexto de clase-Estado común en el que operan la tendencia a una mayor igualdad internacional y a una mayor desigualdad intranacional. El aumento de las conexiones mundiales en el comercio, las finanzas y las comunicaciones ha creado nuevas posibilidades, tanto para las élites de los estados en desarrollo como para las de los países ricos más poderosos y privilegiados, aunque estas posibilidades dependen en gran medida de las estructuras institucionales y las constelaciones sociales. El mundo se ha abierto a las fuerzas voraces del Sur y del Norte, dando impulso a la renta nacional del Sur, de la que algunas migajas caen hasta los pobres, y a la patética «clase media» mundial que vive con más de 2 dólares diarios (cf. Ravallion, 2010). A pesar de ello, las políticas nacionales todavía pueden marcar cierta diferencia, como lo indica la disminución, si bien modesta, de la desigualdad en los países latinoamericanos, a pesar del aumento de las rentas procedentes de las materias primas, de la soja al petróleo y a otros recursos mineros.

La dinámica de clases de la polarización intranacional está actuando tanto en el Norte como en el Sur, lo que puede servir para conectar a los movimientos sociales de ambos lados del ecuador. Se ha abierto una nueva vía que conecta las preocupaciones de los consumidores y los sindicatos en el Norte con la explotación y la subcontratación que sufren los proveedores del Sur y que actúa mediante presiones directas a los grandes minoristas del Norte (siendo Walmart el mayor y más depravado de ellos) y a marcas de prestigio como Apple o Nike.

PARTE V

POSIBLES FUTUROS

Las desigualdades actuales no son fruto de la fatalidad, por lo que pueden modificarse. Pueden aumentar o disminuir, como ya ha ocurrido en el pasado. ¿Cuáles son las perspectivas actuales de cambio? ¿Cuáles son los temas principales que centran el debate? ¿Cuál es la correlación de las fuerzas sociales? ¿Cuáles serán los campos de batalla decisivos?

CAPÍTULO 9

LA SUPERACIÓN DE LA DESIGUALDAD: PASADO Y FUTURO

Las desigualdades son una construcción social y, por lo tanto, son susceptibles de deconstrucción. Como ya hemos visto, su evolución no ha seguido un trazado lineal, ni ascendente ni descendente. La (des)igualdad siempre se ha ubicado dentro de un contexto histórico.

Momentos de igualdad

En la historia moderna se han producido momentos de igualdad en cuatro circunstancias distintas. Ninguno de ellos centró la atención en la desigualdad vital, aunque en algunos casos se produjo una importante expansión de la sanidad pública.

Uno de esos momentos fueron las grandes revoluciones. La Revolución Francesa se concentró en la igualdad existencial de los ciudadanos varones, al igual que la Revolución estadounidense, aunque no dio frutos tan espectaculares; pero a diferencia de esta última, la francesa produjo una sustancial igualación de los recursos, especialmente mediante la reforma agraria, pero también elevando los salarios reales en las ciudades (Morrisson, 2000: 235 y ss.). La Revolución rusa, la china y otras revoluciones comunistas locales trajeron consigo una drástica igualación de los recursos, a veces de manera brutal, tanto de vivienda como de tierra y de renta¹. La igualdad revolucionaria promovida por los comunistas también alcanzó a las relaciones de género, atacando sin ambages las raíces

del patriarcado (Therborn, 2004: 83 y ss.). La Revolución china y la cubana, en concreto, llevaron la sanidad hasta el campo; en el primer caso, esa mejora de la atención sanitaria se perdió en el periodo posmaoísta, en los noventa, pero los cubanos consiguieron mantenerla incluso durante el periodo especial vivido en esa década funesta. Las diferencias en la esperanza de vida de Europa oriental con respecto a Europa occidental pasaron de diez años, en 1930, a dos años en 1965 para, a partir de entonces, volver a aumentar (para referencias detalladas, véase Therborn, 1995: cuadro 8.3).

Aunque lejos de cumplir las utopías igualitarias, las revoluciones dejaron tras de sí legados de igualdad. La mayoría de los avances de la Revolución Francesa sobrevivieron a la contrarrevolución monárquica impuesta por Gran Bretaña y la Rusia zarista. Poco antes de que se produjera el giro capitalista en Rusia y en China, la desigualdad de renta en ambos países estaba entre las menores del mundo, aunque algo por detrás de la del reformismo geopolíticamente afortunado de Escandinavia: Rusia poseía un coeficiente Gini de 0,26 y China de 0,32 en 1978 (Cornia *et al.*, 2004: 30, 33).

El segundo de esos momentos históricos, más generalizado y violento, fue el de las dos guerras mundiales industriales, que afectaron enormemente la distribución económica de Europa, América del Norte y Japón. Ambas golpearon con dureza a la clase *rentista*, como vimos anteriormente. La movilización total de las poblaciones nacionales al servicio de la industria bélica sirvió para promover la igualdad existencial: en ambas guerras con respecto a los derechos políticos de la mujer y en la segunda para desacreditar el racismo descarado (aunque sin llegar a su completa abolición), gracias a la aplastante derrota de Alemania y Japón.

En tercer lugar, la Depresión de los años treinta generó un cambio de reglas que permitió el nacimiento de regímenes igualitarios de diverso calado y longevidad en varios países: el *New Deal* en Estados Unidos, la socialdemocracia en Escandinavia y el Frente Popular en Francia. La crisis que golpeó la City de Londres también

significó una reducción de los ingresos más elevados en el Reino Unido (Atkinson *et al.*, 2010: 711 y ss.). Pero la Gran Depresión tuvo un impacto contradictorio ya que también intensificó el racismo en varios países, especialmente en Alemania y sus aliados. La eugenesia se extendió en Escandinavia y la coalición del *New Deal* tuvo que acomodar a uno de sus pilares indispensables, los demócratas sureños, que eran racistas furibundos. También se agudizó la discriminación laboral de género, particularmente en la Europa al sur de Escandinavia y al oeste de la URSS.

Revoluciones violentas, guerras industriales a gran escala, crisis económicas profundas; han hecho falta todas estas sacudidas enérgicas para dominar al feroz antiigualitarismo de las sociedades capitalistas tardofeudales, patriarcales y modernas. No obstante, en ocasiones, se han podido alcanzar reformas sociales pacíficas y de gran envergadura bajo circunstancias más tranquilas. Ese es el caso del momento que experimenta el mundo actual.

Veamos dos ejemplos. Uno de ellos supuso un importante avance para la igualdad vital y de renta, aunque en estos momentos se encuentre debilitado. Se experimentó en prácticamente todo el mundo capitalista desarrollado desde el fin de la Segunda Guerra Mundial hasta alrededor de 1980. En dicho periodo se produjeron avances igualitarios del respeto y los derechos existenciales y una reducción general de la desigualdad en la salud y la esperanza de vida, además de grandes avances nacionales en la igualación de recursos y de la educación. El proceso se aceleró en los sesenta y comienzos de los setenta, con la rápida expansión de los servicios y prestaciones sociales y una quiebra de las ventajas y el dominio del sexo masculino. Los movimientos de 1968 formaron parte de este periodo igualitario general —sin reconocerlo como tal— y fueron a la vez motor de su aceleración.

Este periodo supuso también un impulso global a la igualdad, sobre todo a la igualdad existencial, con la descolonización, la derrota del racismo institucional y el avance de los derechos de la mujer en los setenta, pero también de sus aspectos vitales, gracias a

la difusión global de la vacunación, la higiene pública y la medicina preventiva. Desde el punto de vista de la economía, China y los países independientes del sur de Asia empezaron a crecer y el capitalismo del nordeste asiático inició un sendero de desarrollo nacional relativamente igualitario.

El otro ejemplo todavía no ha alcanzado grandes logros y debe demostrar su sostenibilidad política a largo plazo, pero tiene la ventaja de estarse desarrollando ahora mismo. Desde 2002, el continente latinoamericano (con dos pequeñas excepciones, Costa Rica y República Dominicana) se mueve a contracorriente de la tendencia de incremento de la desigualdad interna de renta que está teniendo lugar en todo el mundo. Desde las cumbres andinas de la desigualdad, América Latina es en estos momentos la única región del mundo en la que está descendiendo la desigualdad económica (CEPAL, 2012: 21). Al mismo tiempo, la igualdad existencial está progresando con respecto a las poblaciones indígenas (sobre todo en la ahora oficialmente «plurinacional» Bolivia y otros países andinos) y «afrodescendientes», especialmente en Brasil.

¿Cuáles han sido las coyunturas socioeconómicas en las que se han desarrollado estos dos periodos de gran aumento de la igualdad en ausencia de guerras, crisis o revoluciones? Aunque ubicados en momentos históricos muy distintos, ambos periodos comparten dos rasgos sorprendentes. El primero es un contexto macroeconómico de crecimiento rápido, que suaviza las fricciones de la inversión y la reproducción social. También resulta significativo que el auge económico beneficie a todas las capas sociales, con (más o menos) pleno empleo en el capitalismo desarrollado y un aumento del empleo en el sector formal en Latinoamérica, lo que aporta sostenibilidad social.

El segundo, al menos tan importante como el primero, es que en ambos casos el liberalismo conservador estaba completamente desacreditado y se mantenía fuera del centro político, al quedar asociado a la depresión de entreguerras y su desempleo masivo o, en Latinoamérica, a las dictaduras militares y los desastres

económicos de los ochenta y los noventa. El antiliberalismo autoritario de derechas había desaparecido prácticamente, enterrado en el *Führerbunker* de Berlín, o bajo los escombros de Hiroshima y Nagasaki en el primer caso, y descartado junto con las pesadillas de las juntas militares en Latinoamérica. En resumen, las dos fuerzas antiigualitarias más militantes de la historia moderna estaban políticamente incapacitadas, aunque no de modo fatal, como se vería en el caso liberal.

¿Es imprescindible que se cumplan las condiciones anteriores para que se produzca un aumento de la igualdad? La teoría social no lo tiene nada claro, pero la experiencia escandinava y estadounidense de la Depresión sugiere claramente que no es necesario un auge económico. Irónicamente, tuvo que ser el Estado del bienestar preocupado por las cuestiones sociales el que, en 2008-2009, rescatara al capitalismo financiero neoliberal del descrédito total. Los rescates públicos estabilizaron los mercados financieros y las prestaciones por desempleo y otras ayudas públicas evitaron, incluso en Estados Unidos, que las víctimas de la crisis cayeran en las garras de la pobreza y el hambre, como en los años treinta. Las protestas motivadas por la crisis de 2008 carecieron, por tanto, de la rabia y la desesperación que caracterizaron la crisis de los treinta, excepto, tal vez, en la desamparada Grecia, prisionera del euro.

Parece mucho más verosímil la necesidad de que los dos mayores enemigos modernos de la igualdad, el liberalismo económico y la derecha autoritaria, estén debilitados. Y en este caso, fuera de Latinoamérica, nos enfrentamos a lo que Colin Crouch (2011) ha llamado «la extraña no-muerte del neoliberalismo».

Desde la perspectiva política, ambos periodos de igualdad han sido posibles por la acción conjunta de amplias constelaciones heterogéneas, con motivos que van desde los cálculos pragmáticos de poder de los líderes conservadores noratlánticos, como el alemán Adenauer, el japonés Yoshida y los estadounidenses Eisenhower y Nixon, hasta las intenciones igualitarias de fuerzas políticas y sociales como los demócratas estadounidenses o socialdemócratas y

cristianodemócratas europeos y los movimientos sociales de trabajadores, mujeres y derechos civiles. Durante el primer periodo especialmente, conservadores e igualitarios compartían un interés por la cohesión social nacional, un valor que el liberalismo militante suele menospreciar. No hay que olvidar que esta era la época de la Guerra Fría global y su competencia entre sistemas, y que, a causa de la reciente experiencia traumática, existía en principio un rechazo general a cualquier desigualdad humana (existencial) fundamental. Las medidas igualitarias impulsadas por los gobiernos latinoamericanos de Lula, Chávez, Correa, Morales, Kirchner y otros, contaron con el apoyo de coaliciones heteróclitas y movimientos paralelos que constituían su base social. En este caso, se trata más bien de una muestra de la heterogeneidad de la izquierda latina que de alineamientos nacionales de amplio espectro.

Las coyunturas económicas y políticas existentes en los periodos igualitarios resultaban favorables, aunque no fueron los factores decisivos. La fuerza determinante fueron las personas que participaron en las luchas sociales. En la década de los cincuenta podía haberse argumentado —como así se hizo— que con la llegada de la prosperidad ya no eran necesarias políticas sociales ni redistributivas. Sin embargo, por primera vez, la izquierda comenzó a reivindicar la posibilidad de una seguridad social para todo el mundo. En Suecia, por ejemplo —como bien recuerdo—, este era el argumento defendido por la mayoría ganadora, que consiguió zanjar el asunto de las pensiones laborales con una serie de elecciones decisivas a finales de los cincuenta y comienzos de los sesenta. En el Reino Unido, la propaganda consumista de los conservadores sirvió para ganar las elecciones de 1955 y 1959, pero la cuestión igualitaria volvió a aparecer en los sesenta. Ni siquiera en Estados Unidos la defensa del consumo individual fue suficiente para eclipsar la reivindicación de una sociedad más igualitaria, que surgió con fuerza en los sesenta. No es extraño, por tanto, que el consumo no pudiera evitar el nacimiento del Estado del bienestar en el continente europeo.

La iniciativa latinoamericana actual, por su parte, se enfrenta a una pregunta crítica: ¿conseguirán las medidas a favor de la igualdad mantener el desarrollo económico (de la clase media)? Hasta el momento, el elevado precio global del petróleo ha permitido sostener la variante más radical del modelo en Venezuela, así como llenar las arcas del Tesoro Público de Bolivia y Ecuador, mientras que los gobiernos de Lula y Dilma en Brasil han podido hasta la fecha combinar medidas redistributivas extremadamente eficaces sin llegar a cambiar el capitalismo brasileño de siempre.

Aún no es posible saber por cuánto tiempo podrán dichos gobiernos seguir respondiendo de forma positiva a la pregunta fundamental planteada en el párrafo anterior o si, en algunos casos, asumirán conscientemente una confrontación social con las clases media y alta (lo que ya está ocurriendo en Venezuela y Bolivia). Al menos para el peso pesado que es Brasil, las perspectivas económicas de las políticas igualitarias de aproximación social, inclusión, desjerarquización y redistribución parecen bastante buenas, gracias a las enormes rentas que se esperan conseguir de la explotación de los yacimientos de gas en mar abierto en un futuro próximo.

Las fuerzas de la igualdad

El desmantelamiento de las desigualdades dependerá, en último término, del impulso y la habilidad que demuestren tener las fuerzas de la igualdad. ¿Cuáles son dichas fuerzas? Mis estudios históricos sobre la aparición de la democracia moderna y el derecho a voto me han enseñado que para comprender el cambio social derivado de los conflictos no es suficiente con observar las fuerzas que reivindican dichas demandas y las que se resisten a ellas. También es preciso tener en cuenta las fuerzas que facilitan el cambio, aquellas que, dentro del sistema, están dispuestas a impulsarlo desde arriba, por alguna razón. Pero vamos a comenzar echando un vistazo a las

fuerzas que reivindicaron la igualdad en el pasado reciente y posiblemente lo hagan en un futuro próximo.

Las fuerzas de la reivindicación

En el siglo xx, la principal fuerza impulsora de la igualdad fue la clase obrera y el movimiento sindical, aunque, como vimos anteriormente, siempre tuvieron que actuar dentro de una coyuntura política compleja y su nivel de éxito dependió tanto de su capacidad de maniobra en dicho entorno como de su propia fuerza numérica. Los trabajadores organizados fueron la columna vertebral de las luchas por la democracia y el derecho a voto (Therborn, 1977), por los derechos sociales y la redistribución económica (Korpi, 1983). Las décadas relativamente igualitarias del capitalismo coincidieron con el apogeo de la mano de obra organizada, con índices de participación sindical y de votos electorales muy elevados (Therborn, 1984). El respaldo más significativo que recibieron los movimientos anticolonialistas provino de algunos sectores del movimiento obrero, al igual que el mayor apoyo masculino que tuvieron los movimientos de mujeres, que, sin embargo, no fue mucho (Therborn, 2004: cap. 2).

En la actualidad, la clase obrera industrial está en decadencia en los principales centros del capitalismo y el movimiento obrero se encuentra en crisis en casi todas partes, excepto en China, donde está en aumento aunque de forma muy fragmentada. En el proceso latinoamericano, los trabajadores marcan en buena medida el rumbo social, especialmente en Argentina, Bolivia y Brasil; pero incluso en estos lugares, no llegan a tener la fuerza que tuvieron en Europa occidental, especialmente, en los estados nórdicos de bienestar, capaz de provocar el cambio social.

Probablemente, en el futuro las fuerzas igualitarias estarán formadas por coaliciones sociales más amplias y socioeconómicamente más heterogéneas; dentro de ellas, la participación de la mano de obra industrial seguirá siendo

indispensable pero no necesariamente el elemento que lidere el cambio. En lo que solíamos llamar el Tercer Mundo, conviven pobres urbanos (vendedores ambulantes y trabajadores informales o precarios), empleados de clase media y campesinos sin tierra o minifundistas. En los centros ricos del capitalismo, por su parte, será crucial la movilización de la nueva clase servil del «sector servicios», la inclusión del subproletariado inmigrante y la participación de una parte importante de la clase media profesional.

Los movimientos —de mujeres, grupos étnicos y, recientemente, homosexuales— reivindicativos de la identidad también han sido fuerzas igualizadoras muy importantes, determinantes para conseguir sus reivindicaciones concretas, pero también fundamentales en la lucha por la igualdad económica y la existencial. La fuerza de estos movimientos ha variado coyunturalmente, pero no se enfrenta a una crisis estructural. En América Latina, las corrientes y movimientos étnicos y raciales han adquirido una gran importancia, explícita y formalmente en Bolivia, informalmente en Venezuela. En sociedades multiétnicas, como las africanas y las del sur y sudeste de Asia, los movimientos etnoculturales pueden llegar a convertirse en fuerzas excluyentes de separación más que de igualdad social. Pero es evidente que estas regiones necesitan la presencia de movimientos de defensa de los derechos civiles y hay esperanza de que estos se materialicen en un futuro, especialmente en el sur y sudeste de Asia. La pobreza y discriminación que sufre el pueblo rohingya, que no tiene un Estado propio y está distribuido entre Myanmar y Bangladesh, es horrenda, incluso comparada con la que sufre el pueblo romaní en Europa oriental.

Los movimientos de mujeres de Asia y África se enfrentan a enormes obstáculos e impedimentos en su lucha por la igualdad. Los recientes progresos en la educación femenina hacen pensar que estos movimientos, especialmente en la India y el norte de África, van a desempeñar un papel cada vez más activo en la reivindicación de la igualdad. En el mundo rico, es difícil prever cuál será el futuro de los movimientos de mujeres. Es preciso señalar, sin embargo, que

el giro hacia la izquierda que efectuaron estos movimientos a partir de 1968, revirtiendo la inclinación anterior hacia la derecha (religiosa), ha sobrevivido hasta ahora a los escuadrones de la muerte financiados por el poder empresarial y por la CIA. Por lo general, la igualdad social y no solo la de género cuentan con un mayor apoyo femenino que masculino.

En los países ricos existe también una corriente que podríamos llamar individualismo solidario. Hoy en día no es tan influyente como lo fue en el pasado debido a las nuevas constelaciones políticas, en las que las guerras se combaten con mercenarios y con aviones no tripulados y el racismo ha adquirido respetabilidad gracias a los lobbies sionistas y a diversas corrientes que han reciclado el «peligro amarillo» de hace un siglo en otro islámico. Pero está volviendo a cuajar entre las nuevas generaciones, incluso de Israel, con todo el valor y la energía que ello supone. Esta es la corriente que subyace en los movimientos de consumidores del Norte que se oponen a la explotación laboral en el Sur, y en la mayor parte de los movimientos ecologistas del mundo, en concreto en la conciencia de desigualdad e injusticia medioambiental. El cambio climático afecta a todo el planeta, pero ¿de quién son las casas que quedarán inundadas? En otras áreas, como el oeste de Asia y el norte de China, se producirán sequías y el agua empieza a ser un bien escaso; ¿quién seguirá contando con agua corriente y quién no? ¿Quién se verá obligado a vivir en los barrios más contaminados?

El individualismo solidario («yo quiero decidir mi propio estilo de vida, pero me preocupa que los demás también puedan hacerlo») es una fuerza vital de la igualdad. Estuvo detrás de los movimientos — llenos de vitalidad, aunque insostenibles— que ocuparon calles y plazas hace unos años (véanse Castells, 2012; Mason, 2012).

Es posible que los nuevos medios de comunicación por Internet no hayan cambiado tanto los parámetros de la política como defienden muchos de sus impulsores. Al menos, eso parecen confirmar los resultados de la Primavera Árabe de 2011 y el agotamiento y disolución de los movimientos Occupy (o 15-M en

España). Pero lo cierto es que han transformado las precondiciones de los movimientos de masas. En el momento de escribir este texto, no es visible ningún movimiento importante que haga campaña por la igualdad, pero la respuesta que obtienen los llamamientos de grupos activistas en línea como Avaaz o [Change.org](https://www.change.org) parece vaticinar que en los próximos años presenciaremos una campaña global por la Igualdad.

Las fuerzas de apoyo

La igualdad avanza básicamente a partir de las reivindicaciones. Pero como la igualdad social es una fuerza de cohesión social, de combate tanto como de desarrollo, necesita el apoyo de otras fuerzas, que actúan principalmente motivadas por el temor, el miedo a los desiguales, a su ira, a sus posibles protestas y su rebelión. También existe el miedo al enemigo exterior, el miedo a no poseer la capacidad letal de este. Y se tiene miedo al retraso y a los proyectos de desarrollo nacional inclusivo. El miedo es una de las principales razones por las que los poderosos y privilegiados llegan a promover medidas igualatorias, aunque no es la única. Las élites gobernantes o el personal a su servicio no siempre están completamente absortos en sus propios privilegios y en su codicia. No son necesariamente incapaces de tener percepciones globales y de realizar cálculos estratégicos sagaces (y ocasionalmente de sentir empatía por sus semejantes).

En el mundo contemporáneo, la competencia con el comunismo forzó al capitalismo y a las élites imperiales a promover importantes medidas a favor de la igualdad. Ejemplo de ello son las reformas agrarias supervisadas por Estados Unidos en Corea del Sur y Taiwán, o el programa democristiano alemán introducido en 1957 (*dynamisierte Rente*) mediante el cual se reformaba el sistema de pensiones vinculando el valor de estas a la evolución (ascendente) de los salarios reales, que suponía una concesión social para protegerse contra el rearme alemán. La contundente intervención

del presidente Eisenhower —que nunca mostró simpatía por los derechos civiles de los afroamericanos (Frank, 2013)— contra el racismo sureño, cuando envió tropas federales para proteger a los niños negros de las turbas racistas en Little Rock, sería inconcebible fuera del contexto de la Guerra Fría.

Hoy en día ya no existe la presión de la influencia comunista y el principal enemigo de Estados Unidos y de sus aliados de la OTAN, el islamismo político radical, no pretende mitigar las desigualdades capitalistas sino, como mucho, cierto respeto hacia los clérigos musulmanes y las familias reales conservadores.

La China actual es más desigual que Estados Unidos y, por supuesto, que Europa, por lo que parece poco probable que la competencia con ella vaya a provocar indirectamente avances igualitarios. El desarrollo externo mediante la cohesión nacional que experimentó el nordeste de Asia después de 1945 no se ha convertido en un modelo internacionalmente imitado, a pesar del éxito histórico que tuvo. El sudeste asiático, por ejemplo, parece más interesado en abrirse a los inversores extranjeros. Los emiratos árabes petroleros han practicado cierta política de *noblesse oblige*, desgraciadamente ausente en la mayor parte de los gobiernos africanos, pero su dependencia de la explotación de mano de obra importada hace que sus estados sociales sean tan sociales como democrática era la antigua Atenas esclavista.

Las fuerzas reivindicativas de la igualdad se han quedado sin apoyos. La igualdad existencial de género y sexo puede conseguir cierto impulso desde arriba, como hemos visto recientemente en unos cuantos países, como Argentina, Francia o Nepal. Pero no parece que haya muchos otros posibles candidatos. Parece poco probable que cualquier sistema político actual vaya a impulsar la igualdad en el futuro inmediato; para conseguirla habrá que luchar desde abajo.

No obstante, todavía existen ciertas fuerzas de apoyo a la igualdad que han desarrollado una civilidad humanista profesional de cierta importancia en el mundo. Estamos hablando de las

instituciones de la ONU y especialmente del Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD), que mide regularmente la evolución de la desigualdad humana y el desarrollo humano. También trabajan por la igualdad otros organismos como la Organización Internacional del Trabajo (OIT), que se preocupa por el empleo digno, la precariedad y la vulnerabilidad laboral; la Organización Mundial de la Salud (OMS), interesada en los determinantes sociales de la salud; la FAO (Organización de la ONU para la Alimentación y la Agricultura), centrada en la (in)seguridad alimentaria; ONU-Hábitat, dedicada a los barrios pobres y la desigualdad urbana, etc. Las comisiones económicas regionales de la ONU tienen en ocasiones un hondo interés social, especialmente la latinoamericana CEPAL. El Banco Mundial ya no es un bastión monolítico del neoliberalismo (si es que alguna vez lo fue) y cuenta entre su personal con algunos de los mejores investigadores sobre desigualdad mundial. La organización económica del mundo rico, la OCDE, está ampliando cada vez más su perspectiva, social y espacialmente. La Comisión Europea nunca prestó demasiada atención a la (des)igualdad, pero el género y, recientemente, las actitudes y relaciones sexuales se cuelean con más frecuencia en diversos de sus foros, incluyendo las audiencias parlamentarias de los candidatos a presidir comisiones.

Los organismos recién mencionados, con excepción de los menos comprometidos (la UE y el Banco Mundial) no tienen un poder directo. Son proveedores globales o regionales de conocimiento, pero también, al menos hasta la fecha, prestan su apoyo a la igualdad social.

¹ Si la toma del poder «etnopurificadora» de los Jemeres Rojos, agrarista, antiurbano y antiindustrial, puede o no considerarse como una revolución comunista no es algo abierto a la discusión: solo fue reconocida como tal por los maoístas. De cualquier modo, es evidente que se trató de un régimen sanguinario sin ninguna relevancia social positiva, aunque durante un tiempo obtuviera la

legitimidad de la ONU, al ejercer de peón de los Estados Unidos y sus aliados contra Vietnam.

CAPÍTULO 10

LOS CAMPOS DE BATALLA DECISIVOS DE LA FUTURA (DES)IGUALDAD

En lugar de hacer un recuento de las formidables fuerzas de la resistencia antiigualitaria, que se verán transformadas por las luchas sociales (al igual que las fuerzas de la igualdad), vamos a tratar de identificar cuáles serán los campos de batalla decisivos. En mi opinión, se trata de tres. El primero se relaciona con nuestra comprensión de la desigualdad. El segundo sería el conjunto de instituciones sociales que necesitamos transformar para conseguir cualquier grado importante de igualdad. En la era de las revoluciones se intentó acabar con ellas, con escaso o ningún éxito según se vería posteriormente. En el siglo actual, tras una rebaja de las expectativas, tenemos que buscar la manera de regularlas o reformarlas.

El tercer campo de batalla crucial será el de la lealtad social que habrá de decidir el punto de inflexión sociopolítico entre igualdad y desigualdad, al menos para el futuro próximo. El resultado de esta batalla política dependerá en gran medida —aunque no exclusivamente— del modo en que las fuerzas sociales hayan manejado los otros dos.

La imagen de la desigualdad

El igualitarismo más simple y más extendido es el resentimiento hacia los ricos. Pero en el mundo actual, compartimentado y dirigido por control remoto, este igualitarismo es el más impotente. Tengo la

sospecha de que la mayor parte de las personas calificadas por el antiguo ministro laborista Peter Mandelson como «indecentemente ricos» se merecen la mayor parte del resentimiento que se les muestra en ocasiones, entremezclado con admiración adulatora. Pero este pequeño libro está escrito, en gran medida, con la intención de argumentar que la riqueza de Carlos Slim y otros archimillonarios no es la mayor villanía del mundo. La desigualdad interfiere de un modo mucho más profundo en las vidas humanas, causando millones de muertes prematuras innecesarias, reduciendo las posibilidades vitales de generaciones, creando humillaciones, falta de libertad, inseguridad y ansiedad a poblaciones de continentes enteros en todo el planeta. Sus efectos letales, como vimos anteriormente, penetran incluso en las jerarquías burocráticas acaudaladas del mundo rico.

La biomedicina se ha convertido en una frontera de conocimiento primordial de la humanidad. Las que hemos venido denominando desigualdades vitales y existenciales, la combinación de desigualdades que afectan al cuerpo y a la persona, deben ser el punto central del debate sobre la igualdad y las iniciativas igualitarias. Aunque cada una posee su propia dinámica y trayectoria social, los tres tipos de desigualdad (vital, existencial y de recursos) interactúan entre sí y son interdependientes. Las tendencias actuales que acentúan la desigualdad de renta en el mundo tienen efectos sociales y políticos, médicos y psicológicos devastadores, como he tratado de demostrar hasta ahora.

El esfuerzo igualitario debe centrarse en las violaciones multidimensionales de la capacidad de todo ser humano para desarrollarse y prosperar. Dentro del mundo rico, eso significa que la imagen de póster de la desigualdad no debería ser un archimillonario de *Forbes*, sino un muchacho londinense de Tottenham Green que, si no tiene mucha suerte, vivirá diecisiete años menos que otro conciudadano de Chelsea o de Kensington; o la del pensionista de Manchester que, a sus sesenta y cinco años, probablemente morirá nueve años antes que una dama de Chelsea de la misma edad.

Las tres principales instituciones de la desigualdad

Familia, capitalismo y nación son las tres instituciones que más favorecen la desigualdad contemporánea. Las tres han tenido sus altas y sus bajas y, aunque ninguna de ellas se encuentra en el apogeo de su poder, lo cierto es que están aumentando su capacidad antiigualitaria; la familia, especialmente en el mundo rico; el capitalismo en todas partes, sobre todo tras penetrar en las antiguas sociedades de socialismo de Estado y de subsistencia; y la nación en todo el mundo, por el cambio del papel que representa en la globalización actual.

Es evidente que la *familia* es una antigua correa de transmisión de desigualdades de una generación a otra. En los tiempos modernos, ese papel puede haber disminuido de alguna manera (aunque resulta difícil encontrar evidencias longitudinales de peso que respalden esta hipótesis) con la generalización de la falta de propiedades característica del capitalismo industrial, la divulgación de la educación pública formal y la difusión del amor romántico y la libertad de matrimonio. Tenemos la esperanza de que este proceso continúe en las muchas áreas del mundo en que el patriarcado sigue vigente, especialmente Asia, África y China rural (cf. Therborn, 2004: cap. 3).

Pero no será la esperanza la que traiga el cambio. Es necesario que existan movimientos que luchen para hacerlo posible. Se trata de una lucha por los *derechos de los individuos*, por el derecho a formar libremente una familia, a asumir las responsabilidades familiares según la propia moral y no mediante la fuerza y la sumisión. La experiencia de los países nórdicos, en concreto, demuestra la factibilidad de un enfoque individualista de la familia que facilite tasas de natalidad elevadas, el cuidado de los hijos, así como contactos y transferencias intergeneracionales. Individualismo y familismo no solo son compatibles, sino que coexisten en la realidad.

En el mundo rico se está produciendo una nueva homogamia¹ de clase y un aumento de las diferencias del estilo de paternidad entre clases. Una consecuencia de la expansión de la educación superior para ambos sexos es el aumento de los matrimonios entre personas con el mismo nivel educativo. Los hombres universitarios se casan con mujeres universitarias; las mujeres que abandonan los estudios de secundaria se casan con compañeros que tampoco terminan su bachillerato (Schwartz y Mare, 2005). Por alguna razón, el aumento de la homogamia de clase ha sido especialmente pronunciado en el Reino Unido. Entre 1987 y 2004, se triplicó la brecha salarial entre las esposas de maridos ricos y las de maridos pobres (OECD, 2011a: Country Note-Reino Unido).

El matrimonio y la estabilidad de ambos padres se han convertido en una gran divisoria de clase, especialmente en Estados Unidos. En 2004, el 90 por ciento de los hijos de padres con estudios universitarios seguía viviendo con ambos padres biológicos cuando la madre tenía 40 años; esta proporción se reducía hasta el 30 por ciento en el caso de padres blancos con trabajos manuales y estudios de secundaria (Murray, 2012: 167; más información en McLanahan y Percheski, 2008). En Suecia se puede observar exactamente la misma tendencia, aunque de modo menos dramático y traumático. En la década de 2000 había aumentado el riesgo de separación parental cuando los progenitores no habían completado la enseñanza secundaria y se mantenía estable con una ligera tendencia a la baja para quienes sí completaron el bachillerato o la universidad (Statistics Sweeden, 2013a: diagrama 13). Las razones son probablemente muchas, pero una de ellas es simplemente la edad. La educación superior tiende a retrasar el emparejamiento, y el matrimonio a una edad más avanzada favorece la estabilidad (Statistics Sweeden, 2013b). Por último, los padres de la muy extendida clase media alta dedican mucho más tiempo a sus hijos, leyéndoles, jugando con ellos, llevándolos a clases de ballet o de música, o a actividades deportivas. La mayor parte de las familias de

trabajadores no especializados en situación precaria no comparten esta dedicación.

¿Qué se puede hacer al respecto? La familia no está en proceso de disolución, al contrario de lo que han pretendido algunos sociólogos europeos de la «individuación», como Beck y Giddens; tampoco su abolición cuenta con el apoyo minoritario que tuvo alguna vez entre el ala radical de los bolcheviques o de los pobladores de los kibutz. Los sermones moralistas a las parejas díscolas de las clases inestables sirven para poco, básicamente porque no convencen a muchos. En este caso, lo que importa desde una perspectiva igualitaria son las oportunidades vitales de los hijos. La sexualidad, el emparejamiento y las estructuras familiares deberían dejarse al libre albedrío de los individuos adultos, pero no hay ninguna razón por la que los hijos deban sufrir a causa de las deficiencias de sus padres. Y cada vez son más abundantes las pruebas biomédicas y psicológicas de que las privaciones de la infancia tienen como consecuencia sufrimientos y desventajas para toda la vida.

Los *derechos de todos los niños* a una infancia favorable y capacitadora deberían ser una directriz política fundamental. No se trata de una reivindicación radical. Puede relacionarse con la Convención sobre los Derechos del Niño de la ONU (o en el caso de Estados Unidos, que no la ratificó, con el programa «No Child Left Behind» (Que ningún niño se quede atrás), impulsado por George W. Bush con el apoyo de Edward Kennedy). No interfiere con la psique y la inversión de tiempo de la clase media en sus vástagos, aunque implicaría restricciones a la «libertad de elección» de las escuelas exclusivas, y supondría inversiones públicas masivas en medidas de aproximación para proporcionar a los hijos de familias desfavorecidas una oportunidad justa, lo que pasaría por una reorientación de las prioridades de la educación pública. Garantizar los derechos para todos los niños exigiría una generalización de los servicios de guardería o escuelas infantiles en los países ricos y una mejora general de la calidad de las escuelas públicas, que en la

mayor parte de los países del Tercer Mundo, y en muchas áreas deprimidas del mundo rico, es pésima. Debería asimismo ponerse fin a los retrasos del crecimiento y la emaciación causados por la malnutrición infantil en la India, el sur de Asia en general y gran parte del África subsahariana.

El *capitalismo* es el segundo gran generador de la desigualdad contemporánea. Y, por lo que parece, tampoco va a desaparecer, al menos en un futuro previsible. Divide a las personas entre propietarios, trabajadores sin propiedad y, cada vez más en los últimos tiempos, desempleados; distancia a las personas, excluyendo o subordinando a muchas de ellas y explotando el trabajo de otras, así como el medio ambiente común. La desintegración de cualquier tejido social inherente al capitalismo está en estos momentos tomando una dimensión nueva, la deriva hacia un «precariado» social, un proletariado con empleos permanentemente inseguros y marginales (Standing, 2011). Su necesidad competitiva de crear ganadores y perdedores está contribuyendo a la muerte prematura de muchas personas. Como ya indicamos anteriormente, la restauración del capitalismo en la Unión Soviética, bajo las circunstancias más pacíficas y favorables posibles, trajo consigo alrededor de 4 millones de muertes en una década.

No obstante, la experiencia nos dice que, bajo determinadas circunstancias, el capitalismo y los capitalistas pueden aprender a comportarse. Como ya señalamos anteriormente, la desigualdad de renta en los países escandinavos (capitalistas) en torno a 1980 era comparable a la de los mejores países del bloque comunista. Y, en aquella época, la desigualdad existencial de género en Escandinavia era claramente inferior a la de cualquier otro lugar. Incluso en Estados Unidos existe una redistribución pública, como vimos, y las políticas partidistas han podido marcar diferencias, a pesar de gobernar en una dictadura plutocrática (cf. Bartels, 2008: 62).

Los igualitarios tendrán que reivindicar dos tipos de derechos frente a las fuerzas del capitalismo: los *derechos laborales* y los *derechos ciudadanos*. Los primeros incluyen lo que la OIT denomina

el derecho a un trabajo digno, condiciones laborales seguras, un salario decente y un trato aceptable (cf. Lee y McCann, 2011). En el Tercer Mundo sería importante conseguir la ampliación del llamado «sector formal» de la economía, aquel que otorga algún tipo de derechos a los trabajadores. Habría también que incluir el derecho a crear sindicatos, a la negociación colectiva y a la consulta sobre el lugar de trabajo. Estos derechos deberían estar protegidos por la honradez y por leyes que combatan la discriminación y aseguren la libertad de asociación.

Un derecho laboral fundamental es, asimismo, el derecho *al trabajo*, a tener un empleo, una subsistencia no precaria. Hubo un tiempo en que el desarrollo del capitalismo industrial sirvió para drenar los acúmulos de pobreza de los campesinos sin tierra y de los trabajadores informales que deambulaban en los márgenes urbanos. La desindustrialización central ha significado un retorno de la «infraclase». Este fenómeno no solo tiene una gran trascendencia económica, pues se relaciona con la disfuncionalidad e inestabilidad de las familias pobres de los países ricos, Estados Unidos en particular, seguido del Reino Unido. Algunos moralistas de derechas como Charles Murray lo han descrito como una decadencia de la laboriosidad obrera, fomentada por las prestaciones sociales de carácter liberal. El mayor adversario de Murray en Estados Unidos, en relación con este tema, es el gran sociólogo de Chicago William Julius Wilson. Como científico social, Wilson está formado para examinar los cambios estructurales antes de culpar a las víctimas. Wilson (1987: 73) lleva tiempo argumentando que el desempleo masculino es «el factor individual más importante subyacente en el aumento del número de madres solteras entre las mujeres negras».

Lo cierto es que los mercados laborales del capitalismo avanzado pueden organizarse de muy diferentes maneras —y de hecho lo están— con enormes diferencias de participación en el mercado de trabajo y en el desempleo. En las sucesivas crisis de los setenta, los ochenta y primera década de 2000, los índices de desempleo fueron muy distintos, sin estar relacionados con el crecimiento económico

sino con los modelos de institucionalización del mercado de trabajo (Therborn, 1985; 2012b). Los derechos laborales deben incluir una provisión de trabajos al menos mínimamente dignos, para evitar el retorno de un grupo social inmerso en la pobreza y la desesperación sin posibilidad de escape.

La reivindicación de los derechos ciudadanos significa, antes que nada, una defensa vigorosa de la democracia, del derecho de autodeterminación de los pueblos. Los ciudadanos tienen derecho a afirmar su voluntad colectiva en relación con la economía y el medio ambiente por encima de cualquier interés del capital privado o cualquier conglomerado global anónimo, como los «mercados financieros». La crisis en curso iniciada en 2008, provocada por la ausencia de control cívico del pequeño mundo opulento de los especuladores temerarios y los jugadores de casino de altos vuelos, ha tenido peores consecuencias en Europa que en Estados Unidos y es la derrota más cara de las democracias del Atlántico norte desde el crack alemán de 1931-1933.

Los derechos ciudadanos pueden servir para la regulación del capitalismo. El problema de los liberales antiigualitarios es que el capitalismo igualitario ha demostrado ser, relativa y modestamente, sumamente competitivo dentro del mercado mundial. El primer ejemplo de ello, y el más espectacular, fue el triunfo global del capitalismo del nordeste asiático, en Japón, Corea del Sur y Taiwán, posterior a la Segunda Guerra Mundial. En las últimas décadas, el Foro Económico Mundial, distinguida institución capitalista que organiza los encuentros anuales en Davos, ha publicado el *Informe Global de Competitividad*, actualizado cada año. En él, todos los países nórdicos han ocupado de forma recurrente las primeras posiciones. En su última edición (World Economic Forum, 2012: 14), cinco de las naciones más competitivas, según impecables criterios capitalistas, forman parte de las naciones menos desiguales del mundo², Suiza (primera en la lista), Finlandia (3ª), Suecia (4ª), Países Bajos (5ª) y Alemania (6ª). Junto a ellas están Singapur (2ª), Estados Unidos (7ª), Reino Unido (8ª), Hong Kong (9ª) y Japón

(10ª). Dentro del grupo más competitivo también están las dos economías con mayor participación sindical del mundo, Suecia y Finlandia.

Los derechos de los ciudadanos (a una democracia colectiva, a la regulación económica y social por autodeterminación popular y a los derechos sociales individuales para el desarrollo a lo largo del curso de la vida, desde las posibilidades infantiles a las pensiones y el cuidado en la vejez) fueron fruto de sucesivas victorias en la primera mitad del siglo XX, impulsados por la socialdemocracia escandinava, teorizados en el Reino Unido por T. H. Marshall e institucionalizados parcialmente por la Ley de Seguridad Social de 1935 en Estados Unidos. Pero recientemente han sido objeto de ataques prácticamente en todo el mundo rico, incluso en Escandinavia, donde el ciudadano cada vez se ve más postergado, en favor del consumidor solvente que toma decisiones y el emprendedor que invierte en sí mismo.

Hace un siglo, fue «una vergüenza y una mancha en la bandera de Suecia el que la ciudadanía se consiguiera con dinero». Hoy en día ha vuelto a ocurrir en la Suecia gobernada por la burguesía.

La reivindicación de los derechos laborales y ciudadanos es una condición sine qua non de cualquier progreso en la reducción de la desigualdad. El que sea preciso volver a luchar por ellos en el núcleo del capitalismo demuestra que no se trata de una utopía (pues ya se habían conseguido anteriormente y se había reducido la desigualdad), pero también todo el terreno perdido desde 1980. En Latinoamérica y Asia, por otro lado, el principio de los derechos ciudadanos, y hasta cierto punto de los laborales, está ganando terreno, aunque el punto de partida es muy bajo.

Hubo un tiempo en que la *nación* fue una institución de igualdad, desde las revoluciones estadounidense y francesa, dando cabida incluso a alguna corriente contrarrevolucionaria ligeramente igualitaria, como la conservadora One Nation, desde Benjamin Disraeli hasta R. A. B. Butler y Harold Macmillan. Los proyectos de desarrollo nacional de la posguerra de la Segunda Guerra Mundial

tuvieron, por lo general, un componente igualitario importante, no solo retórico, con el despegue de los países del nordeste de Asia, orientados a la exportación, y el modelo de sustitución de las importaciones de orientación interna del peronismo argentino. Sin embargo, bajo la globalización de los noventa, China ha sacrificado la cohesión y la igualdad nacional en aras de atraer la inversión extranjera, al igual que Vietnam, Argentina, Europa oriental y otros lugares. De esta manera, las naciones han pasado a ser territorios que ofrecen cuerpos baratos para el capital extranjero, bajo la supervisión de las élites que ejercen de proxenetas, convirtiéndose en generadoras de desigualdad como nunca antes lo habían sido.

Las naciones y las fronteras nacionales siguen manteniendo su importancia bajo la globalización actual, pero ahora se han convertido, en su mayor parte, en instituciones de desigualdad. Proporcionan a los gobiernos proxenetas nacionales unas exorbitantes rentas y constituyen fuertes barreras de exclusión para los emigrantes pobres. Las naciones no han sido tomadas por personas «cosmopolitas» de clase alta y media alta. La ONU casi ha cuádruplicado el número de países miembros desde su creación, y las reivindicaciones nacionalistas siguen vigentes hasta nuestros días, desde Palestina, Kosovo, Abjasia y Kurdistán hasta Cataluña, Quebec o Escocia.

Es inútil negar que la legitimidad de las naciones y los estados-nación está inscrita en la modernidad. Pero es preciso reforzar la necesidad de un *derecho de todos los seres humanos*, superior en rango. El derecho a la emigración universal no figura en ninguna agenda política. Si se limitara al derecho «cosmopolita» de cualquier individuo con un cierto nivel (elevado) de riqueza, o con cualificaciones profesionales extraordinarias, no serviría para aumentar la igualdad mundial y, al menos en el segundo caso, el más habitual, la reduciría. Los países ricos que sufren envejecimiento de la población necesitan urgentemente inmigrantes, aunque los japoneses no sean capaces de reconocerlo, en detrimento propio. La tarea de los igualitarios no sería tanto regular

el volumen de la emigración internacional como asegurar que todos los emigrantes reciban un trato justo.

La propia institución de la nación precisa reformas. El mundo contemporáneo y su profusión de conexiones entre los países, con sus irresistibles flujos de comunicación, de comercio y de personas, ha convertido en inviable el concepto clásico de nación como «comunidad imaginada» cohesionada. Las iniciativas recientes encaminadas a reforzarla, mediante proclamaciones de la identidad nacional, definiciones de la cultura nacional, exámenes culturales (los holandeses han incorporado a estos un toque porno-blando para provocar a los fanáticos musulmanes), etc., no son más que acciones defensivas de retaguardia. Por las mismas o parecidas razones, el proyecto de «desarrollo nacional» del siglo XX ha sido en buena medida sobrepasado por el capitalismo globalizado actual. Al mismo tiempo, la nación es un recurso para la mayor parte de los pueblos del mundo, o al menos lo puede ser.

Existe la necesidad de crear un concepto que podría llamarse la *nación cívica*: un colectivo de seres humanos que conviven cívicamente, en un territorio supeditado a unas fronteras, con su geografía específica y su historia correspondiente. Un civismo que no solo permita que se desarrollen las capacidades de sus miembros, sino también comprometido colectivamente en la promoción y apoyo de esas capacidades en sus aspectos vital, existencial y de recursos.

Las naciones seguirán siendo indispensables para los derechos humanos en un futuro previsible. Pero los derechos de todos los humanos tienen, antes que nada, una dimensión planetaria, relacionada con el interés por las oportunidades de vida de las especies. Aquí es donde entran en acción las potencias imperiales y nacionales para desdibujar y distorsionar deliberadamente esta visión del ser humano. Las potencias imperiales han instrumentalizado ideológicamente desde siempre los derechos humanos (y lo siguen haciendo), imponiendo sanciones, bloqueos e invasiones militares contra enemigos nacionales o imperiales y relegando al resto del mundo. Pero el derecho esencial de todos los

seres humanos es el derecho a la supervivencia, al desarrollo de las propias capacidades humanas y al uso de ellas según elección propia. Lo que hay que analizar y tener en cuenta no son las publicaciones de instituciones imperiales como el Departamento de Estado de Estados Unidos o «Freedom House», sino los *Informes de Desarrollo Humano* de la ONU. La aplicación de la simple reivindicación de una igualdad de derechos humanos para todos requeriría una transformación global importante.

Los promotores de la igualdad tendrán que encontrar maneras para afrontar estos tres desafíos institucionales y superarlos. También tendrán que ganar una batalla social crucial.

La batalla decisiva por la orientación de las clases medias

El siglo xx fue *el siglo* de la clase obrera, cuando esta alcanzó el cénit de centralidad cultural —reconocida ya en 1891 por la Encíclica Papal *Rerum Novarum* (Sobre las cosas nuevas)— y de influencia económica y política (véase más en Therborn, 2012a). Sin embargo, la clase obrera del siglo xx no fue lo suficientemente importante y fuerte, en ningún lugar, como para dictar un programa de cambio social. El gran triunfo de los trabajadores escandinavos fue posible por su coalición con los propietarios agrícolas en los años treinta y, en segundo lugar, por su alianza con los asalariados nomanuales en los cincuenta. Ambas actuaciones precisaron de una gran habilidad política y, en el último caso, también actuarial (convenciendo a los trabajadores administrativos del atractivo del esquema de pensiones públicas). No obstante, la clase obrera fue el actor principal en la historia europea del igualitarismo, y sus opciones se vieron en gran medida determinadas por las habilidades tácticas y de gestión de los líderes del movimiento obrero.

Con la crisis estructural de la clase obrera industrial en las principales áreas capitalistas, y su debilidad en el mundo en vías de desarrollo, los parámetros sociales del igualitarismo potencial cambian. Aunque la fuerza de trabajo sigue siendo una importante

fuerza social, en los próximos años las oportunidades de igualdad no dependerán fundamentalmente de la fuerza de los movimientos de trabajadores y la habilidad de sus líderes, sino de la orientación que tomen las clases medias.

En los últimos años se ha producido una avalancha de discursos, ponencias y estadísticas contrapuestas sobre la clase media (o las clases medias). De momento, lo más pertinente es estudiar dicho fenómeno en lugar de intentar poner orden reclamando rigor conceptual en la definición de clase. Básicamente, la «clase media» está formada por los que no son ni ricos ni pobres, sin que exista la necesidad de que compartan otra característica social diferente a la del consumo, aunque en ocasiones haya implícita cierta orientación cultural o política.

Existen principalmente dos tipos de discurso sobre la clase media; uno de ellos se concentra en Estados Unidos y es coreado en el Reino Unido, donde la clase media alta siempre sintoniza VOA (La Voz de América). Esta variante es de tono lacrimoso e intenciones críticas. Habla sobre «el sufrimiento de las clases medias», como escribió el editor para Europa de la BBC, Gavin Hewitt, el 25 de enero de 2012. Bastante antes, el 30 de julio de 2010, el director de la oficina de Washington del *Financial Times*, Edward Luce, escribió sobre «la crisis de la clase media estadounidense». Jeffrey Sachs, antiguo cruzado neoliberal muy relacionado con la escalada de desigualdad que sufrieron una serie de países, desde Bolivia hasta Rusia, realizó en *Time* (10 de octubre, 2011) un llamamiento apasionado: «Por qué Estados Unidos debe resucitar a su clase media». Los pecadores arrepentidos merecen el perdón, por supuesto, y, a su peculiar manera, esta preocupación por las clases medias occidentales a las que la oligarquía floreciente del capitalismo financiero ha abandonado muestra un interés crítico por la desigualdad, que debe ser bien recibido por todos los igualitarios. Aunque resulta significativo el hecho de que los medios de comunicación mayoritarios contemplen la desigualdad a través del prisma de la clase media en este nuevo siglo.

El otro discurso sobre la clase media dominante en el resto del mundo tiene un tono opuesto, jubiloso, y habla de la llegada inminente del Mesías, encarnado en las clases medias de consumidores. Como se podría esperar, las consultoras de negocios son las principales difusoras de esta proclama: McKinsey, el Boston Consulting Group y todo el resto de estrellas menores (se puede consultar un breve resumen en Pilling *et al.*, 2011). Pero también se hace eco de este discurso un número cada vez mayor de organismos económicos públicos. En la OCDE, el director de su centro de desarrollo da la bienvenida a «una emergente clase media» (Pezzini, 2012; cf. Kharas, 2010). El Asian Development Bank está dedicando considerable atención, como es lógico, a la creciente clase media de su continente (véase Chun, 2010); algo no tan evidente es que el African Development Bank (2011) esté haciendo lo mismo. Incluso una economista del desarrollo tan seria como Nancy Birdsall (2010) se refiere a «la (indispensable) Clase Media», poniendo el acento en el adjetivo entre paréntesis.

La clase media de esta variante discursiva —obviamente inspirada por el reciente crecimiento de las economías asiáticas, africanas y latinoamericanas— se concibe como una nueva reserva de consumidores (de automóviles y otros bien duraderos, sobre todo) para las grandes empresas, que justificaría una reorientación macroeconómica, para pasar de un crecimiento basado principalmente en la exportación a otro que tendría también en cuenta el consumo interno. Además, se presenta a la clase media como la base social para una «economía sólida» y, en las versiones más ingenuas o cegadas por la ideología, como «un bastión de la democracia», como si nunca hubieran tenido lugar el sangriento golpe de Estado de Chile en 1973, el golpe abortado en Venezuela en 2002 o la rebelión de Tailandia de 2008, apoyados por las clases medias de esos países.

En los últimos tiempos, algunos intelectuales sociólogos chinos, llenos de buenas intenciones, han mostrado su fascinación por las posibilidades de la clase media, pensando que una sociedad de ese

tipo sería una buena alternativa «con forma de oliva» a la pirámide social de la tradición imperial (Zhou Xiaohong, 2008; Li Chunling, 2012). Este sería un noble objetivo si no se pasara por alto que es precisamente la China de «clase media» actual la que se ha convertido en uno de los países más desiguales de Asia. De hecho, el Consejo de Estado chino celebrado en febrero de 2013 proclamó como objetivo de gobierno una distribución de recursos «con forma de oliva», aunque no llegó a concretar ninguna hoja de ruta para conseguirlo (*China Daily-European Weekly*, 8-14 de marzo, 2013, p. 8).

Pero para algunos importantes economistas de la distribución, como Martin Ravallion (2010), del Banco Mundial, y el brasileño Ricardo Paez de Barros, la clase media emergente mundial es todavía un adolescente «vulnerable».

Este nuevo siglo de la «clase media» será el escenario en que tendrán que moverse los defensores de la igualdad. La vaguedad del concepto de clase y las estimaciones tremendamente distintas de su tamaño no son especialmente relevantes. Estamos hablando de personas, ni pobres ni ricas, que carecen de cualquier otra identidad social generalizada (como trabajadores, campesinos o profesionales). Ahora están llamados a poseer la Tierra. La presidenta de Brasil, la antigua guerrillera Dilma Rousseff, desea «transformar Brasil en un país de clase media»³. El viceprimer ministro del Estado comunista de Vietnam, Huang Trung Hai, declaró en el Foro Económico Mundial sobre Asia oriental celebrado en 2009 que «la población joven de clase media será la fuerza impulsora de los países asiáticos» (www.weforum.org/news/asian-middle-class-drive-growth). No cabe duda de que sus profesores le dijeron no hace tanto tiempo que la clase obrera sería el motor del desarrollo (al menos) en Vietnam; pero eso fue en el siglo pasado.

Es en este mundo de clase media donde deberá librarse la batalla por la igualdad. En Estados Unidos, lo natural y más sensato será aprovechar las actuales lamentaciones de la clase media y, sobre todo, su indignación hacia la oligarquía que les ha abandonado. Pero

el futuro de la desigualdad en el mundo apenas se resolverá en Estados Unidos o en Europa occidental. Se decidirá en Asia, en Latinoamérica y en África.

Afortunadamente, no será solo la clase media la que lo decida, sino un amplio espectro social. La nueva clase obrera china empieza a estar inquieta y la clase trabajadora de Indonesia o Bangladesh se pondrá en marcha cualquier día. En Latinoamérica, la «gente de color» se niega a aceptar las condiciones del colonialismo y las clases populares empiezan a ocupar un lugar central en distintos países, en zonas de América Central, en Venezuela y en Bolivia. En el mundo rico, los movimientos que ocuparon calles y plazas, las mareas de la educación y la sanidad, son buena muestra de que las personas ya no están dispuestas a aceptar sin resistencia las reglas del capitalismo financiero, desde el Mediterráneo hasta las Américas, y allí, de Quebec a Chile. El Foro Social Mundial (que tuvo lugar por última vez en Túnez en 2013) reúne a movimientos sociales de todo el mundo. Las clases medias emergentes ya están caldeadas. Pero todos aquellos que defienden la igualdad deberían tener claro que si no se cuenta con los movimientos y las luchas «del pueblo» (es decir, de quienes no se consideran por encima de los pobres) la batalla crucial por la orientación de las clases medias está condenada de antemano.

La arrogancia de la clase media del Tercer Mundo, que es, por supuesto, el punto de mira de los asesores de negocios, las empresas transnacionales y sus cortesanos intelectuales, será un problema importante. El mito de la clase media liberal estadounidense de la historia capitalista moderna, que tanto ha fascinado a los académicos chinos actuales, debe someterse a una deconstrucción ideológica que demuestre su deliberada distorsión de la historia americana y europea de los siglos XIX y XX, ya que excluye las luchas y movimientos de obreros, campesinos, minorías étnicas y mujeres e ignora la crueldad provinciana de buena parte de la clase media urbana, que proporcionó esquirolas y participó en turbas linchadoras y revueltas contra los impuestos. Con solo el respaldo de

sus clases medias, ni Estados Unidos ni Europa occidental habrían alcanzado el sufragio universal cuando lo hicieron (más detalles en Therborn, 1977). Ni habría existido ningún Estado de bienestar.

El discurso de la clase media china actual debe analizarse en el contexto de las experiencias traumáticas derivadas de los conceptos maoístas de pueblo y lucha de clases, y como un repudio a los mismos. El problema en este caso no es aceptar la existencia de una narrativa alternativa, popular-democrática, de la historia moderna, sino pensar en la ideología de la modernidad como creación exclusiva de la clase media. Porque el problema político crucial del siglo XXI será cómo conectar a una parte considerable de la clase media con el pueblo, o conseguir que parte de esa clase media se considere parte del pueblo y no sustituta del mismo. La ironía de alguna de las idealizaciones de la clase media no ha pasado desapercibida para algunos sagaces analistas chinos. Comentando la definición de un prominente académico chino de la «sociedad de clase media», que entre otros criterios implicaría un coeficiente Gini entre 0,25 y 0,30, Zhou Xiaohong (2008: 113) señala que, en ese caso, Estados Unidos no cumpliría los requisitos.

Por otra parte, la admiración por la clase media existente en Estados Unidos o en la China actual no se repite en todas partes. En la India, particularmente, se está produciendo una refrescante discusión crítica, de la que formaría parte la famosa diatriba del escritor Parwan Varma (1998: 74) contra «la gran clase media india», a la que califica de «carente de brújula moral, obsesionada por el materialismo y socialmente insensible». Con un lenguaje académico más prudente, Leela Fernandes (2006: 14) ha subrayado que «la aparición de un nuevo modelo de consumidor-ciudadano de clase media que pretende reelaborar la exclusión social como una nueva forma de vida cívica está basada en los discursos del consumo y la privatización».

Sería ridículamente hipócrita que los prósperos consumidores occidentales (académicos de Cambridge incluidos) sermonearan *extra muros* sobre los peligros del consumismo. Sin embargo, es

posible señalar sin reproches las evidencias de su elevado coste (la contaminación en Pekín y Delhi, o los embotellamientos de tráfico en Yakarta o São Paulo) sin que dicha constatación pueda considerarse una ofensa condescendiente.

Aparte de adaptarse a la probable acumulación de fuerzas populares, existen por lo menos tres tipos de argumentos que los defensores de la igualdad pueden utilizar con las triunfantes clases medias para que estas se unan al pueblo, en lugar de procurar el máximo consumo personal.

Una es el coste social de la miseria de los demás. Pocas personas disfrutan realmente con el sufrimiento ajeno. Sin necesidad de que lo confirme ningún sondeo representativo, me aventuro a afirmar la hipótesis de que la mayoría de los habitantes de Calcuta, El Cairo, Kinshasa, Los Ángeles o São Paulo prefieren caminar (o conducir su auto) por las ciudades de, digamos, París o Estocolmo, donde no se verán confrontados por la miseria abyecta, con calles y espacios públicos limpios, no porque los pobres hayan sido expulsados sino porque la propia sociedad está limpia de miseria abyecta. Probablemente, la mayoría de las personas de clase media serían más felices si pudieran vivir sin estar rodeadas de altos muros, alambre de púas y vigilantes armados, como es el caso de las felices clases medias de los países nórdicos.

El segundo es la ilegitimidad, desde un punto de vista de clase media, del exclusivismo implacable de los oligarcas del capitalismo financiero y rentista, los parásitos actuales que equivalen a la aristocracia que se enfrentaba al Tercer Estado o clase media de la Revolución Francesa. La oligarquía —del Wall Street neoyorquino al Moscú postsoviético, de Shanghái a Lagos o a México— cuya riqueza procede no del duro trabajo productivo, el ahorro y el intercambio honrado, sino de contactos familiares o políticos, del juego y la elusión de las leyes y normas existentes, se ha desconectado de la clase media, no solo por su riqueza, sino, sobre todo, por su comportamiento. Las protestas panmediterráneas de 2011 fueron una muestra de la repugnancia general que provoca esta oligarquía,

que unió a clases medias y populares y llevó a padres asentados de clase media a manifestarse en las mismas calles que sus alumnos, o sus hijos e hijas desempleados. Los oligarcas, el Uno por Ciento, han dejado abandonadas a las clases medias, y «el pueblo» está resucitando y ganando nuevas fuerzas, al menos en África, Asia y América Latina. Optar por un consumismo exclusivista de clase media en lugar de una convergencia con el pueblo es una apuesta arriesgada.

El tercer argumento invocaría a los Campos Elíseos de la Libertad y el Raciocinio Humanos, o, dicho de manera más prosaica, el atractivo encanto de una sociedad progresista gobernada por la deliberación racional e inclusiva, donde nadie sea marginado o humillado y todo el mundo tenga oportunidad de desarrollar sus capacidades. Si existe algo de verdad en la clásica imagen que la clase media tiene de sí misma, caracterizada por la autonomía, la racionalidad y la responsabilidad, una sociedad igualitaria y tolerante sería un excelente escenario para su realización.

La batalla está a punto de comenzar. Nadie sabe cómo va a terminar. ¿En qué lado piensa usted situarse?

¹ La homogamia se refiere al matrimonio entre individuos semejantes, que comparten alguna característica culturalmente importante.

² Todas ellas con un Índice de Gini por debajo de 30 (o 0,3), según el Luxemburg Income Study (www.lisproject.org).

³ Jaim Leahy, «FT interview: Dilma Rousseff», *Financial Times*, 3 de octubre, 2012.

BIBLIOGRAFÍA

- African Development Bank 2011. "The middle of the pyramid: dynamics of the middle class in Africa", www.afdb.org
- African Statistical Yearbook* 2012 www.uneca.org
- Allen, R. C. 2005. "Real wages in Europe and Asia: a first look at long-term patterns", en R. C. Allen y T. Bengtsson (eds.) *Living Standards the Past*. Oxford: Oxford University Press.
- Almquist, Y. 2011. *A Class of Origin: The School Class as a Social Context and Health Disparities in a Life-course Perspective*. Universidad de Estocolmo, Departamento de Sociología, tesis doctoral.
- Asian Development Bank "Regional trends and associations of indicators with indicators of policy pillars and good governance", www.adb.org/data/statistics
- Asian Development Bank 2012b. "Asian development outlook" www.adb.org
- Atkinson, A. y Bourguignon, F. (eds.) 2000. *Handbook of Distribution*. Amsterdam: Elsevier.
- Atkinson, A. y Piketty, T. (eds.) 2010. *Top A Global Perspective*. Oxford: Oxford University Press.
- Atkinson, A., Piketty, T. y E. 2010. "Top incomes in the long run of history", pp. 664-759, en A. Atkinson y T. Piketty (eds.) *Top Incomes in Global Perspective*. Oxford: Oxford University Press.
- Banda, F. 2008. "Women, law and human rights: an African perspective". Londres: research online, <http://eprints.soas.ac.uk/id/eprint/3426>.
- Bartels, L. 2008. *Unequal Democracy*. Princeton: Princeton University Press.
- Berman, G. 2012. "The cost of international military operations", www.parliament.uk/briefing-papers/SN03139

- Bethune, A. 1997. "Unemployment and mortality", cap. 12 en F. Drever y M. Whitehead (eds.) *Health Inequalities*. Londres: Office of National Statistics.
- Bhandari, P. (2013). "Spouse-selection in New Delhi: a study of upper middle-class marriages", Cambridge University, Department of Sociology, tesis doctoral.
- Bilger, M. y Carrien, V. 2013. "Health in the cities: when the neighbourhood makes more than income", *Journal of Health Economics* 32(1):1-11.
- Birdsall, N. 2010. "The (indispensable) middle class in developing countries", Washington DC, Center for Global Development Working Paper 207.
- Bjorklund, A. y Jantti, M. 2011. *Inkomstfordelningen i Sverige*. Stockholm: SNS
- Blackburn, R. 2011. *American Crucible*. Londres: Verso.
- Boltanski, L. y Chiapello, E. 2007 *The New Spirit of Capitalism*. Cambridge: Polity.
- Bourdieu, P. 1979. *La distinction*. París: Ed. de Minuit.
- Breen, R., et al. 2009. "Nonpersistent inequality in educational attainment: from eight European countries", *American Journal of Sociology* 114(5): 1-39.
- Brewer, M., Browne, J. y Joyce, R. 2011. *Child and Working Age Poverty from 2010 to 2020*. Londres: Institute for Fiscal Studies.
- Brown, W., et al. 2009. *The Evolution of the Modern Work-place*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Case, A. y Paxson, C. 2008. "Status and Statute: Height, Ability, and Labor Market Outcomes", *Journal of Political Economy* 116(5): 499-532.
- Castells, M. 1998. *The Rise of the Network Society*. Oxford: Blackwell.
- Castells, M. 2012. *Networks of Outrage and Hope*. Cambridge: Polity.
- CEPAL 2010. *La hora de igualdad*. Santiago de Chile.
- CEPAL 2011. *Panorama social de América Latina 2011*. Santiago de Chile: CEPAL.
- CEPAL 2012. *Social Panorama of Latin 2012*. Santiago de Chile: CEPAL.

- Chang, Jung 1991. *Wild Swans*. Londres: Flamingo.
- Charsley, K. y Shaw, A. 2006. "South Asian transnational marriages in comparative perspective", *Global Networks* 6(4): 331-44.
- Chua, A. 2003. *World Fire*. Londres: William Heinemann.
- Chun, N. 2010. "Middle class in the past, present and future: a description of trends in Asia", Asia Development Bank Working Paper 217, www.adb.org
- Congressional Budget Office 2011a *Trends in the Distribution of Household between 1979 and 2007*. Washington DC: Congressional Budget Office.
- Congressional Budget Office 2011b. *Changes in the Distribution of Workers' Hourly Wages between 1979 and 2009*. Washington DC: Congressional Budget Office.
- Corak, M. 2012. "Social mobility and social institutions: in international perspective", CSLS presentation 20 September 2012, www.csls.ca/presentations.
- Cornia, G. A. (ed.) 2004. *Inequality, Growth, and Poverty in an Era of Liberalization and Globalization*. Oxford: Oxford University Press.
- Cornia, G. A., Addison, T. y Kiiski, S. 2004. "Income distribution Changes and Their Impact in the Post Second World War Period", pp. 26-54, en G. A. Cornia (ed.) *Equality, Growth, and Poverty in an Era of Liberalization and Globalization*. Oxford: Oxford University Press.
- Cornia, G. A. y Menchini, L. 2006. "Health improvements and health inequality during 40 years", Helsinki Wider, UNU-Wider Research Paper 2006/10.
- Cornia, G. A. y Panicià, R. 2000. "The transition mortality and policy responses", pp. 3-37 en Cornia y Panicià (eds.) *The Mortality Crisis in Transitional Economies*. Oxford: Oxford University Press.
- Crouch, C. 2011. *The Non-Death of Neoliberalism*. Cambridge: Polity.
- Danmarks Statistik 2011. Indkomster 2010, www.dst.dk
- Das, P. 2012. "Wage inequality in India", *Economic and Political Weekly* 15 December, pp. 58-64.
- Deaton, A. 2008. "Height, weight, and inequality: the distribution of adult heights in India", *American Economic Review* 88(2): 468-74.

- Dempsey, J. 2013. "Greek forces spared from deep cuts", *International Herald Tribune* 8 de enero p. 2.
- Deng Quheng, Gustafsson, B. y Li Shi 2012. "Intergenerational income in urban China", Bonn IZA Discussion Paper 6907, iza@iza.org.
- Department for Work and Pensions 2012. "Households below average income: an analysis of the income distribution 1994/95-2010/11", www.dpw.gov.uk
- The Economist* 2012. Special Report: World Economy. 13 de octubre.
- Eibner, C. y Evans, W. 2005. "Relative deprivation, poor health habits, and mortality", *Journal of Human Resources* 40(3): 591-620.
- Elo, I. 2009. "Social class differentials in health and mortality: patterns and explanations in comparative perspective", *Review of Sociology* 35: 553-72.
- Eriksson, R. y Goldthorpe, J. 1992. *The Constant Flux*. Oxford: Clarendon Press.
- European Societies* 2012. Special issue on "Antisemitism and Racism", 14(2).
- Eurostat 2013. <http://epp.eurostat.ec.europa.eu>, consultado el 29 de enero de 2013.
- Evans, W., Wolfe, B. y Adler, N. 2012. "The SES and the health gradient: a brief review of the literature", pp. 38-62 en B. Wolfe, W. Evans y T. Seeman (eds.) *The Biological Consequences of Socioeconomic Inequalities*. Nueva York: Sage Foundation.
- Fernandes, L. 2006. *India's New Middle Class*. Minneapolis y Londres: University of Minnesota Press.
- Ferreira, F. y Gignoux, J. 2011. "The measurement of equality of opportunity: theory and an application to Latin America", *Income and Wealth* 57(4): 622-56.
- Fitzpatrick, R. y Chandola, T. 2000. "Health", pp. 94-127 en A. H. Halsey (ed.) *British Social Trends*. Basingstoke: Macmillan.
- Floud, R., et al. 2011. *The Body*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Fogel, R. 2012. *Evolving Long-Term Trends in Health and Longevity*. Cambridge: Cambridge University Press.

- Frank, J. 2013. *Ike and Dick: Portrait of a Strange Political Marriage*, Nueva York: Simon & Schuster.
- Fraser, N. y Honneth, A. 2003. *Redistribution or Recognition?* Londres: Verso.
- Frijters, P., et al. 2009. "Childhood economic conditions and length of life: from the British Boyd-Orr cohort, 1937-2005", *Journal of Health Economics* 29: 39/47.
- Galanter, M. 1984. *Competing Equalities*. Delhi: Oxford University Press.
- Gerdtham, U. G. y Johannesson, M. 2003. "A note on the effect of unemployment on mortality", *Journal of Health Economics* 22 (3): 505-18.
- Gerschenkron, A. 1962. *Economic Backwardness in Historical Perspective*. Cambridge MA: Belknap Harvard University Press.
- Gilens, M. 2012. *Affluence and Influence*. Nueva York y Princeton: Russell Sage Foundation y Princeton University Press.
- Glendon, M. A. 2001. *The World Made New*. Nueva York: Random House.
- Goesling, B. y Baker, D. 2008. "Three faces of international inequality", *Research in Social Stratification and Mobility* 26: 183-96.
- Goos, M., Manning, A., Salomons, A. 2009. "Job polarization in Europe", *American Economic Review: Papers and Proceedings* 99(2): 58-63.
- Grant, J. (ed.) 1968. *Black Protest* Greenwich, CT: Fawcett.
- Grimm, M., et al. 2009. "Inequality in human development: an empirical assessment of 32 countries", Luxemburg Income Study Working Paper 519, www.lisproject.org
- Hacker, A. 2012. "We're More Unequal Than You Think", *Nueva York Review of Books* 59(3) 34-6.
- Hacker, J. y Pierson, P. 2010. *Politics*. Nueva York: Simon & Schuster.
- Hanlon, P., Walsh, D. y Whyte, B. 2008. *Let Glasgow Flourish*. Glasgow: Centre for Population Health.
- Hastings, M. 2012. *The Operators: The Wild and Story of War in Afghanistan*. Nueva York: Blue Rider.

- Hewitt, G. 2012. "The suffering middle classes", *BBC World News* 25 de enero, www.bbc.co.uk/new/world-europe
- Hout, M. y Di Pietri, T. 2006. "What we have learned: RC28's contribution to knowledge about social stratification", *Research Social and Mobility* 124: 1-20.
- Houweling, T., y Kunst, A. 2009. "Socioeconomic in childhood mortality in low and middle-income countries: a review of the international *British Medical Bulletin* 93: 7-26.
- ILO 2010. *Global Employment Trends*. Ginebra: ILO.
- Inglehart, R. y Norris, P. 2004. *Rising Tide*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Inglehart, R., et al. (eds.) 2003. *Human Beliefs and Values*. Mexico: Siglo XXI.
- Jantti, M., et al. 2006. "American exceptionalism in a new light: a comparison of intergenerational earnings mobility in the Nordic countries, the United Kingdom and the United States", IZA Discussion Paper 1938, <http://ftp.iza.org>
- Jones, G. 2010. "Changing marriage patterns in Asia", Singapur: Asia Research Institute Working Paper 131, arigwj@nus.edu.sg
- Jones, O. 2011. *Chavs*. Londres: Verso.
- Judd, E. R. 2010. "Family strategies: fluidities of gender, munity and mobility in rural West China", *China Quarterly* 204: 927-38.
- Kaplan, S. y Rauh, J. 2007. "Wall Street and Main Street: what contributes to the rise of the highest incomes?" National Bureau of Economic Research Working Paper 13270, www.nber.org/papers
- Karasek, R. y Theorell, T. 1990. *Healthy Work: Stress, Productivity, and the Reconstruction of Working Life*. Nueva York: Basic Books.
- Kelly, N. 2009. *The Politics of Income Inequality in the United States*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Kharas, H. 2010. "The emerging middle class in developing countries", OECD Development Centre Working Paper 285, www.oecd.org
- Kivinen, M. y Li Chunling 2012 "The free market or the welfare state?" pp. 47-113 en C. Pursiainen (ed.) *At the Crossroads of Post-Communist Modernization*. Basingstoke: Palgrave Macmillan.

- Korpi, W. 1983. *The Democratic Class Struggle*. Londres: Routledge.
- Kunst, A. 1997. "Cross-national comparisons of economic differences in mortality", Rotterdam, Erasmus University, Department of Health, tesis.
- Kuznets, S. 1955. "Economic growth and inequality", *American Economic Review* 45: 1-28.
- Lazarsfeld, P. y Rosenberg, M. (eds.) 1955 *The Language of Social Research*. Nueva York: The Free Press.
- Lee, S. y McCann, D. 2011. *Regulating for Decent Work*. Basingstoke: Palgrave Macmillan and ILO.
- Lefranc, A., Pistolesi, N. y Trannoy, A. 2008. "Inequality of opportunity vs. Inequality of outcomes: are Western societies all alike?" *Review of Income and Wealth* 54 (4): 513-44.
- Leibbrandt, M., et al. 2010. "Trends in South African income distribution and poverty since the of apartheid", OECD Social Employment and Migration Working Paper 101, <http://dx.doi.org/10.1787>
- Leinsalu, M., et al. 2009. "Educational inequalities in mortality in four Eastern European countries: divergence in trends during the post-communist transition from 1990 to 2000 *International Journal of Epidemiology* 38. 512-25.
- Lenski, G. 1966. *Power and Privilege*. Nueva York: McGraw-Hill.
- Li Chunling (ed.) (2012) *The Rising Middle Classes of China*. Beijing y Londres: Social Sciences Academic Press y Paths International.
- Li Shi, Luo Chiang y T. Sicular 2011. "Overview: income inequality and poverty in China, 2002-2007, www.iza.org/conference/files/CIER_2011/I_s161
- Lindahl, M., et al. 2012. "The intergenerational persistence of human capital: an empirical analysis of four generations", IZA Discussion Paper 6463, www.iza.org
- Lindert, P. 2000. "Three centuries of inequality in Britain and America", pp. 167-216 en A. Atkinson y F. Bourguignon (eds.) *Handbook of Income Distribution*, vol. I Amsterdam: Elsevier.
- Lipset, S. M. y Smelser, N. (eds.) 1961, *Sociology: The Progress of A Decade*. Englewood Cliffs NJ: Prentice-Hall.

- Livi-Bacci, M. 1993. "On the human costs of collectivization in the Soviet Union", *Population and Development Review* 19 (4): 743-66.
- Livi-Bacci, M. 2000. "Mortality crises in a historical perspective: the European experience", pp. 38-58 en G. A. Cornia y R. (eds.) *The Mortality Crisis in Transitional Economies*. Oxford: Oxford University Press.
- London Health Observatory 2011. *Capital Health Gains?*
www.lho.org.uk
- Luce, E. 2010. "The crisis of middle class America", *Financial Times* 30 de julio, www.ft.com
- Lustig, N., et al. 2012a. "The impact of taxes and social spending on inequality and poverty in Argentina, Bolivia, Brazil, Mexico, and Peru: a synthesis of results", Tulane University, Tulane Economics Working Paper 1216.
- Lustig, N., et al. "Declining inequality in Latin in the 2000s: the cases of Argentina, Brazil, and Mexico", ECINEQ Working Paper 2012-266, www.ecineq.orgG68
- Luxemburg Income Study 2012. "Key figures of inequality"
www.lisproject.org
- McLanahan S. y Percheski, C. 2008. "Family structure and the reproduction of inequalities", *Annual Review of Sociology* 34: 257-76.
- Mackenbach, J., et al. 1997. "Socioeconomic inequalities in morbidity and mortality in Western Europe", *The Lancet* 349: 1655-9.
- Mackenbach, J., et al. 2008. "Socioeconomic inequalities in health in 22 European countries", *New Journal of Medicine* 358: 2468-81.
- Maddison, A. 2001. *The World Economy: A Millennial Perspective*. París: OECD.
- Maddison, A. 2007. *Contours of the World Economy, 1-2030 A.D.* Oxford: Oxford University Press.
- Marmot, M. 2004. *Status Syndrome*. Londres: Bloomsbury.
- Marmot, M. 2012. "Two years on", UCL Institute of Health Equity,
<http://marmot-review.blogspot.copm/2012>
- Marmot, M. y Bobak, M. 2000. "Psychosocial and biological mechanisms behind the recent mortality crisis in Central and

- Eastern Europe", pp. 127-48 en G. A. Cornia y R. Panicià (eds.) *The Mortality Crisis in Transition Economies*. Oxford: Oxford University Press.
- Marrero, G. y Rodríguez, J. G. 2012. "Inequality of Opportunity in Europe", *Review of Income and Wealth* 58(4): 597-620.
- Marx, K. 1875/1969. *Kritik des Gothaer Programms*. Marx-Engels-Werke, Vol. XIX. Berlín Este: Dietz.
- Mason, P. 2012. *Why It's Kicking Off Everywhere*. Londres: Verso.
- Mayer, A. 1981. *The Persistence of the Old Régimes*. Londres: Croom Helm.
- Milanovic, B. 2005. *Worlds Apart*. Princeton: Princeton University Press.
- Milanovic, B. 2012. "Global income inequality by the numbers: in history and now", World Bank Policy Research Working Paper 6259.
- Milburn, A. 2012. "Fair access to professional careers: a progress report", www.gov.uk
- Milburn, A., et al. 2009. "Unleashing aspiration: the final report on the Panel of Fair Access to the Professions", www.webarchive.nationalarchives.gov.uk
- Mishel, L., Bernstein, J. y Shierholz, H. 2009. *The State of Working America* 2008/2009. Ithaca y Londres: ILR Press.
- Mishel, L., Schmitt, J. y Shierholz, H. 2013. "Assessing the job polarization explanation of wage inequality", Economic Policy Institute Working Paper 295, www.epi.org/publications
- Mitchell, B. R. 1998. *International Historical Statistics: The Americas*, 4ª ed. Londres: Macmillan.
- Mody, P. 2008. *The Intimate State: Love Marriage and the Law in Delhi*. Nueva Delhi: Routledge.
- Moser, K. A., Fox, A. J. y Jones, D. R. 1994. "Unemployment and mortality in the OPCS longitudinal study", en A. Steptoe y J. Wardle (eds.) *Psychosocial Processes and Health: A Reader*, 12. Cambridge: Cambridge University Press.
- Mosley, L. 2011. *Labor Rights and Multinational Corporations*. Cambridge: Cambridge University Press.

- Morrisson, C. 2000. "Historical perspectives on income distribution: the case of Europe", pp. 217-60 en A. Atkinson y F. Bourguignon (eds.) *Handbook of Income Distribution*. Amsterdam: Elsevier.
- Munroe, s. f. "The persons case", http://canadaonline.about.com/cs/women/_/a/personscase.htm, consultado el 29 de enero de 2013.
- Murray, C. 2012. *Coming Apart*. Nueva York: Crown Forum.
- Namasivayam, A., et al. 2012. "The role of gender inequities in women's access to reproductive health care: a population-level study of Namibia, Kenya, Nepal, and India", *Journal of Women's Health* 4: 351-64.
- Netherlands Central Bureau of Statistics 2012, release 12-031, www.cbs.nl
- Noah, T. 2012. *The Great Divergence*. Londres y Nueva York: Bloomsbury Press.
- Nussbaum, M. 2011. *Creating Capabilities*. Cambridge MA: The Belknap Press.
- Nylén, L., Voss, M, y Floderus, B. 2001. "Mortality among women and men relative to unemployment, part time work, overtime work, and extra work: a study based on data from the Swedish twin registry", *Occupational and Environmental Medicine* 58(1): 52-7.
- Ó Gráda, C. 2009. *Famine*. Princeton: Princeton University Press.
- OECD 2007. *Employment Outlook 2007*. París: OECD, www.oecd.org
- OECD 2008. *Growing Unequal?* París: OECD, www.oecd.org
- OECD 2011a. *Divided We Stand*. París: OECD, www.oecd.org
- OECD 2011b. *OECD at a Glance*. París: OECD, www.oecd.org
- OECD 2012. *Perspectives on Global Development 2012*. París: OECD, www.oecd.org
- Office of National Statistics 2010. "Social Trends 40", www.statistics.gov.uk
- Office of National Statistics 2011. "Statistical bulletin: life expectancy at birth and at age 65 by local areas in the United Kingdom, 2004-6 to 2008-10", www.ons.gov.uk
- Official Statistics of Finland 2012. Income distribution statistics, <http://tilastokeskus.fi>

- Olshansky, J., et al. 2012 "Differences in life expectancy due to race and educational differences are widening, and may not catch up", *Health Affairs* 31(8): 1803-10.
- Paquot, T. (ed.) 2009 *Ghettos de riches*. París: Perrin.
- Paugam, S. (ed.) 1996 *L'Exclusion, l'état des savoirs*. París: La Découverte.
- Penn, R. 2011. "Arranged marriages in Western Europe: media representation and social reality", *Journal of Comparative Family Studies* 42(5): 637-50.
- Pezzini, M. 2012. "An emerging middle class", *OECD Observer* 17(8), www.oecdobserver.org
- Pijoan-Mas, J. y Rios-Rull, V. 2012. "Who lives longer?" www.voxeu.org/article/who-lives-longer-and-why
- Pilling, D., Hile, K. y Kazmin, A. 2011. "Asia: the rise of the middle class", *Financial Times*, 4 de enero.
- Rablen, M. y Oswald, A. 2008. "Mortality and immortality: the Nobel Prize as an experiment into the effect of status upon longevity", *Journal of Health Economics* 27(6): 1462-71.
- Rae, D., et al. 1981. *Equalities*. Cambridge MA: Harvard University Press.
- Rajaratnam, J. K., et al. 2010. "Worldwide mortality in men and women aged 15-59 years from 1970 to 2010: a systematic analysis", *Lancet* 375: 1704-20.
- Rao, A. 2009. *The Caste Question*. Berkeley: University of California Press.
- Ravallion, M. 2010., "The developing world's bulging (but vulnerable) middle class", *World Development* 38(4): 445-54.
- Rawls, J. 1971. *A Theory of Justice*. Cambridge MA: Harvard University Press
- Redelmeier, D. y Singh, S. 2001. "Survival in Academy-Award winning actors and actresses", *Annals of Internal Medicine* 134(10): 955-62.
- Roemer, J. 1982. *A General Theory of Exploitation and Class*. Cambridge MA: Harvard University Press.
- Roemer, J. 1998. *Equality of Opportunity*. Cambridge MA, Harvard University Press.

- Roine, J. y Waldenstrom, D. 2012. "On the role of capital gains in Swedish income inequality", *Review of Income and Wealth* 58(3): 569-87.
- Rosanvallon, P. 2011. *La société des égaux*. París: Seuil.
- Rothstein, B. y Uslaner, E. 2005. "All for all: equality, corruption, and social trust", *World politic*; 58: 41-72.
- Sachs, J. 2011. "Why America must revive its middle class", *Time* 10 de diciembre, pp. 32-3.
- Sandel, M. 2012. *What Money Can't Buy*. Londres: Allen Lane.
- Sassi, F. 2009. "Health inequalities: a persistent problem", pp. 135-56 en J. Hills et al. (eds.) *Toward a More Equal Society?* Bristol: Policy Press.
- Schama, S. 2005. *Rough Crossings*. Londres: BBC Books.
- Schwartz, C. y Mare, R. 2005. "Trends in educational assortative marriage from 1940 to 2003", *Demography* 42(4): 621-46.
- Seekings, J. y Nattrass, N. 2006. *Class, Race, and Inequality in South Africa*. Scottsville: University of Kwa-Zulu-Natal Press.
- Sen, A. 1992. *Inequality Reexamined*. Cambridge MA: Harvard University Press
- Sen, A. 2009. *The Idea of Justice*. Londres: Allen Lane.
- Sharma, K. L. (ed.) 1994. *Caste and Class in India*. Jaipur y Nueva Delhi: Rawat.
- Shavit, Y. y Blossfeld, H.-P. 1993. *Persistent Inequality: Changing Educational Attainment in Thirteen Countries*. Boulder: Westview Press.
- Shkolnikov, V. y Cornia, G. A. 2000. "Population crisis and rising mortality in transitional Russia", pp. 253-79 en G. A. Cornia y R. Panizza (eds.) *The Mortality Crisis in Transitional Economies*. Oxford: Oxford University Press.
- Shkolnikov, V., McKee, M. y Leon, D. 2001. "Changes in life expectancy in Russia in the mid-1990s", *Lancet* 357: 91720.
- Sihvonen, A.-P. 1998. "Socioeconomic inequalities in health expectancy in Finland and Norway in the late 1980s", *Social Science and Medicine* 47(3): 303-15.
- Singh, A. 2012. "Inequality of opportunity in earnings and consumption expenditure: the case of Indian men", *Review of*

- Income and Wealth* 58(1): 679-706.
- Skocpol, T. y Williamson, V. 2012. *The Tea Party and the Remaking of Republican Conservatism*. Oxford y Nueva York: Oxford University Press.
- Smelser, N. (ed.) 1988. *Handbook of Sociology*. Beverly Hills CA y Londres: Sage.
- Sorensen, A. B. 1996. "The structural basis of social inequality", *American Journal of Sociology*, 101: 1333-65.
- Sorokin, P. 1927. *Social Mobility*. Nueva York: Harper & Row.
- Standing, G. 2011. *The Precariat*. Londres: Bloomsbury.
- Statistics Sweden 2010. "Inkomstfordelningsundersokningen 2008", www.scb.se
- Statistics Sweden 2011. "Befolkningen I Danderyd lever längst", comunicado de prensa 2011:72, www.scb.se
- Statistics Sweden 2013a. "Barn, foraldrar och separationer. Utvecklingen under 2000-.talet", *Demografiska rapporter* 2013(1), www.scb.se
- Statistics Sweden 2013b. "Kan yrket forklara skilsmassan?" www.scb.se
- Statistics Sweden 2013c. "Hushillens ekonomi", www.scb.se
- Statistisk sentralbyrå 2012. "Inntektsfordelingen, 1986-2011", www.ssb.no
- Stiglitz, J. 2011 "Of the 1 %, by the 1%, for the 1 %", *Vanity Fair*, mayo.
- Stuckler, D., King, L. y McKee, M. 2009. "Mass privatisation and the post-communist mortality crisis: a cross national analysis", *Lancet* 373(9661): 399-407.
- Sweezy, P. 1955. *The Present as History*. Nueva York: Monthly Review Press.
- Tarkiainen, L., et al. 2011. "Trends in life expectancy by income from 1988 to 2007: decomposition by age and cause of death", *Journal of Epidemiology and Community Health* 2010.123182.
- Tarkiainen, L., Martikainen, P. y Laaksonen, M. 2012. "The changing relationship between income and mortality in Finland, 1988-2007", *Journal of Epidemiology and Community Health*, jech-2012-201097.

- Therborn, G. 1977. "The rule of capital and the rise of democracy", *New Left Review* 103(mayo-junio): 3-42.
- Therborn, G. 1984. "The prospects of labour and the transformation of advanced capitalism", *New Left Review* 145: 5-38.
- Therborn, G. 1985. *Why Some Peoples Are More Unemployed than Others*. Londres: Verso.
- Therborn, G. 1995. *European Modernity and Beyond*. Londres: Sage.
- Therborn, G. 1996. "Child politics: dimensions and perspectives", *Childhood* 1(3): 29-44.
- Therborn, G. 2004. *Between Sex and Power: Family in the World, 1900-2000*. Londres: Routledge.
- Therborn, G. (ed.) 2006. *Inequalities of the World*. Londres: Verso.
- Therborn, G. 2011. *The World: A Beginner's Guide*. Cambridge: Polity.
- Therborn, G. 2012a. "Class in the 21st century", *New Left Review* 78: 5-29.
- Therborn, G. 2012b. "Por qué en algunos países hay más paro que en otros? Parte 11, 25 años más tarde" (Why some peoples are more unemployed than others. Part II, 25 years later)", pp. 227-52 en A. Guerra y J. F. Tezanos (eds.) *Alternativas económicas y sociales frente a la crisis*. Madrid: Editorial Sistema.
- Therborn, G. y Bekker, S. 2012. "Conclusion", pp. 193-210 en S. Bekker y G. Therborn (eds.) *Capital Cities in Africa*. Ciudad del Cabo: HSRC Press.
- Thomas, V., Yan Wang y Xibo Fan 2000. "Measuring education inequality: Gini coefficient of education", World Bank Working Paper, www.worldbank.org
- Thorat, S. y Newman, K. (eds.) 2010. *Blocked by Caste: Economic Discrimination in Modern India*. Oxford: Oxford University Press.
- Tilly, C. 1998. *Durable Inequality*. Berkeley y Los Angeles: University of California Press.
- Tocqueville, A. de. 1840/1961. *De la démocratie en Amérique*, 2 vols. París: Gallimard.
- Tocqueville, A. de 1856/1966. *The Ancien Régime & the French Revolution*. Londres: Collins/Fontana.
- Toye, R. 2010. *Churchill's Empire*. Londres: Macmillan.

- Tsutsui, J. 2010. "The transitional phase of mate selection in East Asian countries", presentation at the ISA World Congress 2010, proporcionado por el autor: junyatsts@nifty.com
- UN 2010. *The State of the World's Women*. Nueva York: UN.
- UN Habitat 2008. "State of the world's cities", www.unhabitat.org
- UNDP 2005. *Arab Development Report 2005*. Ginebra: UNDP.
- UNDP 2007. *Human Development Report 2007/8*, www.undp.org
- UNDP 2011. *Human Development Report 2011*, www.undp.org
- UNFPA 2011. "Report of the global meeting on skewed sex ratios at birth", consultado el 19 de julio de 2012, www.unfpa.org/homelpublications/pubsldata
- UNICEF 2004. *Innocenti Social Monitor 2004*. Florencia: Innocenti Research Centre.
- UNICEF 2006. "The state of the world's children 2006", www.unicef.org
- UNICEF 2007. "The state of the world's children 2007", www.unicef.org
- UNICEF 2012. "The state of the world's children 2012", www.unicef.org
- Uslaner, E. 2002. *The Moral Foundations of Trust*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Vågero, D. 2006. "Do health inequalities persist in the new global order? A European perspective", pp. 61-92 en G. Therborn (ed.) *Inequalities of the World*. Londres: Verso.
- Valkonen, T. 1998. "Die Vergrosserung der sozioökonomischen Unterschiede in der Erwachsenenmortalität durch Status und deren Ursachen", *Zeitschrift für Bevölkerungswissenschaft* 23(3): 263-92.
- Varma, P. K. 1998. *The Great Indian Middle Class*. Londres: Viking.
- Volscho, T. y Kelly, N. 2012. "The rise of the super-rich: power resources, taxes, financial markets, and the dynamics of the 1 percent, 1949 to 2008", *American Sociological Review* 77(5): 679-99.
- WHO 2012. "World Health statistics 2012", www.who.org
- Wacquant, L. 2008. *Urban Outcasts*. Cambridge: Polity.

- Weisskopf, T. 2011 "Why worry about inequality in the booming Indian economy?" *Economic and Political Weekly* 46(47): 41-51.
- Westergaard, H. 1901. *Die Lehre von Mortalität und Morbidität*, 2ª ed. Jena.
- Wilkinson, R. 1996. *Unhealthy Societies*. Londres: Routledge.
- Wilkinson, R. 2005. *The Impact of Inequality*. Londres: Routledge.
- Wilkinson, R. y Pickett, K. 2009. *The Spirit Level*. Londres: Allen Lane.
- Wilson, W. J. 1987 *The Truly Disadvantaged*. Chicago: University of Chicago Press.
- Wolfe, B., Evans, W. y Seeman, T. (eds.) 2012. *The Biological Consequences of Socioeconomic Inequalities*. Nueva York: Russell Sage Foundation.
- WLUML (Women Living Under Muslim Law) 2006. Knowing Our Rights: *Women, Family Laws and Customs in the Muslim World*, 3ª ed., consultado el 20 de julio de 2012, www.wluml.org/node/588
- World Economic Forum 2012. "Global competitiveness report 2012-13", www.worldeconomicforum.org
- Wright, E. O. 1994. *Interrogating Inequality*. Londres: Verso.
- Wright, E. O. y Rogers, L. 2011. *American Society*. Nueva York: W.W. Norton.
- Xu Anqi et al. 2007. "Chinese family strength and resiliency", Digital Commons@University of Nebraska-Lincoln.
- Zang, Xiaowei 2008. "Gender and ethnic variation in arranged marriages in a Chinese city", *Journal of Family Issues* 29(5): 615-38.
- Zhou Xiaohong 2008. "Chinese middle class: reality or illusion?" pp. 110-26 en C. Jaffrelot y P. van der Veer (eds.) *Patterns of Middle Class Consumption in India and China*. Nueva Delhi: Sage.
- Zhou Xiaohong y Qin Chen 2012. "Globalization, social transformation, and construction of the Chinese middle classes", pp. 44-63 en Li Chunling (ed.) *The Rising Middle Classes of China*. Beijing y Londres: Social Sciences Academy Press y Paths International.

Título original: *The Killing Fields of Inequality*
Esta edición se publica por acuerdo con Polity Press Ltd., Cambridge.

Edición en formato digital: 2015

Copyright © Gorän Therborn 2013
© de la traducción: Francisco Muñoz de Bustillo Llorente, 2015
© Alianza Editorial, S. A. Madrid, 2015
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15
28027 Madrid
alianzaeditorial@anaya.es

ISBN ebook: 978-84-206-9937-0

Está prohibida la reproducción total o parcial de este libro electrónico, su transmisión, su descarga, su descompilación, su tratamiento informático, su almacenamiento o introducción en cualquier sistema de repositorio y recuperación, en cualquier forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, conocido o por inventar, sin el permiso expreso escrito de los titulares del Copyright.

Conversión a formato digital: calmagráfica

www.alianzaeditorial.es